



TIRSO DE MOLINA

LA PATRONA DE LAS MUSAS

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

TIRSO DE MOLINA

LA PATRONA DE LAS MUSAS

La diligencia cuidadosa de doña Manuela y don Luis, cumplido primero con las que obligan al alma, suplió de suerte la brevedad del término que, apercebido todo lo necesario y acesorio, con la ostentación que la riqueza, la liberaridad y juventud desempeña semejantes deudas; convocados amigos de diferentes edades y sexos, no empero de calidades diversas, se dispuso auditorio suficiente para la mediana capacidad de una quinta que, a los ojos de la Corte, jubilada de las inquietudes a que ocasiona tanto pueblo en tales días, generosa en edificios, respetable en adornos, guarnecida de planteles y vistosa con flores, pagaba en ellas al enano Manzanares, el líquido nutrimento de sus plantas, pues el margen fresco de sus limitados vidrios era guarnición flamenca de sus quebrados espejos, entre las muchas que desde la casa del Campo bizarrean sus orillas, sirviendo de paréntesis a sus gigantes alamedas. Facilitaba la disposición del sitio, en lo interior de la apacible estancia, un atrio o plazuela, cuyas iguales y doradas arenas, dividido su pavimento con curiosas labores de menudos huesos y empedrados, hacían que sus huéspedes no echasen menos las tersas losas que en

los patios príncipes, por comunicar su estima, mortifican su soberbia, al menosprecio de los pies que los maltratan. Ceñíase el deleitoso círculo de claraboyas en arco, cuyas columnas, en la materia jaspes, en la labor corintias, vestidas de enamorados jazmines, parece que, escalando sus coronaciones, cohechaban sus molduras con la esperanza de las flores candidas que las prometían sus casi preñados pimpollos para el estío ya cercano. Diadema le autorizaban curiosos corredores, cuyos labrados antepechos vestía el azul afeitado lo grosero del ínfimo metal, dignándose el oro de que, matizando sus nudos, entre el campo del color celeste, pareciesen a trechos o estrellas fijas o peregrinas impresiones. Ensoberbecíanse agora con la gala de diversas telas, damascos y alfombras, demostración clara de la bizarría que añaden los adornos a la hermosura. En el centro del claustro referido, habían sus dueños levantado, para la celebridad de su festín, un artificioso teatro, donde, en forma de vergel, depositó Amaltea su decantada copia, vistiendo su fachada de columnas, nichos y cestones, a costa de la infinidad de rosas y yerbas eternas, tributarias de sus casi sucesivas primaveras. Circunferencia eran suya cantidad de asientos que, ya en sillas nobles, ya en plebeyos bancos, señalaban lugares a diferentes jerarquías. Convocó, pues, la fama, apadrinada de la novedad, más concurso del que estaba convidado, que todo lo que se singulariza tiene de su parte la común benevolencia y, en tales ocasiones, siempre son más los aventureros que los prevenidos.

Llenóse, en fin, todo el semianfiteatro y, servidos los antes de aquel retórico banquete, con diversidad de músicas, recreación del penúltimo sentido, lisonjeando los entendimientos versos conceptuosos, manjar siempre del alma, sobre una autorizada cátedra (para cuya compostura tomó el marzo a censo todo el caudal de abril, hipotecándole sus aguas y soles, gajes sin cuyo ministerio jamás se lograrán las tareas de sus partos), don Luis, bizarro y apacible, después que el deseo de lo prometido quietó el concurso y obligó al silencio, dio principio a su oposición, diciendo de esta suerte:

LA PATRONA DE LAS MUSAS

«¿De qué te ensoberbeces presumida,

Efímera fragancia en globo breve,

Si ayer botón, hoy flor, el sol te bebe

La misma que te dio vegetal vida?

¿De arqueras esmeraldas defendida,

Caduca majestad de imperio leve,

Blasonas confusión de grana y nieve,

Y llora tu vejez recién nacida?

¿Qué importa que, terrestre, seas estrella

Del cielo de un jardín, si sólo duras

Lo que el sol, que a su muerte alarga el paso?

¡Ay, si ésta viera en ti mi ingrata bella!

Que son rosas de amor las hermosuras

Al alba, oriente, y a la noche, ocaso».

Así alternaba versos y suspiros (hablando, en persona de su enajenación amante, con lo insensible de la monarca de las flores) Alejandro, esperanza generosa de la antioquena Menfis, a los acentos de una vigüela de arco, modulada más por el uso de los dedos que por la atención de los sentidos, en éxtasis entonces con la contemplación de la hermosura menos imitada que vio el Helesponto, desde las dos tragedias que al estrecho célebre, impedimento a la Tracia y Frigia, aseguraron fama y nombre, cuando, en una, la ninfa fugitiva perdió a un tiempo la vida y el hermano, único heredero del prodigioso vellocino y en la otra Leandro y Hero inmortalizaron con pasiones el mal logro de sus infaustas juventudes. Huésped le agasajaba la antigua Iconio, metrópoli de la Licaonia, que arbitra población entre los pisidios y frigios, provincias últimas de Europa y Asia; línea las divide aquel jirón de Tetis, puesto que las más veces tormentoso, algunas pusilánime, pues, oprimido de Artajerjes, consintió en su cuello la argolla puente, paso fatal de sus quinientos mil cobardes que, para trofeo de Grecia, apresuraron su destrozo. Era Alejandro el desempeño de la juventud bizarra de

Antioquía, no la que parte términos con los licaonios, aquella sí que, principal colonia de los sirios, medró más lustre con el blasón honroso que nos ferió el bautismo que con haberle comunicado el suyo. Antioco, heredero de Alejandro, pues fueron sus habitantes los cristianos primeros que nos dejaron en herencia este apellido a cuantos diferenciados con el purpúreo Tao, marca del mejor cordero, vituperamos los bárbaros secuaces del dragón, que le adoran con el carácter torpe de la blasfema bestia. En esta ciudad ínclita gozaba Alejandro los mayorazgos de las dos siempre encontradas fortuna y naturaleza, porque habiéndose conformado en él sólo ésta, le añadió a las dotes de generoso, discreto y bizarro, las de valiente, docto y dadivoso, y la otra, a poder de tesoros y amigos, le hizo generalmente venerado, fiándole el gobierno mayor de aquella prefectura. En efecto, parece que, primogénito de entrambas, los demás, como menores, se contentaban con los relieves, gajes, o alimentos de sus perfecciones. Convidáronle deudos propincuos a la ciudad de Iconio, por añadir, con su gallarda presencia, recreos a los de aquella primavera. Y él, que llevado de los estímulos de su edad inquieta apetecía más lo peregrino de las extrañas patrias que lo frecuentado de la propia, aceptó el hospicio y ejecutó las vistas, ocasionando la suya a que, cohechada de la mayor belleza que empeñó en aquel siglo el caudal humano, conspirase contra la libertad, que en breve tiempo sintió rendida a su tiránica

hermosura.

Fue, pues, el caso que, convocándose un día festivo, todo lo más de lo noble y plebeyo de aquella comarca a las solemnes obsequias con que aquellas poblaciones celebraban al amante adúltero, elección de Venus y trofeo del jabalí de Marte, en el mes florido (aquel en que el planeta monarca, huésped de los mellizos del Zodiaco, libraba en la recámara de Flora libreas costosas), tardo, si pródigo, remedio para la desnudez de los montes y valles, pues desabrigados en lo inclemente del tiempo, cuando los vivientes aligeran ropa, entonces se visten ellos de lo que parece que menos necesitan, veneraban un templo, desvelo último de la arquitectura, que, sobre la cerviz de un collado ameno, a vista de la ciudad gentílica, renovaba memorias al trágico suceso del joven amante, sucesor de Mirra, y a la deidad de Chipre; aquél que, rival del bélico planeta, fue venganza compasiva de sus celos y fúnebre despojo de la fiera colmilluda, por quien dijo Teócrito:

Yace Adonis cazador
sobre un monte, desangrado,
y siendo del agresor
nieve el colmillo afilado,
al joven hiere nevado.
Su dolor

a llanto y lástima mueve,
y con razón, pues se atreve
para malograr su abril,
el marfil contra el marfil,
la nieve contra la nieve.

Llegó a tanto la solemnidad supersticiosa, con que lo más de
Grecia reiteraba los cabos de año a este torpe mancebo, que se
hicieron por ella célebres, no sólo Tebas y Macedonia, Alejandría en
Egipto, y toda la isla Cipria, pero lo que es más, las consagradas
tribus del pueblo circunciso. Testigos, las abominaciones que vio
Ezequiel en el templo sacro, cuando, profanando sentimientos,
libaban las hebreas matronas lágrimas torpes a su lascivo simulacro.
A esta, pues, fúnebre celebridad, se había convocado tanta gente,
coronados sus profesores de guirnaldas que, entre pimpollos tiernos
de olorosas murtas, hospedaban rosas y amapolas, unas y otras
consagradas a la veneración de entrambos (aquellas deudoras a sus
espinas, por las mejoras en que las medró la sangre de Venus),
purpúreas agora, primero cándidas, y éstas por lo mismo, pues la de
Adonis les ferió la grana en que transformaron su candor antiguo.
Entapizaba sus paredes el ceremonioso templo de recién cortadas

vides, tan niños sus pámpanos, que apenas acababan de enjugar sus tiernas hojas las lágrimas de sus podaduras, amorosos pronósticos de sus cercanos partos. Trigos y cebadas en cierne eran alfombras del enlosado pavimento, símbolos todos de la licenciosa deidad y su difunto empleo, pues, como sin Baco y Ceres, Venus se entibia, les pareció lisonjaban sus amores con el incentivo de ellos. Diversidad de ramos, todos fructíferos, ya en flor, ya en yema, desempeñaban sobre las espaciosas gradas del simulacro amante, el patrocinio que en sus recreos hallaron las fértiles tareas de Pomona, pues, tutelar de sus fecundas plantas, las dejó en Grecia hasta su nombre mismo, llamándose desde entonces adónidos sus huertos. Así lo afirma Teócrito:

También le dan tributo

las plantas del otoño en rama y fruto.

Mezclaba, a trechos, la religión profana multitud de blandas y apiñadas lechugas, en memoria de haberlas escogido la diosa enamorada para compañeras en el sepulcro del llorado joven, como

Safo cuenta; pudo ser para significar que aun la muerte no fuera bastante a extinguir el incendio de su amor desenfrenado, si la honestidad frígida de estas pequeñas plantas no comunicara sus efectos a los huesos torpes. Éste era el aparato con que aquellos idólatras veneraban engaños en las tinieblas de la noche, cuando ausente de ella el planeta virrey del sol, le sustituyen luces sus estrellas, el día primero que el mes hortelano desabrochaba botones a la primavera, porque si bien en las demás provincias dedicaban a esta solemnidad llorosa el principio de noviembre, la presente escogió al mayo, tiempo en que la sangre predomina y en ella, los estímulos de la sensualidad, más ocasionados, reconocen licenciosos las influencias de Venus, tan afecta a flores.

Entraron, pues, en ordenadas hileras por dos puertas principales que, una frontero de otra, partían por medio el frecuentado templo. Divididos los varones de las mujeres, sueltos éstas los cabellos, y unos y otros, ceñidas las sienes con los referidos círculos, arrastraban superfluos lutos, puesto que servían de fundas a festivas galas, creyendo que, sin duda, cumplido el cabo de año y honras funerales, resucitaba al día tercero el malgrado joven y le trasladaba la enamorada estrella a las delicias de su luminosa esfera. Maltrataban, pues (luego que el templo idólatra les permitía la presencia del herido simulacro), ellas la destrenzada descompostura de sus cabezas y ellos las supersticiosas venas

porque, hiriéndolas, le libaban gran copia de sangre (bárbara y necia, si religiosa, demostración del sentimiento que les causaba su muerte intempestiva). Multitud de instrumentos fúnebres alternaban los gemidos de la llorosa plebe, al tiempo que el más viejo sacerdote, con vestiduras sacras, delante del altar llorado (dedicados a sus aras aromas resueltas en fragantes humos y bañados del licor más generoso) impuesto general silencio, desde un autorizado trono, refirió la trágica historia de los dos amantes, en estos versos:

FÁBULA DE MIRRA, ADONIS Y VENUS

Al hermoso hijo y nieto
del caduco Cinira,
que en Chipre, rey de flores se corona;
al prodigioso efecto
del amor y de la ira,
que humano un tiempo, ya deidad blasona;
al que debe Pomona
cuantos en sus pensiles
engendra mayos y produce abrilés,
pues hortensia deidad, flores sazona,
panegíricos canto
la música, esta vez acorde al llanto.

Aquel rapaz gigante,
que al mismo Jove arrostra,
y nieto de la espuma, es todo llama;
ese que, si arrogante
imposibles no postra,
ni dios se estima, ni permite fama,
venenoso derrama
su contagión sabrosa
en el pecho de Mirra, cuanto hermosa
horrenda tanto, pues su nombre infama
quien su tragedia ha escrito;
si bien todo el delito
disculpa de su engaño,
pues fue la utilidad mayor que el daño.
Mirra, de juventudes
asombro desdeñoso,
hoy mucho más del tálamo que ofende,
venganza e ingraticudes
dio en su desprecio hermoso,
pues mariposa adora a quien la enciende;
en la nieve pretende
de las paternas canas
de Cinira, templar llamas tiranas;

pero es yesca la nieve si se emprende
en ella del amor cualquier centella;
en fin, para encendella
industrias apercibe,
pirauستا, Mirra, que entre brasas vive.
Equívocas caricias
al padre lisonjean,
que vende a la ignorancia el nombre de hija;
y honestando malicias,
se admiten y recrean,
dorando plata a la vejez prolija;
tal vez se regocija,
porque él tronco, ella yedra,
verdor trepando por su cuello medra,
y, ufano que tal vid tal olmo elija,
sin distinguir entre virtud agravios,
se permite a los labios,
puesto que desiguales,
el plomo se guarnezca de corales.
Juzga Cinira grato
a filial afecto,
cariño tanto, no a pasión lasciva;
pero como es retrato
de la causa el efecto,

(si en la similitud amor estriba)
viéndose copia viva,
con su origen quisiera
incorporarse Mirra lisonjera,
(que donde unidad falta, amor no priva);
para esto su deseo
los brazos envidiaba de Briareo,
y a su madre adorara,
si con el ser su tálamo heredara.
Teme, suspira, llora,
porque, si oculta enojos,
recela que el dolor no la consuma;
muda tan habladora
que, a descifrar sus ojos,
cada pestaña de ellos fuera pluma;
tal vez resuelta (en suma,
a costa de su mengua)
a fiar su remedio de su lengua,
fuego acomete y se retira espuma;
y tal de amores loca,
palabras apercibe y no halla boca,
que en tan ambigua guerra,
puertas abre el amor que el temor cierra.

Retrocedióse al pecho
cobarde la osadía,
que ya en los labios profanó la raya.
Pero ¿de qué provecho
fue, si los asistía
la vergüenza en carmín, que la desmaya?
Comunicóse al aya,
cuyos caducos años
feriaron su vejez a los engaños,
que también hay tormentas en la playa,
y aunque la edad la jubiló en el puerto,
las más veces es cierto
que, tarde o nunca, deja
liviana moza los resabios, vieja.
Ésta, en fin, facilita
estorbos y temores,
y, añadiendo a sus llamas combustibles,
al viejo solicita
a que despierte amores,
ya tibios en su edad, si no imposibles.
Díjole: «Apetecibles
años de cierta hermosa,
(tú, rosa seca y ella fresca rosa)
pechera de delicias apacibles

tributarte apetecen,
si los gustos de amor rejuvenecen.
Desyela señor mío
en su florido abril, tu enero frío.
Dejar de ti desea
posteridad augusta
que blasonen después sus sucesores.
Baja, que de Amaltea
el aparato gusta,
que en tu jardín des frutos a sus flores;
la noche, a sus temores,
quietud oculta apresta,
sin riesgo que Diana, por honesta,
fiscalice, ofendida, sus amores,
pues, aunque cazadora,
virginidad afecta, amante adora
cuando en celos se ofusca
al dormido Endimión que en Caria busca».
Al cano rey, la astuta
aya, halló tan dispüesto,
que culpa siglos cuando instantes pierde;
que en la materia enjuta
se introduce más presto

el voraz elemento que en la verde;
amor (porque recuerde
en él sus incentivos,
y en caducas cenizas logre, vivos,
hipócritas carbones) que se acuerde
le manda de hermosuras,
que ocasionaron, joven, travesuras;
y remozado en ellas,
sopló el deseo y levantó centellas.
Delinquiró incestuosa
esta vez la ignorancia,
lince hasta aquí el amor, agora ciego.
Vejez apetitosa,
su misma repugnancia
solicitaba nieve contra fuego;
la noche que, al sosiego
con sueños aplaudía,
Argos de estrellas, este insulto vía;
pero vendólas con tinieblas luego,
abominando brazos,
que en tal monstruosidad tejieron lazos,
cuando amor que los funda,
vio a Mirra, estéril antes, ya fecunda.
Deleite ejecutado,

y amor arrepentido,
todo es uno: testigo la experiencia;
volvió el enero helado,
si se fingió florido,
a intimar su primera intercadencia;
efímera violencia
veloz enciende y pasa,
pues ya en Cinira amor yela, no abrasa.
Gozó sin ver, y huyendo la presencia
que se negó a sus ojos,
lo que anhelaba gustos, juzgó enojos;
castigo de quien fía
en cano amor, que, cuando abrasa, enfría.
Mirra que, satisfecha,
su infamia creyó oculta,
segundo Paladión lleva consigo;
y cuando sin sospecha
noticias dificulta,
sus entrañas hospedan su enemigo;
el tiempo hizo testigo
lo que escondió primero:
cómplice aleve, agora pregonero,
manifestarle pudo,

que a veces habla más el que es más mudo.

El término cumplido,

Mirra ya hermana y madre,

Y de Cinira, Adonis, hijo y nieto,

ofensor ofendido,

se vio su abuelo y padre,

público ya a los hombres su secreto;

Tesífone y Alecto,

gigante hacen su injuria;

de amor primero esfera, ya de furia,

la causa enemistada con su efecto,

y ardiendo por ser vivo,

con la madre, al dos veces relativo,

de su sustancia helada

corre a verter la sangre duplicada.

Plumas huyendo pide

la hermosa delincuente

a la deidad que obedeció lasciva;

valles y selvas mide,

y, del pecho pendiente,

el insulto inocente es joya viva;

pero, aunque fugitiva,

flores desmaya apenas,

azogue en vez de sangre alienta venas

de la helada vejez la vengativa
injuria, en cuyo empleo
cada pie, que fue plomo, es caduceo,
que amores y pesares
al segundo Planeta hurtan talaes.
No Apolo enamorado
a Dafne cazadora
persigue aquél y estotra se retira;
efectos han trocado,
pues huye la que adora,
siguiéndola los odios de Cinira;
vuela esta vez la ira,
corre amor, pues la alcanza,
señal que es más ligera la venganza:
pues si uno flechas otra rayos tira,
y con fines opuestos
plumas llevan aquellas, llamas éstos,
con que una acción obliga
a que huya amor y a que el desdén le siga.
Ya casi a las espaldas
respiraba el aliento
de la venganza, que el temor avisa,
y de las leves faldas

que profanaba el viento,
las fimbrias, tropezando, tal vez pisa,
cuando viendo precisa
la ejecución severa,
Mirra, angustiada de su muerte fiera,
a la Citerea diosa
en el último trance lastimosa,
intimándole enojos,
dijo, el alma en los labios, y en los ojos.
«Común naturaleza
nos dio, amorosa diva,
Chipre a las dos, que en esto nos hermana;
aquí halló tu belleza
patria, pues, compasiva,
te adora eterna y te alimenta humana;
aquí la espuma cana
del mar, piéлаго incierto,
en la cuna del nácar tomó puerto,
(región sacra por ti, si antes profana)
y porque fértiles
su amenidad, las Horas, tus nutrices,
cuando flores te adulan,
Chipre tu imperio, Cipria te intitulan.
Aquí, progenitora

de la deidad de fuego,
con sangre en vez de leche alimentado,
me hiciste profesora,
(mas ciega, que él es ciego)
de su violenta escuela, pues he dado
asombro enamorado
a cuantos en sus llamas
arrojan honras y consumen famas,
pues me atreví, por él, al primer grado,
que exento de tu imperio,
eterno me vincula vituperio,
digna que tus favores,
a más hazañas, premios den mayores.
No, pues, Venus permitas
que a tu poder se atreva
padre verdugo, desdeñoso amante;
si insultos acreditas,
múdame en forma nueva,
que aromas peche a tu deidad fragante;
haz, desde aquí adelante,
patrona compasiva,
que, entre los vivos, ni me infamen viva,
ni, entre los muertos muerta, honras espante,

sino que mi remedio
consista en ser de estos extremos medio,
porque, en angustia tanta,
si sensitiva no, me estimen planta».

Apenas de su pena
Venus oyó el discurso
que, grata tutelar a su deseo,
fija en la rubia arena
el desmayado curso;
planta es ya la de amor, monstruoso empleo,
aquel arbol sabeo,
cuya sudada goma,
Estacte llama Arabia y, todo aroma,
incorrupto cadáver dio al Hebreo,
en la forma sabina,
enebro en hojas y en rigor espina,
que eterniza y preserva.

Si fue Mirra mujer, ya es mirra yerba.

Entre los brazos ramas,
busca el infante el pecho,
y, en vez de él, halla rústica corteza;
pero imperiosas llamas
de amor, que siempre han hecho
mayor efecto en la mayor belleza,

mostrar la fortaleza
de su poder pretenden,
pues, niño Adonis, en su vista encienden
la misma Venus, que a sentir empieza,
cuando deidad blasona,
que amor su misma madre no perdona;
pues que recién nacido
querer no sabe Adonis y es querido.
Prodigio es portentoso
enamorar gorjeos,
que apenas tienen ser y ya dan penas;
mas era tan hermoso
que ocasionó deseos
a quien del mar espuma burló arenas;
crióle en las amenas
delicias intrincadas
de Chipre y de sus selvas que, pobladas
de madre selva, rosas y azucenas,
sin preservar ninguna,
cama le mullen y le mecen cuna,
y con leche sabrosa
de una cierva, esta vez sólo piadosa,
crecen entre las flores

él en los días, ella en los amores.
Ya Adonis de la infancia
pasaba a la puericia,
y ya doraba en él la adolescencia
bozos a la arrogancia,
arnés a la milicia,
flechas a la deidad, toda violencia,
cuando con la asistencia
del joven, sucesiva
por tantos lustros, desde niño viva,
es Venus del amor la quinta esencia,
y en su fogosa lumbre,
(como es naturaleza la costumbre)
cuando sin él se mira,
ni vive, ni descansa, ni respira.
Del néctar olvidada,
ni la ambrosía la mueve,
ni afecta cielos, ni en sus luces fía,
porque en él transformada
espíritus le bebe,
que al néctar antepone y ambrosía;
amor hidropesía,
bebiendo, aumenta sedes,
y de Adonis los labios Ganimedes,

gentilhombres de copa, alientos cría;
prodigio es que sazone
una sed, otra sed, y la ocacione;
mas como firme sea,
quien más ama y más goza, más desea.
Los ratos que embaraza
la juventud traviesa
en Adonis el tiempo que la sisa,
y por el monte a caza
la fugitiva presa
sigue oficioso, que el lebrel le avisa,
no corre él tan aprisa,
como ella aprisa llora,
y como tras Menmón la blanca aurora,
impidiéndole el paso, así le avisa:
«Tragedias ocasiona,
quien, racional, con brutos proporciona
acciones militares,
sin comparar afectos a pesares.
Ya que las castas selvas
profanes a su diosa,
ni risco, temas, ni perdones cumbre,
adviértote que vuelvas

con presa temerosa,
que quiete mi temor su mansedumbre;
la natural costumbre
del joven ejercicio,
que de virtud, si es mucho, pasa a vicio,
y en mí si en ti es deleite es pesadumbre,
tus vitorias celebre,
ya en el ciervo ramoso, ya en la liebre,
de suerte que, al correllos,
ellos huyan de ti, no tú huyas de ellos;
pues si tus fuerzas mides,
más que el ánimo, vencen los ardides.
Los lobos salteadores,
los osos mal formados,
los leones carnívoros te vedo,
no des a mis amores,
con fúnebres cuidados,
mal logros tristes que me anuncia el miedo;
mas si tirar no puedo
la rienda a tu apetito
y te enojas por ver que te limito
tanto peligro, yo te lo concedo,
con tal, si a ésta te obligas,
que, siguiéndolos todos, jamás sigas

al jabalí impaciente,
presagio de mis lágrimas su diente.
Una fiera entre tantas,
idolatrado mío,
te niega sola quien tu amor conjura;
persigue a las que espantas,
no a las que muestran brío,
que audacia, contra audacia, no es segura:
¡Ay de quién aventura!,
que en tu infeliz impresa,
cazador, de la caza has de ser presa,
y de un bruto, trofeo tu hermosura.
Ojalá que me amaras,
de modo que jamás te me ausentaras,
mas ¡ay suerte severa!
que a Venus antepones una fiera».
Así daba consejos
la diva enamorada,
a la incauta ocasión de sus enojos,
cuando asomó de lejos
en fiera transformada
la sospecha de Marte, llena de ojos;
usúrpale despojos

Adonis, ya adquiridos,
de Vulcano y Apolo perseguidos,
afrenta de la red sus rayos rojos,
y costándole tanto,
que celos le atormenten no me espanto,
pues si de raya pasan,
más al amante que al esposo abrasan.
No sufren los lebreles,
que estorbe la trailla
lances do inclinaciones tan opuestas
despedazan cordeles,
y rota cada hebilla,
atajan valles y trasponen cuestas;
Venus, que las funestas
tragedias ve cercanas,
abrazada con él, lágrimas vanas
le intima, que si no le son molestas,
bastantes son tampoco
a refrenar el ímpetu que, loco,
su perdición destina,
al bien rebelde cuando el mal se inclina.
Aljófares desprecia,
desembaraza abrazos,
sordo a suspiros, desdeñoso a voces,

y porque llore Grecia
mal logro de sus brazos,
la muerte hace sus pasos más veloces;
Marte, que con atroces
hazañas se eterniza,
trofeos a sus celos soleniza.
Tente, intrépido joven, no destroces,
vengando a la fortuna,
dos almas que incorpora amor en una;
no es jabalí el que baja,
flechas las púas, el marfil navaja,
el dios sí, en sangre tinto,
severo alcaide del alcázar quinto.
En círculo le ciñe
la turba ladradora,
ya campo de armas la floresta verde,
pero tan diestra riñe
la bestia vengadora,
que en sangre paga el que sus cerdas muerde;
Venus que el tiempo pierde
en excusarle enojos,
volando tras su Adonis con los ojos,
con el alma le avisa que se acuerde

de presagios fatales;
pero el que apresurando va sus males,
consejos desestima,
vientos atrasa y el venablo anima.

Llega y, de siete, mira
reducidos a cuatro,
cadáveres los tres, sus perros fieles;
enciéndele la ira,
y al verde anfiteatro
volver jura mosquetas en claveles;
provoca los lebreles,
y en la derecha planta
cargado el cuerpo, el otro pie levanta,
(digna postura de animar pinceles).

Tonante es, que fulmina
rayo el furor, en vez de jabalina,
a no errar, codicioso,
valiente el tiro, pero no dichoso.

Hurtóle el cuerpo el bruto,
¿qué mucho si le adiestra
la bélica deidad del quinto cielo?
y viendo el poco fruto
del golpe, Adonis muestra
mejillas, si antes grana, agora yelo;

retírale el recelo
de verse desarmado;
pero Marte, en la fiera transformado,
cometa es que le sigue, el paso vuelo;
huye el que perseguía,
persigue agora el que primero huía,
mas el correr, ¿qué importa,
si sacre la venganza, vientos corta?
Cedió a fatal violencia
la juventud briosa,
cedió amor a los celos, sus bastardos,
cayó la adolescencia,
que apenas se vio rosa
y, ya lirio, pimpollos brota pardos;
llegaron, aunque tardos,
a hacer los escarmientos
cuerda a la juventud, cuyos alientos
mil veces malograron los gallardos
ímpetus juveniles;
florece los abriles,
sopla el Bóreas enjuto,
y el almendro, que aborta en flor el fruto,
enseña castigado

al prudente moral razón de estado.

Abrió el marfil buido,

puerta a la muerte franca,

que, en fe de reina, en púrpura teñida,

prestó su colorido

a la amapola blanca

su rosicler, recuerdos de su herida;

Venus, con media vida,

perdida la otra media,

presume, por correr, que la remedia;

pero huyendo la bestia adonicida,

al paso que más corre,

sintiendo penas más, menos socorre;

que el mal en todo amante,

menos aflige, cuanto más distante.

Desnudo el pie de nieve,

carrera presurosa,

las plantas, donde el alma está, encamina;

sacrílega se atreve,

(sospecho que envidiosa)

de la rosa, hasta allí blanca, una espina;

para quedar divina,

divina sangre vierte,

con que el candor en rosicler convierte,

medio ya entre jazmín y clavellina;
dichoso sacrilegio,
que ganó entre las flores privilegio
de ser, puesto que bellas,
ella su emperatriz, sus damas ellas.
Violetas con claveles,
mezcló amor en los labios
de Adonis y de Venus lastimosa;
no hay plumas ni pinceles,
que pinten los agravios,
que a Marte intima la ofendida hermosa.
Pondere la amorosa
pasión, qué tal sería
lo que Venus entonces sentiría,
dios el dolor, como su dueño diosa;
que yo aquí reverencio
los hipérboles mudos del silencio.
No a fuer del ave santa,
que al túmulo, antes nido,
agrega aromas que el oriente espira,
Mauseolos levanta
que injurien al olvido,
ni a holocaustos de amor consagra pira:

sembrado el campo mira
de lechugas, y entre ellas
quiere Venus probar si las centellas
que en el cadáver aún vivir admira
apagan sus ardores,
que, como su frialdad entibia amores,
recela que no basta
a amor tan firme compañía tan casta.
Aquí sepulcro apresta
la diva enamorada,
para el amante que aún difunto adora;
aquí le manifiesta
a cuantos malograda
su muerte compadece; aquí le llora
quien, tierna protectora
de su pasión, desea
la diosa que con llantos lisonjea,
hasta que resucite con la aurora
Adonis, que eterniza
sus llamas, semidiós, no ya ceniza,
estrella sí, en la parte
que ni se esconde al sol, ni teme a Marte».

Tristes, puesto que concertados instrumentos, entre suspiros lastimados de los ceremoniosos asistentes, acompañaron la narración del afectado sacerdote, ajustándola la suerte a la brevedad de la noche, corta por ser de mayo, que el fenecerse entrambas fue todo uno. La oscuridad del templo, industriosamente sólo permitido a la limitación de breves luces, que diferenciaban sexos para no ocasionar atrevimientos; la melancolía de los versos fúnebres, alternados de llorosas demostraciones; el luto de los que las afectaban, proporcionado con las tinieblas nocturnas, y la jurisdicción que el sueño en tales horas tiene sobre nuestros sentidos, obligaron los ojos de la mayor belleza a que, negándose a la vista de quien se recreaba en ellos, alzasen de obra, y que, recostada en el regazo de su madre anciana, diesen lugar al descanso ejecutivo. Tecla era ésta, Tecla, envidia de Asia, presunción de Europa, corona de Iconio, prodigalidad de la naturaleza, hipóbole de la hermosura, prodigio de la discreción, mayorazgo de la honestidad y tiranía deleitosa de los sentidos. Perdió a su padre antes de saber llorar su pérdida, y él (que en su patria el más venerado, más generoso y más rico, dejó recuerdos a la lástima y compasiones a la misma envidia), por no aventurar desaires al crédito que ganó con tal sucesora, dificultando, si asegundaba frutos, no degenerar en ellos del primero, murió gustoso,

ennobleciendo su ciudad con la herencia de tal vecina, y, enjugando sentimientos con la posesión de lo presente, casi solicitó olvidos a los desconsuelos de su falta. Cumplió en su educación su madre Teoclea las esperanzas que su difunto esposo se llevó consigo, porque, ayudada del dócil natural de Tecla, llenó en ella cuidados y consejos, saliendo tan a su satisfacción en todas las perfecciones virtuosas, que en su patria, igualmente, refrenaba su opinión liviandades de sus contemporáneas y granjeaba deseos su belleza, apetecida para el tálamo de todo lo generoso y rico de sus juventudes. Descansado recreo de su viudez era su compañía, tan apoderada de la voluntad de su madre que gozó en ella cuantos afectos reparten otras en la multitud de hijos, que dividen entre sí el amor de sus principios. Era Tecla única en su casa, faltaba su padre, y así heredó entera la posesión de Teoclea, pues ya libre del que a su consorte debía, tomó a su cargo querer a su sucesora con duplicada propensión de madre y padre, previniéndola con madurez a las obligaciones de Himineo; para esto estudiaba, entre la abundante copia de pretendientes, cuál mereciese, si no igualarla, llamarse a lo menos esposo suyo. No pocos fueron los que, para conseguir esta ventura, se apadrinaron de intercesiones, músicas, papeles y las demás solicitudes con que el amor facilita dificultades desdeñosas; muchas fueron las peticiones que ocasionaron celos, rondas y nocturnas competencias que, si enemistaron padres, no, empero, disminuyeron créditos en la pretendida, por conocerla tan guardosa

de su fama, cuanto a ellos pródigos de su sosiego. Pero quien supo granjear lo más considerable para su consecución (a la madre, digo, de la solicitada, en quien la obediente resignación de Tecla estaba comprometida) fue Tamírde, aventajado entre todos sus rivales, así en dotes de naturaleza como de fortuna, propincuo en sangre, de edad florida y, en efeto, proporcionado sujeto para su descanso. Éste, pues, asegurado de esperanzas por Teoclea, yerno en nombre, se entretenía con el ofrecido plazo de su posesión, próximo ya el día de sus desposorios.

Esta, pues, era la dormida hermosa, que en las faldas de Teoclea, menos inclinada que las otras a solemnidades lascivas, tuvo por mejor jubilar sentidos que aplaudir deshonestidades, aunque disfrazadas en cultos religiosos. Y el que, elevado en la contemplación de su belleza, la dedicaba atenciones, usurpándose las a la solemnidad llorosa, era el huésped antioqueno, Alejandro (aquel que dio principio a mi discurso), tan suspenso en el empleo de sus ojos que, reducidas a ellos las demás, potencias, no permitía a las pestañas las inquietas travesuras de sus movimientos, porque no privase aquel instantáneo estorbo el interés de su amorosa vista. Así dormía la tina y así se desvelaba el otro, cuando patente ya la precursora de la luz primera, corriendo presurosamente velos a los viriles, de que el templo se adornaba, por franquearle resplandores, iluminado todo el espacio obscuro con la diáfana presencia de sus

rayos y despojándose todos los presentes de los prolijos lutos,
convirtieron galas festivas los pasados sentimientos en presentes
regocijos, teniendo por infalible que ya Adonis, resucitado, en
brazos de su llorosa prenda, subía semidiós a la posesión amante de
su diva, en el tercero alcázar, corte suya. Gratularon todos la
fabulosa restauración de sus amores con voces y músicas, dando
parabienes a su inmortalidad nueva, con estas y otras semejantes
canciones:

Mil gracias, diva bella,
por todos, te dé amor,
pues ya es contigo estrella,
la que antes era flor.
No temas que desvelos
del dios menospreciado
inquieta tu cuidado
ni aumenten tus celos:
venció amor a los celos,
quedó Marte corrido,
por ver que, si ofendido
dio a su rival la muerte,
ya mejorando suerte
desmientes su rigor.

Mil gracias, diva bella,
por todos, te dé amor,
pues ya es contigo estrella,
la que antes era flor.

Así solenizaba la adúladora plebe el contento con que aplaudía la fabulosa resurrección de Adonis, cantando cada cual, al arbitrio de su más o menos fe, lo que traía estudiado, haciendo el regocijo acordes las cantinelas que, desordenadas, ofendían la correspondencia armónica de la música, mientras que Tecla, más por cumplir con lo ceremonioso del idólatra culto, que por inclinación que tuviese a su deidad lasciva, desnudando la exterior corteza de su luto, se presentó a los ojos circunstantes y al alma de Alejandro, asombroso encarecimiento de belleza y gallardía. Habíale enamorado, sin ayuda del artificio, lo natural sólo de su hermosura, disfrazada entre lo grosero de un monjil obscuro y un velo negro, que ocultaban el costoso adorno de su cabeza y talle. Y aunque es verdad que para la hermosura perfecta, sin mendigar ayudas de costa de la tienda, hice más cuanto menos se compone y que el vestido negro tiene no se qué de reputable y atractivo (quizá porque un contrario junto a otro, compitiendo, sale más airoso, como el sol

entre las nubes; disculpa suficiente de haberse dejado usurpar el alma su rendido antioqueno), agora que se opusieron en Tecla lo accesorio del arte y lo heredado de la naturaleza, hiperbolizaron juntos de tal suerte sus enemistades que, olvidados los que la miraban de la solemnidad de Venus, creyeran, a no verla tan honesta, que la misma diosa, agradecida a sus aplausos, se los venía a premiar con su presencia.

Salió el sol, y cuando no saliera ¿qué importara?, pues, hurtándole los arbores de su oriente, había Tecla salido de los crepúsculos de su luto más lucida. Bañóse todo el templo de la iluminación diáfana de sus rayos y bañáronse los espíritus de los presentes de la penetrable luz de su belleza; todos admiraban milagrosa a Tecla y, entre todos, Alejandro sólo la idolatraba; huésped fue hasta entonces, pero ya, prohijado en la ajena patria, buscaba naturaleza donde no la pretendía. Peregrino es el hombre tanto donde nace, como donde se destierra; porque, como el cuerpo sigue las inclinaciones de su forma y ésta no se avecina sino donde sosiega, forzosamente se deja llevar del móvil que le rige. Halló el alma de Alejandro su esfera en la hermosura que adoraba; luego bien pudo empadronarse en ella y, renunciando los privilegios de advenedizo, juzgar por su patria la que le prometía quietudes. ¿Qué le faltaba en Tecla para no imaginarse en su naturaleza? Y, ¿qué no extrañaba fuera de su vista, si asiste más el alma donde adora que donde anima? Y Alejandro adoraba a Tecla. ¿Por qué no había de

considerarse con ella una cosa misma? Tecla era natural de Iconio, Alejandro era indivisible unidad con Tecla, luego una misma patria los reconocía. Sin Tecla, Alejandro ni hallaba descansos, ni entendía razones, ni conocía parientes, ni se acordaba de amigos; con Tecla, Alejandro comunicaba pensamientos, por su respiración vivía, con su vista respiraba, con su esperanza cobraba espíritus. ¿No es patria verdadera aquélla con cuyos frutos nos alimentamos mejor que con los peregrinos, cuyos aires nos conservan, cuya memoria nos alivia, cuya vista nos convalece? Todo esto causaba Tecla en Alejandro, luego Tecla era su centro, su patria, su naturaleza y todo lo que dejaba de ser Tecla, merecía nombre de peregrinación y destierro; como tal juzgó el privarse de sus ojos, y así, siguiéndola, después de concluirse la solemnidad festiva, reduciéndose a sus casas los que la celebraron, acompañó (urbano en la apariencia, amante en lo interior) su idolatrada tiranía, hasta que, restituyéndose a su habitación, imposibilitaron sus paredes a los sentidos lo que no bastaron a la idea, cuya memoria le representaba su imagen viva. En ella pudo entretener Alejandro contemplaciones tan apacibles a la consideración, cuanto rigurosas a la quietud, pues, añadiendo leña a sus recientes llamas, le perpetuó un incendio doméstico que, con un mismo efecto, le deleitaba y consumía.

A sus umbrales permaneció el vasallo nuevo de su apetito, tan

enajenado que, quien le advertiera, le juzgará imagen de sí mismo y, alabando la mano del estatuario, convocará admiraciones de su natural similitud, porque, viéndole inmóvil negarse a si propio las acciones vitales, ¿quién se persuadiera no haberle un mármol usurpado su semejanza? Venía con él Cloriseno, cuya casa le hospedaba generosa y cuyo deudo le había trasladado a su ciudad, deteniéndole en ella, casi con violencia hasta aquel punto; si bien desde él en adelante, tan voluntarioso que, a sospechar retiros, formara enemistades. Extrañó, pues, éste la repentina suspensión de su acompañado y, con recelo de algún accidente peligroso, tirándole del brazo, le dijo:

-Amigo, ni el lugar, ni la hora, ni los registros que os miran, son a propósito para demostraciones que desacrediten la opinión que de advertido y discreto habéis ganado; el sitio en que os suspendéis es la calle más principal de Iconio; la hora mediodía; los que os notan, naturales nuestros, que, presumidos y satisfechos de sí mismos, fiscalizan envidiosos cualquiera demasía forastera y les parece que les usurpan el derecho que tienen en su patria a toda gallarda pretensión; recobraos, y no pierda en vuestro crédito un descuido inconsiderado lo que con tanta alabanza vuestra os hace extranjero bien querido. ¿Qué es esto? ¿Vos en la publicidad común ocasionando, con desaires, malicias?, ¿qué sentís?, ¿qué tenéis?, ¿o cuál puede ser el accidente que, tirano de vuestra reputación, descomponga vuestra modestia?

Despertó a estos avisos el arrobado joven y, agradeciéndoselos la vergüenza noble que, con tácita reprehensión, le bañó de púrpura las mejillas, sólo le dio un suspiro por respuesta y, tras él, un golpe de lágrimas que, sin permiso del recato varonil, arrojó el corazón por sus desaguaderos. Asíóle por la mano y, sin decirle cosa, guió a su alojamiento; entróse en un jardín, recreo ordinario de las habitaciones nobles, y asentándose los dos debajo de un cenador que, vestido de recientes pámpanos, componía un vistoso capitel, corona de la risueña murmuración de una artificiosa fuente, le dijo de este modo:

-Problemáticamente me indiferencian, amigo Clorisenos, las obligaciones que os reconozco y los agravios que, con ellas, me habéis hecho; dudoso estoy entre aquéllas y éstos; y no sé si, como empeñado, os rinda gracias o, como ofendido, forme quejas, porque cuando la pérdida de la mejor potencia de mi alma os acusa cómplice de mis desdichas, hallo felicidades en las mismas que, ocasionadas por vos, compiten en la aplicación de sus contrarios atributos; el más desdichado soy y el más venturoso de nuestro siglo; mido tormentos con deleites y felicidades con desgracias, ignorando cuáles a cuáles se aventajen; sólo sé que vos sois el total motivo de unas y otras. Novedad asombrosa os parecerá que, a un tiempo mismo y por una misma causa, deudor me ejecutéis y acreedor me pidáis cartas de obligación; pero antes que os las muestre, decidme,

os suplico: ¿qué nombre tiene la belleza que desde el templo de Adonis acompañamos a su casa?; ¿obedece esposo o, deseando obedecerle, ha hecho amorosa elección libre de su gusto?; ¿o subordinada a mayor imperio compromete en ajena voluntad los privilegios de su albedrío? Satisfacedme en esto y quedaréislo después de las razones que me mueven a que os juzgue, cuando más mi bienhechor, más mi enemigo.

-Conjeturas suficientes me habéis dado -respondió Clorisen- para verificar lo que no creyera de vuestra bien gobernada, hasta aquí, voluntad, a no conocer cuánto es más poderosa, en la más templada juventud, la violencia de sus incentivos que los reparos de sus prevenciones. No me espanto yo que améis, y más en parte cuyas prendas traen consigo la propiedad del móvil primero, imán de las demás esferas, que a su pesar le siguen. Pero espántome que hallasen en vos las llamas de la deidad ciega tan sazónada la materia que, a la primera eslabonada de su vista, hiciesen en vuestra libertad el mismo efecto que si Troya la comunicara todo lo contagioso de su incendio. Nunca yo os consideraré tan yesca, que ya que la actividad de su potencia os dispusiese, repentinamente os abrasase. Bien pueden correspondencias de sangre, influjos de estrellas y simpatía de inclinaciones, ser cosarios de los primeros movimientos; pues ya habemos experimentado en nosotros mismos que, ofreciéndonos a los ojos una beldad suprema, suele con no previsto asalto dar un vuelco al alma y amotinarla sus potencias; pero pasado aquel primero

acometimiento, usa de su jurisdicción la libertad y, citando del todo no quede tan señora de sí como al principio, tampoco queda totalmente rendida a sus violencias. ¿Qué forma tan intensa no presupone, para introducirse, antecedentes disposiciones?, ¿o como vos, sin ellas, tan cobarde desacreditáis vuestra alma que, al primer rebato, de manera os desaposionáis del ser humano que aún no os reserváis señales de viviente? Ríndanse a partido presidios de ociosidades sin prevención de bastimiento de prudencia, no, empero, castillos pertrechados de estudios y cordura. Siquiera el nombre que os dieron de Alejandro, había de vincularos la felicidad de su invencible resistencia. Vos Alejandro, y vos, antes que el enemigo desenvaine el acero, a sus pies afeminando créditos. ¿Qué es esto? Deseábaos yo aficionado a nuestras bellezas, para perpetuaros vecino nuestro en Iconio, pero no inconsiderado amante. Suficiente triunfo blasonara la de Tecla, que así se llama quien os tiraniza, si ocasionara al más envidiado joven de Antioquía a que segunda vez emplease la atención de sus descuidos en sus ojos. ¿En qué os diferenciaremos de las comunes liviandades de nuestras juventudes?, ¿o qué han medrado en vos los estudios filosóficos, que os laureaban por maestro suyo y en la escuela estoica os enseñaron a desmentir afectos y sujetar pasiones? Tecla es, al paso que la más hermosa de nuestra ciudad, la más ilustre, la más cuerda, la más rica, la más apacible y la más deseada de cuantos en ésta y en las circunvecinas

poblaciones presumen partes y apetecen tálamos. Ha sido pretendida, pero ninguno si no es Tamírde puede alegar siquiera permisiones: éste sólo, admitido a la elección de Teoclea su madre y a la obediencia de Tecla, su hija, espera a breves plazos, para él siglos, sus desposorios. Cónstanos a todos los que delectamos sus costumbres que, a permitírsele a Tecla la ejecución de su libertad, nunca Venus atravesara los umbrales de su himineo, ni las antorchas conyugales desaposeñaran de su pecho la jurisdicción que hasta agora tienen en él virtudes de la virgen cazadora; su tutelar mayor es Minerva, por numen casto y porque patrocina estudios; imítala en cuanto puede, ya con la aguja desafiando Aragnes presumidas, ya con la pluma y libros, previniendo alabanzas a sus desvelos, y añadiendo a los Safos en Lesbos, a las Aspacias en Milesia, y a las Demofiles en Atenas, nueva profesora con ventajas de sus letras. Porque a vivir en su tiempo Píndaro, príncipe de los líricos, no se desacreditara concediéndola la corona que cinco veces se ganó Corina en Tebas, por más que se presuma eterna en otros tantos libros que en epigramas la celebran. No hay ciencia a que se perdone: la música, la poesía, la aritmética, la medicina y todas las demás que se blasonan efectos de las nueve hermanas, son entretenida ocupación de sus potencias, sin que el ocio merezca siquiera un instante de asistencia en sus sentidos. Esta es la imposible pretensión de vuestros rendimientos, sólo destinada a los de Tamírde; más (como digo), por no rebelarse a los imperios de su madre, que porque sus

méritos, aunque son muchos, alcancen en su inclinación otro lugar que los demás que, adorando su belleza, se querellan de su severidad. Juzgue vuestra discreción agora, si os culpo justamente de pródigo inconsiderado; pues, antes de examinar la condición de quien se os posesiona, la habéis entregado, sin otras hipotecas que su hermosura, lo más precioso de vuestra alma.

-Sentenciáis desapasionado, Clorisenos -replicó Alejandro-, como juez que, sin experiencia de sucesos, entra crimoso la primera vez a ganar fama, más que a guardar derechos a los indiciados. Mucho se diferencia la teórica de la práctica y en materia de pasiones amorosas, más se requiere ésta que aquélla. ¡Qué de médicos habemos visto, en las cátedras águilas y en los pulsos idiotas! No es maravilla que, como el arte de curar, en cuanto ciencia, tiene por objeto al hombre enfermo en común, estudia y enseña su profesor remedios generales que, aplicados en individuo, por no conocer las condiciones particulares, antes aceleran la muerte que la atajan. No es la pasión de amor para especulaciones de quien sin haber caído en la cama de sus congojas, ni temerse en los últimos términos de su peligro, se arroja a recetar remedios que no sabe. Más docto es en esta facultad un ignorante convaleciente que un sabio no acometido. Culpáisme porque apenas vi, cuando adoré, trayéndome ejemplos naturales con que persuadirme, disposiciones previas a introducciones peregrinas y, en esta parte, no puedo dejar de

notaros de poco filósofo, si en la pasada os disculpo por no experimentado. No ignoráis vos (pues, a hacerlo, desmintierades la opinión justa que os abona), que cuanto es una potencia más remisa, produce sus efectos con más pereza, proporcionando en la materia los grados obedienciales, como los imperiosos en la forma. Y si esto no es verdad, ¿qué es la causa que una carga de leña encendida tarde media hora en abrasar un roble y un rayo le resuelva en ceniza en un instante? Todas las veces que puede obrar el alma con menos necesidad de los instrumentos que la organizan, ejecuta más aceleradamente sus acciones que, como es espíritu, no echa menos los conductos con que lo corporal traslada sus especies de un lugar a otro; lo más o menos excelente de los objetos, hace más o menos diligentes las potencias. Venenos hay que matan en un año y otros en un punto. Tiene Tecla tanto de divina, es objeto de excelencia tanta, y el amor con que la adoro está tan exento de materiales apetitos que, ahorrando dilaciones materiales, yo soy todo alma para quererla, ella toda rayo para consumirme; no fuera superior a las humanas hermosuras la de Tecla si necesitara duraciones para rendirme. No veneno en supremo grado su sabrosa presencia, si no ejecutara instantáneamente en mis sentidos la actividad de su excelencia; ciega a la presencia de una lámina, encendida la vista más aguda, en fe de la ventaja que hace este metal a los otros, ¿y no hará lo mesmo Tecla en Alejandro, siendo, en comparación de las demás bellezas, oro de quilates infinitos? Preguntaréisme, ¿cómo,

pues, quedaron vivos y con ojos los demás, que viendo a Tecla no la adoraron? Pues el veneno, la lámina abrasada, el rayo vengativo, no haciendo acepción de personas, igualmente contaminan cuanto encuentran; y si la cordura en los otros bastó para contrayerba a la ponzoñosa violencia de mi homicida, culpa viene a ser de mi poca resistencia el ser sólo empleo de sus rigores. Pero engañáisos, porque la proporción recíproca que por virtud oculta suele haber entre las potencias y los efectos naturales, causa, sin saberse el cómo, más breve correspondencia en unas cosas que en otras. Atrae el imán al hierro, y no a la plata, y éste se deja llevar de la amorosa luz del norte, más que de otra estrella. Sale el planeta cuarto, y desde su oriente hasta su ocaso, con ser el progenitor vital de las cosas todas, sólo le mira sin perderle de vista la flor gigante, porque en ella más que en las otras se logra la simpatía que con él tiene; de donde conjeturo que, pues primero yo que otro amante y con brevedad mayor me dejé arrebatado de su belleza, soy más proporcionado empleo de su compañía; de modo que las mismas razones que alegáis para divertirme de adorarla, favorecen la inclinación discreta que me violenta a servirla. Vos confesáis que a ninguno hasta agora ha pagado, siquiera en agradables demostraciones, finezas de voluntad debidas y que si Tamírde blasona títulos de su futuro dueño, es más por la majestuosa jurisdicción de Teoclea que por la voluntaria inclinación de sus deseos. Luego, ¿libre vive

Tecla de los subsidios con que amor empadrona a sus vasallos? No, pues, se agravie Tamírde de que Alejandro le compita, que el derecho que alega, más es intruso que legítimo. No están subordinadas las libertades a jurisdicciones ajenas, aunque sean de madre, porque los dioses las emanciparon desde el punto que el uso de la razón las sacó de la tutela en que su incapacidad las puso.

¿Privilegió Júpiter el libre albedrío de sus preceptos, y querrá Teoclea atribuirle mayor imperio que la deidad suprema? Es Tamírde generoso, ¿y no juzgará a baja por poseer alma por voluntad distinta, cuando le consta no estar admitido por la propia de quien ama? Adquiéranse los cargos, las dignidades, las posesiones, por patrocínios de privados y diligencias de favorecidos; no empero el amor, que sólo funda su derecho en la similitud de naturales y en la benevolencia y parentesco de las estrellas. Delinquiré mi opuesto en tiranizar una alma, si obediente a quien la fabricó vivienda, no inclinada a quien le usurpa su dominio. Por cuenta mía corre desagaviar opresiones de quien adoro, pues mal consentirá, quién generoso ama, ofensas de su dueño. Sin amor, Tecla no ha de humillar su cerviz a las coyundas que el mismo amor labró para conservación de voluntades correlativas; pretenda amante, pero no tirano. ¿Qué sé yo si voluntad tan señora de sí misma, que hasta agora conservó su soberanía en la misma libertad que heredó del cielo, se reserva para premio de mis solicitudes? No he de ser de la condición de los demás celosos, tan pusilánime que me desmaye juzgando por más benemérito a

mi competidor. Dios es amor, y casi dios quien ama. Si en casi dios me transforma el amor que a Tecla tengo, ¿por que no presumiré, cuando no merecerla, alcanzarla? La similitud de inclinaciones es el verdadero apoyo de la reciprocación de gusto. ¿No es Tecla aficionada a las musas? ¿No la deleitan los libros? ¿No reverencia con particulares afectos a Minerva? Pues si yo con los mismos ejercicios me recreo y la semejanza en las costumbres no se diferencia al amor sino en el nombre, ¿por qué me juzgaréis por loco, cuando me prometa lo que no mis concurrentes, por no simbolizar del modo que yo con sus estudios? Yo en efecto, Cloriseno, he de interponer desvelos, pretensiones, riqueza, peligros y cuanto me fuere posible, para probar mi suerte; pues cuando me suceda mentirosa, con sacrificarla la vida, dejaré a la compasión recuerdos de desdichado, pero no de poco firme. Decir esto y levantarse sin esperar respuesta fue todo uno, quedando Cloriseno, entre los recelos de su peligro y las esperanzas de sus merecimientos, neutral en los juicios, pero determinado de arriesgar por Alejandro todo lo que un amigo generoso debe por quien es digno de este título, tan usado en los cumplimientos y tan raro en las ejecuciones.

Descuidada estaba la hermosa virgen (motivo a nuestra narración devota) del nuevo opositor contra sus cándidos propósitos.

Entretenida (entonces que Alejandro maquinaba estratagemas para

introducirse dueño, donde ni aun asomos livianos hallaron puerta) en buscar medios con que dilatarle a Tamíríde, sin contradicción de Teoclea, los plazos ofrecidos para la apetecida posesión de su esperanza; tanto más aborrecida de Tecla cuanto más rigurosa en él, apresuraba estímulos, puesto que eran tales que, a diferírselos una hora, le parecía imposible el engañar el alma para que no se desavecindase del cuerpo, peregrinando sin su compañía hasta hallar su prenda. Lloraba Tecla la cercana ruina de lo más precioso de su desvelo; amaba por natural inclinación a la pureza, de suerte que se lastimaba del raro uso de ella (pues en aquellos siglos se vituperaba cualquiera estorbo que dificultase la propagación humana y juzgando, por suma infelicidad, la de los que, estériles, gozaban de vacío permisiones del tálamo, aborrecían los profesores de la virtud monarca); consumíase de que, no hallando la virginidad domicilio, peregrinase destierros, desconocida hasta en el nombre; de buena gana se opusiera a la general esclavitud con que la libertad tributaba opresiones al consorcio, aunque por inventora de novedades, nunca hasta allí aplaudidas, arriesgase, con el crédito, su caudalosa herencia y se expusiese a los castigos con que su patria escarmentaba a los transgresores de su incontinencia. Sólo la veneración a Teoclea, los empeños que por su amor añadía al natural afecto, ventajoso en ella a los de otras madres, subordinaba inclinaciones castas a obediencias rigurosas. Buscaba entre las prosas y los versos, autores y poetas modernos y antiguos, alguno

cuya autoridad, defendiendo la incorrupción, patrocinase sus propósitos, y desconsolábase en extremo, viendo cuán singulares eran los que escribieron en su abono, y éstos, cuán limitados la encarecieron. Sentíase de que, siendo Grecia tan fecunda en sabios y éstos tan ponderadores de todo lo excelente, no hallase entre sus apotegmas alguna que celebrase la virginal perfección y, trasladando los breves apuntamientos de los versificadores, en que siendo tan locuaces pintando las fábulas de más corruptela, sólo en la ponderación de lo más precioso se mostraban avarientos. Quisiera que Ovidio no cansara tan presto la pluma, cuando comenzó, para acabar luego, lo que tan a su propósito dijo:

Salve virgínea flor de la vergüenza,
intacta rosa, que a nacer comienza.

Agradábala en extremo el mismo cuando escribió:

Mal se puede reparar
la pudicicia violada,

porque, una vez profanada,
no hay volverla a restaurar

Aborrecía la belleza, que tanto en ella celebraban, por el
pleito ordinario que trae siempre con la pretensión amante,
considerando cuán digna del ingenio del natural poeta, fue la
sentencia:

Pleitea toda la vida
la pretensión amorosa
en la belleza aplaudida,
pues cuanto una es más hermosa,
tanto es más apetecida.

No sabía olvidarse de lo que escribió Catulo cuando dijo:

De la suerte que la flor
que el jardín ha cultivado,

libre del rústico arado,
del pie del bruto y pastor,
lisonjeada al favor
del rocío, el sol y el viento,
es de los ojos aliento,
deseando merecella
el joven, y la doncella,
porque intacta da contento.
Mas, si la desacredita
quien a tocarla se atreve,
por ser su hermosura breve,
el ser primero la quita;
ansí mientras, no marchita,
la pudicicia florece,
deleite a la vista ofrece;
mas si el vicio la ofendió,
quien intacta la estimó,
profanada la aborrece.

Estos discursos despertaban escarmientos que, ayudados de su
limpia inclinación, repugnaban a la obediente resignación de sí

misma, en su severa madre, peleando con iguales armas en Tecla el aborrecimiento a la incontinencia y el amor de quien reconocía por señora. ¡Oh, qué envidiosa deseaba perpetuarse con Erisa, de quien escribe Apolodoro que envejeció doncella y ocasionó el proverbio con que notaban a las incasables, llamando a la que entraba en días virginidad caduca! Sumamente dichosa llamaba a la hermana de Protoclo, porque, como Plutarco afirma, muriendo virgen la levantaron aras los de Beocia, y los locrenses, venerándola por tutelar de sus bodas antes de consumarlas, la consagraban pacíficas ofrendas. Envidiosa quisiera haber nacido en el tiempo que, siendo discípula de Dama, hija de Pitágoras (la primera que en la gentilidad hizo voto de perpetua pureza) pudiese, imitando tan heroica resolución, consagrarse a la integridad hermosa. Cinco hijas immortalizaron su nombre, ilustrando a Diodoro Socracio, padre suyo, no tanto por la ventajosa fama de su dialéctica (aunque en ésta les concedieron el laurel los sabios de aquel siglo), cuanto por la no intimada conservación hasta la muerte de su entereza; y Tecla se lamentaba por no añadir a las cinco, con su nombre, la unidad que las hiciese pares. Ninguna de las gentílicas deidades, en su opinión, más digna de templos y religión, que la que Roma veneraba con título de Bonadea, hija de Fanno, y tan observante de esta virtud, que jamás se atrevieron sus pies a la calle, a los umbrales de sus puertas, a los recibimientos de sus salas; jamás su nombre a los oídos de sus vecinos, ni hubo varón que, fuera de los más

íntimos de su familia, pudiese dar señas de su rostro, ni después de canonizada por deidad, permitió cultos que no fuesen de su sexo. En efeto, juzgando a todas éstas por bienaventuradas, se querellaba de sí misma por sumamente infelice pues, igualándolas en los deseos, no la permitían sus ejecuciones. Estas y otras semejantes consideraciones la apretaron una vez, de suerte que, necesitada de desahogos, se permitió a los alivios de un jardín ameno que en su casa entretenía retiros y medraba desvelos aliñosos de Amaltea. Quiso Tecla comunicar con lo virgíneo de sus rosas los discursos de sus penas y, más enamorada de ellas que de Taimíride, fabricando un ramillete, divertir cuidados, si bien el ahogo de los suyos pedían remedios de mayor eficacia. Tejiendo, pues, fragancias y matices, con el apoyo de un ramo de retama en que incorporaba con una hebra de seda a lo más vario y vistoso de aquellas cuadras, halló emboscado entre una mata de clavellinas un billete que, usurpando ardidés al áspid caviloso, aguardaba entre las flores lances con que comunicarle a Tecla la ponzoña enamorada que le confió su dueño. Era el caso que, ejecutando Alejandro diligencias para conseguir sus arrojós, cohechó, por medio del metal apeteçido, la fidelidad doméstica de una criada confidente que, con hipócritas disimulaciones y mentirosas virtudes, se conservaba en la privanza de su casta señora, vendiendo la conformidad de costumbres y granjeándose con ellas más frecuencia que quisieran las que en su

servicio la envidiaban. ¿A qué no se atreverá la hechicera tiranía del oro?, ¿qué presidio no asalta?, ¿qué resistencia nopostra?, ¿qué imposible no facilita?, o ¿qué fidelidad no corrompe? Dígalo entre los muchos que su eficacia ponderaron, uno que a mi parecer pintó mejor sus propiedades, permitiéndome esta digresión la elocuencia de sus versos:

El oro a todo se atreve,
no hay posesión que no goce,
cuanto vive reconoce
su poder, todo lo mueve;
su sed bebe
imperios y majestades,
ríndansele las deidades,
y como el tálamo sea
dorado, a Iove recrea.
No se estima
el templo que no sublima
el oro y no le ennoblece;
altar que no resplandece
con su esmalte peregrino
no es de veneración dino,

ni se le debe decoro
porque sólo triunfa el oro,
en lo humano y lo divino.
El oro la fe acredita
de quien recela enemigos;
él vale por mil testigos;
sospechas al vicio quita;
solicita
honras, dignidades, fama;
a quien protector le llama,
es darle, para el amor,
bélico conspirador;
él alista
héroes para la conquista
de la fuerza más sublime;
él Capitolios redime
romanos; él, en la tierra
dios universal, destierra,
abate, postra, lastima,
honra, ennoblece, sublima,
árbitro en la paz y guerra.
Las luces del cielo bellas,
rendidas al oro imploran,

que en fe que todas se doran,
le obedecen las estrellas;
como entre ellas
predomina este metal,
es señor universal
de cuanto comprehende el orbe,
cuanto el mar inmenso sorbe,
cuanto abarca
el suelo, porque es monarca
que perficiona imperfectos;
sólo el oro hace discretos,
siendo oráculos de Grecia
los que Apolo menosprecia,
pues aunque Atenas se agravia,
¿cuándo hubo pobreza sabia?,
¿ni cuándo abundancia necia?
¿De qué sirve el importuno
culto de deidades tantas,
si el oro entre las más santas,
es dios mayor que ninguno?
Palas, Juno,
por más poder que blasonen,
huyan si al oro se oponen;
de él se aleje

Marte, su trono le deje
Diana, por más que, bellos,
nítidos peine cabellos.
¡Oh siempre dinero sacro!
adore tu simulacro
cuanto en el orbe contemplo,
sin oponérsete ejemplo;
y en cuanto poseen los hombres,
sólo tú divo te nombres.
Sólo a ti te erijan templo;
sola en tus aras presuma
dedicarte la obediencia
víctimas, que en tu presencia
el fuego sacro consuma;
entre espuma
la sangre hirviendo del bruto
te libe y pague tributo,
pues quien del oro se ampara,
luces de la esfera clara
compra y los dioses, en venta,
desde su celeste coro
se dejan feriar del oro,
que aunque se intitulen divos,

son tales los incentivos
del mayor de los metales,
que no solos los mortales,
los dioses son sus cautivos.

Exageración fue ésta de un idólatra, pero del cielo abajo ¿en
qué mintió, si nos consta que antes anduvo corto que licencioso?
Éste, pues, fue el que facilitó dificultades en la lealtad frágil de
la criada combatida, que se ofreció poner en las manos de su
inocente dueño un papel y se valió del medio de las clavellinas para
desempeñar su promesa; porque, sin atreverse por sí misma a la
experimentada aversión que conocía en Tecla a todo lo que aun en
sombras simbolizaba con lo torpe, viéndola bajar al jardín, quiso
fiar en él a la fortuna lo que no a su atrevimiento. Arrojóle, en
efeto, en la florida mata y, ausentándose sin ser vista, ocupó aquel
sitio la congojada virgen, abeja agora entre las flores, que imitaba
sus tareas, para la honesta fábrica de los panales dulces que sus
limpios propósitos labraban en sus pensamientos, Hallóse, en fin,
sin saber cómo con él en las manos y, atribuyendo a descuido
inculpable lo que el engaño cuidadoso consultó con el artificio,
sólo extrañaba que en tal parte pudiese entrar persona que
ocasionase el descuido a tales pérdidas; porque a ninguno, fuera de

Tecla y sus doncellas, era lícito frecuentarle. Recelando, pues, que alguna menos advertida profanase aquel sitio con permisiones en su estimación sacrílegas, para verificar sospechas, que en común las acusaban a todas, determinó informarse, leyéndole, de la inconsiderada delincuente, y vio que decía:

CARTA

No hay con vos inmunidad
que privilegie extranjeros;
huésped, mi amor llegó a veros,
que ésta en mí no es ceguera
contra la seguridad
de un templo reverenciado;
el alma me habéis robado,
que reducir solicito,
mirad que es doble delito,
a huéspedes y en sagrado.

La primer belleza avara
de ojos, sois, que ha visto el suelo:
dos noches, una en el cielo,
y otra, lloré, en vuestra cara;
faltándome la luz clara

de tres soles ¿qué ha de hacer,
sino tres veces caer,
quien, a tiento y sin temor,
si una vez es ciego amor,
tres amores viene a ser?
Quitarle el imperio trata
al basilisco cruel,
quien, más venenoso que él,
durmiendo a cierra ojos mata;
júzgueos Venus por ingrata,
y Adonis por atrevida,
pues cuando a llanto convida,
su historia, dormís dolores,
que poco gusta de amores,
quien los escucha dormida.
Los hurtos que amor logró,
con los vuestros son pequeños,
pues robar almas en sueños,
¿quién sino vos lo alcanzó?
En efeto, me usurpó
el alma que os obedece,
vuestra beldad; bien merece
que la agasajéis, señora,
pues nadie robó hasta agora

las prendas que no apetece.
Si la mía os satisface,
medrar por su causa espero,
por huésped, por forastero,
y porque lo nuevo aplace;
dos voluntades enlace
una coyunda amorosa,
hará el tálamo dichosa
su indivisa duración,
si Alejandro y Tecla son,
él su esclavo, ella su esposa.

No con mayor susto suelta el rapaz incauto la albahaca que
cogió del ajeno vergel cuando vio el escorpión, afecto suyo,
llegando a olerla, escondido entre sus matas, o el ramillete
burlador que, disfrazando la ortiga entre sus flores, le creyó la
doncella simple toronjil pacífico y, maltratándose en sus espinas,
malogró fragancias, como nuestra sencilla virgen arrojó de las suyas
el billete adulador, en leyéndose pareada al nombre de Alejandro. Ya
tenía noticia de las prendas que los de su ciudad en él exageraban,
pues, fuera de ser tales como he pintado, siempre lo advenedizo se

trae consigo la benevolencia y alabanza de los naturales (vicio común en todas patrias, por no consentir la envidia de sus contemporáneos loores que adquieren los de su nación, encarecer habilidades extranjeras, no iguales las más veces a las que, puertas adentro, la falta que tienen es ser de sus contubernaes. ¡Qué celebrados son en nuestra Castilla los Tasos de Italia, los Ariostos y Petrarcas, habiendo en ella espíritus tanto más fecundos y ventajosos, cuanto lo pregonan sus estudios! Lástima es que, menospreciados de sus naturales, peregrinen estimaciones extranjeras y, por no rendirles reconocimientos los propios, se destierren a los ajenos, donde las más veces hallan mejor hospicio).

En efeto, Tecla (que, al paso que entendió el valor del pretendiente, se receló más peligrosa pretendida), dudando el modo con que el emboscado billete pudo asaltarla, en parte que sólo la confianza de sus doncellas limitadas veces la frecuentaban, cayó en la cuenta, y conjeturó de algunas salidas que Clorisipa, su favorecida, había hecho de casa, a título de visitar una hermana enferma, la poca resistencia que el interés hace cuando sirve al poderoso encanto de las dádivas. Sacó por consecuencias el temor que tuvo a la honestidad, pues no se atrevió en ella el cohecho a asaltarla cara a cara, y que se valió de ardidés alevés, para disimular traiciones, aprovechándose de la sustitución insensible de las flores; pero, por no acreditar del todo indicios, graduándolos de verdades convencidas, quiso, cuerda, fiar a la disimulación

industrias de sus diligencias; volvió a las manos el billete, temiendo su recato, si le desamparaba en tan sospechoso sitio, no llegase a las de quien, leyéndole, intimase a la publicidad lo que, contra la vigilancia de su pureza, suele comentar la malicia. Recogióse a su más frecuentado retiro, y queriendo en él, por medio de las llamas, consumir del todo atrevimientos de la pluma (que tal vez, hechos pedazos, multiplican pregoneros al descrédito), mudó resoluciones, juzgando discreta que, si la faltaba aquel testigo para convencer a la indiciada, imposibilitaba evidencias o que, si habiéndole dejado en el jardín de industria, y volviendo Corisipa a certificarse del efecto que en él su engaño había logrado no le hallaba, experimentando en el silencio de Tecla tácitas permisiones, la daba licencia para más desenvueltas osadías; en resolución, abrió la gaveta a un escritorio en que depositarle, y al tiempo que la tuvo fuera, vio en ella una caja de marfil, guarnecida de oros, que ocultaba un ejército de diamantes, sembrados por diversidad de joyas, cuyo valor y número pudiera domesticar cualquiera resistencia, menos que la de nuestra virgen. Habíalas encerrado allí la misma Clorisipa, que como a la más familiar y confidente se le permitían las llaves de sus joyas, como las de lo íntimo de sus pensamientos; pudo, en efecto, esta seguridad y la codicia en ella, corromper obligaciones y, atreviéndose a lo dudoso, medir por las suyas las costumbres de su dueño, dándola por vencida

al primero combate de tesoro tanto.

Tengo para mí que, cuando Júpiter franqueó, a pesar de sus encierros, los imposibles con que el rey argivo presumió desmentir oráculos, depósito Dánae de la torre de metal, su alcaide la vigilancia, sus guardas los lebreles, si se valió de la costosa transformación de aquel diluvio de oro, fue por negársele a la pretendida asistencias de criadas, porque, a acompañarse de éstas, ¿para qué necesitaba Júpiter de penetrar junturas en las tejas?, ¿ni, en sus faldas cerniendo granos del metal solícito, amasar después la dorada sugestión que, triunfando de diligencias, dio al mundo los fabulosos triunfos de Perseo? ¿Qué no corrompe la continuación de un familiaridad doblada y más lisonjeando la poca experiencia de una hermosura sencilla? O ¿con qué no sale la avaricia doméstica, una vez sobornada de la pretensión lasciva? No quedó a lo menos por Alejandro, no por Clorisipa, pero sí por Tecla, que ya del todo certificada, se resolvió en atajar peligros, castigando con severidad la agresora; pero con industria sabia, para que, sin ruido que pusiese en plática su consentimiento, quedase su opinión en el lugar primero. Disimulóse ignorante con la tercera torpe, retiró indignaciones de la cara al corazón, y, aguardándola dormida, la siguiente noche entró en su cámara y echóla en la manga de la ropa que entonces se vestía, las joyas todas que interpuso el atrevimiento por abogados de la torpeza, puesto silencio primero al papel lascivo por medio de las llamas;

determinóse, de esta suerte, excusar reprehensiones que pudiese oír algún registro y hacer con su madre por la mañana que, a título de desposarla con un mercader extranjero que la pretendía, sacase de casa la contagión incurable de una criada corrompida; la distancia de regiones, donde había de llevarla el mercader que la solicitaba, hacía imposible cualquier noticia de aquel insulto; porque juzgaba la prevenida virgen peligrar la integridad de su pureza sólo por haber asistido a su lado ministro que se ofreciese a allanar recatos y franquear consentimientos. Con esto juzgaba que, honestando venganzas con el premio, tan apetecido en toda juventud casadera, limpiaba su casa de aquella peligrosa peste. Pero dispúsole mejor el cielo, agradecido a la cándida resolución de nuestra honesta virgen, porque apenas ejecutó lo dicho y se retiró a su reposo, cuando, entrando Teoclea, su madre, en busca de la descuidada Clorisipa, para averiguar acusaciones en que sus compañeras la culpaban (envidiosas de que se les levantase con la privatiza de su señora) porque la certificaron que, impaciente con las dilaciones de las bodas que con el mercader le habían prometido, determinaba, robando lo más precioso de sus joyas, embarcarse con el amante mercader una de aquellas noches, quiso, pues, la matrona cuerda averiguar sospechas primero que sentenciar insultos y así, registrándola sus vestidos y arcas, colegir de la disposición de sus muebles la de sus pensamientos; hallólas todas libres de la maliciosa presunción de

sus contrarias, y llegando acaso a las mangas de la ropa, encontró en la una las prendas que Tecla acababa de depositarla; reparó, aunque asustada, en el valor precioso de su riqueza, puesto que las desconoció, como no suyas; alborotó la casa, despertó la familia, contó a todos, convocándolos, las determinaciones de la criada aleve y el cuantioso hurto que halló en sus vestidos; asombráronse igualmente unos y otros, pero, disimulando las acusadoras, acreditaban con lo presente las sospechas de su envidia y dieron ocasión para que se tuviesen por verdaderas. Examinóla Teoclea, preguntándola cuyas eran joyas tan generosas, cómo las había adquirido, quiénes eran los cómplices, pues parecía increíble que, en dos salidas solas de su casa, hallase, sin coadjutores, tan apercebido robo; creyó, al principio, la mísera Clorisipa que soñaba lo que veía, pero desengañándose y viéndose vendida de la misma venta que creyó lograr en su inocente dueño, infamada de infiel en la hacienda (como si no fuera mayor delito serlo en la honra), y conociendo la terrible condición de la ofendida anciana, y que, si manifestaba verdades y descubría solicitudes de Alejandro, era infalible el trasladarse desde su confesión a la sepultura, porque Teoclea, poderosa en Iconio y de su natural sobremanera vengativa, menos ocasionada había hecho temerse de sus domésticos con escarmientos rigurosos, tuvo por más seguro otorgar callando delitos falsos que, manifestando los verdaderos, perder la vida. Respondió, en fin, turbada, que ni conocía aquellas preseas, ni sabía quién,

sino enemigas envidiosas de la medra con que su señora la aventajaba a las demás, durmiendo, a costa de ajenos atrevimientos, la hubiesen hecho encubridora de aquel hurto. Pero como esto parecía imposible, pues ni sus compañeras se habían ausentado de su casa, ni cuando lo hubieran hecho, era verisímil que, por vengarse de Clorisipa, se deshiciesen de tal tesoro, antes sirvieron sus excusas de confirmaciones a las sospechas primeras que de satisfacción a sus indicios.

Salió Tecla a las voces, disimulada, contóle su madre el suceso y, disculpando aparentemente a su favorecida, casi la persuadió a no ser ella la que en venganza de su deslealtad ocasionó su perdición.

En efeto, Teoclea la entregó al juez supremo de aquella ciudad, que mandándola poner en la cárcel común y depositando las joyas en confidentes seguros, determinó que en la tortura confesase lo que en su vida hizo. Bastó el tormento sólo imaginado y la infamia que temía de la verdadera declaración del caso, pues era forzoso manifestarle a las primeras vueltas del cordel, a que, excusando diligencias al verdugo y sentencias al procónsul, un accidente repentino la sacase con el alma la codicia, sepultando con el cuerpo los recelos que nuestra hermosa virgen tenía de que los tormentos divulgasen osadías de Alejandro, agencias de Clorisipa y maliciosos consentimientos en Tecla.

Llegó juntamente a la noticia del ansioso amante la prisión y

muerte de su solicitadora, y aunque la pérdida sin fruto de sus prendas pudiese obligarle a declararse dueño suyo, pues le sobraban testigos y calidad para acreditar que lo era, juzgó por menos daño perderlas que desdorar con sospechas el crédito de su dama y dar ocasión de celos y enemistades a Tamíride. Consultaba, pues, a solas Alejandro sus desesperadas esperanzas y parecía imposible que sus prevenciones amorosas no hubiesen surtido efecto; no se persuadía que suceso tan divulgado, siendo conversación general de cualquiera casa, corrillo y templo, se le escondiese sólo a su prenda, pues asistiéndola tan frecuente Clorisipa, parecía forzoso haberla ya manifestado sus pasiones. En los mismos desmayos de sus desconfianzas, hallaba su imaginación alientos.

-Tecla -decía-, sabía, Tecla conversable, en fin, tan inclinada a la familiaridad de Clorisipa y Tecla ignorante de que la adoro, cuando el interés me aseguró solicitudes de tan eficaz ministro, no lo creo; Clorisipa la leyó mi papel y la presentó mis dádivas; amor en las bellezas primerizas entra por las puertas del rigor y el menosprecio; opónense la honestidad y la vergüenza al interés y súplicas del pretendiente, ¿quién lo duda? ¿Hay belleza, por vulgar y ordinaria que sea, que no fulmine al primero acometimiento amenazas y retiros? De éstos se valdría mi dama para enfrenar persuasiones de mi agente. No se atrevió por entonces a entregarle mis preseas; guardábalas para mejor coyuntura, que pocas pierde el amor, una vez notificado; cogieronla con ellas vigilancias de su

madre; tuvo Clorisipa, leal conmigo, por mejor perder la vida infamada de ladrona que hacer común el secreto de mis penas, con menoscabo de la opinión de quien servía. Deberéle memorias y reconocimientos eternos, que en su muerte me lastimen. Pero ¿porque Clorisipa falte, será bien que yo desespere principios, que las más veces valen la mitad de las pretensiones? Eso no, que la pusilanimidad en el amor es doblada cobardía. Si Tecla sabe que la adoro y entró en su pecho una vez la noticia de Alejandro, ¿cuándo dejó este dios fuego de amotinar quietudes y cohechar imaginaciones? ¿Llegó alguna el rayo donde no dejase señales de inclemencias? ¿Resistiráse más Tecla que los mármoles, arruinados al solo toque de sus centellas? No es posible. Aun si amara a Tamírde pudiera la resistencia de un agente impedir los acontecimientos del otro; pero constame a mí que le aborrece, y si en la filosofía la corrupción de una forma es generación de la que se le sigue y en el desdén de Tecla está tan descuidado el amor de Tamírde, su misma desdicha será forzosamente disposición de mi ventura. La fama me acredita de estudioso. Aficionada en extremo es mi Tecla a los estudios. Forastero soy y, en esta parte, apetecible; mi riqueza franquea dificultades; la opinión que medro de cortés y sosegado aficionan correspondencias en la cortesía y sosiego de mi amada; la semejanza produce amor, ¿quién más semejante en acciones que yo a quien adoro? En efeto, si siente, como Clorisenos certifica, tanto Tecla el

desposarse con Tamíríde, ¿qué no admitirá por despedirle? Si la experiencia cada instante nos enseña que por huir una hermosura violentada de quien no apetece se rinde a quien primero no admitía, recóbrese, pues, mi desmayado espíritu y, cuando se me malogren diligencias, no quede yo con la lástima y escarmiento de no haberlas ejecutado, pues la frecuencia de servicios y perseverancia en el sufrimiento es la más eficaz protección en un pecho generoso.

De esta suerte engañaba Alejandro sus temores y, anulando recelos con esperanzas, tejía una tela congojosa de mezclas diferentes que le obligó a poner la fuerza de sus industrias al riesgo de sus desengaños, sin perdonar demostraciones, músicas de noche, galas de día y todo lo oficioso con que un amante intenta sacar lucido sus desvelos. Publicáronse tanto los de Alejandro, cuanto salió más célebre la prudente resistencia de Tecla pues, cercenando aun lo hasta allí lícito, en su casa, negó su presencia a las flores de su huerto, temerosa de segundas asechanzas. En resolución, ocasionó quien las disponía a que, celoso Tamíríde y prevenida Teoclea, cercenasen dilaciones y acortasen términos, señalando, por último, para sus desposorios, el principio del agosto que inmediato se seguía, convidando para ello los más ilustres de su patria.

Vio Alejandro en un instante desbaratadas las máquinas todas de sus estratagemas y que lo que juzgaba por medio eficaz para sus fines le salía medio para su desesperación (que al desdichado los

antídotos se le convierten en venenos), y así, huyendo pésames, que en los semblantes tristes le daban sus amigos, sólo el templo, desembarazado de concursos, que le enamoró de Tecla, para llorar sus menosprecios era su más frecuentado sitio. Lastimábase allí entre las flores que guarnecían su circunferencia (pudo ser, porque el considerarlas estériles de fruto, simbolizasen con sus imposibilitados deseos, mentirosas en esto sus imaginaciones). Ocasionado, pues, un día, de ellas, descabezó una rosa que, presumida en la ostentación de su frágil hermosura, le dio materia para querellarse en su similitud de su perdida prenda y decirle los versos del soneto, con que di principio a nuestra narración.

No podía ignorar Tamírde lo que a todos era público, pero, como discreto hasta entonces, contentábase con la casi posesión de la prenda competida, gallardeando vitorias, más con bizarras demostraciones que con arrogancias vengativas, sin darse por entendido en las palabras, puesto que sí en las acciones (que no hay tan airosa venganza, entre discretos, como la que callando triunfa y cortés castiga). Pero como al paso que se aceleraba el término deseado de su posesión, crecía el sentimiento de quien le aborrecía (de nuestra virgen, digo), y experimentaba en su semblante nuevos desagradados que, añadidos a los primeros, daban que recelar a la escrupulosa delicadeza de quien de veras ama, atribuyólos Tamírde a cuidadosas novedades que en favor de Alejandro le banderizaban

posiciones. Y es la sospecha tan persuasiva, de quien una vez la admite que, cuando fueran menores los indicios, bastaran en otro no tan templado a despeñarle el sufrimiento. No hay que maravillarse de Tamírde, competido de Alejandro con las partes referidas, si, experimentando mudanzas en las hermosuras, no le daban lugar sus temores a privilegiar de ellas la de Tecla, puesto que le constaba la superioridad de su recato sobre todas las de su patria. Pero ¿cuándo los celos abonaron virtudes y no encarecieron defectos? En fin, guió Tamírde donde menos acertaba sus ofensas y, aunque ciego de ellas, fue en busca de su opuesto. Pudo en el camino más la cordura que los antojos de su injuria imaginada. Consideró que era fácil engañarse, no en las solicitudes de su competidor, que éstas todos las manifestaban, pero en la retirada honestidad de su cercana esposa, pues igualmente la celebraban de recogida los que murmuraban los desvelos de su forastero solicitante. Y así, templándose más de lo que otro de sus años y partes hiciera, guió al templo de Adonis, donde le afirmaron asistía lo más del tiempo quien le desazonaba el de su esperanza. Hallóle, pues, recostado sobre los antepechos de unos corredores de mármol que guarnecían su fachada, tan entregado a sus pensamientos que, a ser menos generoso su contrario o no recelar con venganzas intempestivas imposibilitar sus desposorios, le fuera fácil fenecer con una vida la mala que le daban sus sospechas. Hablóle desde lejos, nombrándole dos veces para prevenirle y entrambas fueron necesarias, según estaba enajenado de sí mismo.

Volvió en sí, y reparando en que se le acercaba su enemigo, pacíficas las manos aunque alborotado el rostro, le salió a recibir con iguales armas (que en los nobles nunca las espadas averiguan pleitos mientras las razones y cortesías sustentan su derecho en el tribunal de la prudencia); recibéronse, disimulando enemistades, con apariencias apacibles y, después de los ordinarios cumplimientos, dijo Tamírde, asentándose a su lado:

-No sé, generoso antioqueno, cuál de los dos en esta ocasión quede más obligado a las deidades: o vos, porque en tal sitio imposibilitáis arrojéis al sentimiento, seguro con la inmunidad que en los templos veneran los agravios, o yo, porque, hallándoos a las puertas de éste, puedo con verdad atribuir a la reverencia que le debo la templanza con que os hablo, pues a faltar los dos de él, se me pudiera reputar a cobardía. No ignoro, a lo menos, que por noble, por huésped y por mejorado de la naturaleza y la fortuna, se os deben reconocimientos y agasajos, pues la hospitalidad es la virtud más ejercitada y generosa que nuestros antepasados nos dejaron por herencia y que ésta debe crecer al paso que en el extranjero los méritos y las prendas que por sí mismas obligan. Sé que en Júpiter, monarca de los dioses, con tener tantos atributos de que preciarse, ninguno más favorecido suyo que el que le intitula hospederero, por resplandecer con rayos divinos esta piadosa virtud sobre cuantas perficionan un sujeto. Sé, también, que infinitas sentencias, ya de

filósofos, ya de poetas, nos persuaden la liberalidad con que
debemos acudir a los extraños, pues he leído en Homero, que

No es generosa, ni clara
la nobleza y la piedad,
de quien en la calidad
de sus huéspedes repara;
ricos y pobres ampara
Júpiter omnipotente,
agradándose clemente,
(puesto que es corto servicio),
del liberal que da hospicio
a unos y otros igualmente.

Ya me consta que han de ser tan unos en la benevolencia el que
hospeda y el hospedado, que aún no quiso dividirlos en los nombres
nuestro idioma: pues huésped se llama el que recibe en su casa o
tierra al forastero y huésped también el recibido. Más privilegios
tienen los huéspedes que los embajadores y vituperios ocasiona, como
bárbaro, quien con ellos se muestra grosero. Todo esto me enseñaron
la costumbre liberal de mi república, el estudio sabroso de mis

libros y el buen natural de mis inclinaciones, tan afecto a serviros cuanto ocasionado a culparos. Pues os aseguro que sólo él ha sido poderoso hasta este punto a refrenar la inconsiderada furia de mis celos. Pero como yo estoy en todo esto advertido, debéis estarlo vos en que, del mismo modo que todo ausente de su patria tiene derecho a la afable cortesía de la ajena, por el mismo caso que la experimenta generosa debe corresponderla comedido. Pues siempre que se proporcionan huéspedes regalados con los hospederos regaladores, éstos liberales y aquéllos agradecidos, les cuadrara bien la identidad de un nombre mismo, llamándose el uno y el otro huéspedes, como primero dije. Áspid hubo que mató a sus hijos por ingratos a los del dueño, que los permitía alojamiento. ¿Qué merecerá, pues, el advenedizo que, en nuestra república venerado, paga beneficios con desagradecimientos y pretende, salteador disfrazado en huésped, robar la joya más preciosa que ennoblece la misma ciudad que le recibe? Yo juzgo que no hay castigo que con igualdad satisfaga al injuriado bienhechor y escarmiente al ingrato forastero. Porque si los sabios privilegian al huésped, haciéndole partícipe de los frutos ajenos, también reprehenden al extraño si, donde le tratan con estimación, se ensoberbece dueño, portándose insufrible. Leed a Menandro, que dice:

No conviene a ninguno
proceder con engaño,
pero menos que a todos, al extraño.

Y en otra parte,
Cuando hospedaje te den,
préciate de virtuoso,
sé modesto, no curioso,
y querránte todos bien.

¡Qué de autoridades os alegara, si vuestra discreción hubiera
menester ajenos avisos, cuando os conocemos espejo para cuantos os
comunican! Ojalá lo fuéades para vos mesmo. Todo lo que os he
propuesto, Alejandro amigo, es para advertiros que ni sois amigo, ni
Alejandro. Amigo no, pues cuando honráis esta ciudad con este título
y, siendo peregrino en ella, os reconoce como a íntimo desvelo de
sus voluntades, la parte que, como vecino suyo de los primeros me
toca, se querella, profanado por vos, no menos que con solicitarme
desesperaciones y intentar desposeerme de la prenda que, por derecho
humano y casi divino, es mía. Alejandro tampoco, pues éste que

debiera obligaros con el apellido a que le imitáredes, fue tan modesto que, vitorioso en toda el Asia y, pudiendo por el derecho de la guerra triunfar de las bellezas mayores que celebró el Oriente (las hijas, digo, de Darío, su ya postrado competidor), quedó más vitorioso no permitiéndolas objeto de su apetito que con la posesión gloriosa del mayor imperio. ¿Vos, huésped obligado, yo, vuestro amigo, en mi patria, y yo ofendido de quien debiera ser, aun contra los de igual derecho, apadrinado? Juez os constituyo, donde sois parte, que es tanta mi justicia que permite la sentencia al mismo reo, seguro de que si admitís por asesor vuestro claro entendimiento, recusando la voluntad apasionada, yo quedaré satisfecho y vos restauraréis a su alabanza primera la opinión que, inadvertido, vais desacreditando.

Calló con esto Tamírde y respondióle sosegado, más en el semblante que en el pecho, Alejandro, de esta suerte:

-Obligaciones y agravios habéis mezclado de modo, discreto y gallardo mancebo, que al tiempo mismo que pudiera prevenir la satisfacción de estos, enfrena mis sentimientos el empeño de las otras. Debo ser agradecido a la modestia y templanza con que, celoso, comprometéis quejas a la razón (siendo el primer enfreno de esa contagiosa pestilencia, que da lugar a la cordura sin arrojarse al peligroso medio de la venganza); queréllome de las mismas razones, pues me notáis en ellas de huésped desconocido, amigo aleve

y pretendiente ingrato. Confiésoos que reconozco mucho a la autoridad del templo, que los dos veneramos, el que impida su inmunidad arrojados, que no pudiera en otra parte; pues dado caso que, como al principio dije, os soy deudor en la modestia de vuestras acciones, se me hace tan nuevo el sentido de ellas que, como desacostumbrado a semejantes descréditos, era forzoso en otro lugar responderos menos considerado y más vengativo. Y me pesara, porque adquiriera, con verdad, entre vuestros naturales la opinión de ingrato correspondiente a su regalado hospicio que sin ella me imputáis. Yo os he de conceder (ya que remitirnos a consecuencias, armas de discretos, nuestros sentimientos y no a las fuerzas, armas de los brutos) la mayor parte de lo que alegáis en favor vuestro reservar, dándome sólo lo que de ella puede desdorar el crédito, que es en mí de más estima que cuantas alabanzas me atribuíis, sin merecerlas. Confiésoos el agrado liberal con que en vuestra patria huésped debo estimaciones y aplausos a sus vecinos; la obligación en que me ponen a reconocerlos cariñosos, apacibles y corteses y que es bárbaro el extranjero que no procura, recatado y agradable, si no merecer primeros beneficios (que éstos Aristóteles enseña no tener desempeño igual) a lo menos pagar réditos de eternos reconocimientos. Y asegúroos que los míos son tales que, si la esperanza de su satisfacción no desahogara mi conocimiento, saliendo por mí el tiempo, que ocasiona tal vez necesidades, no sé si, corriendo, no admitiéndolos, hubiera dado nota mi recelo o de poco

cortés o pusilánime. Debo, en fin, y deseo pagar; mancomunado estáis, Tamíríde, en esta partida; ejecutad, si halláis qué en mi caudal corto, que convencido estoy y no niego la deuda. Esto es lo que respondo a la primera parte de vuestro ofensivo, si discreto, discurso.

A la segunda, en que me imputáis ingraticudes, atribuyéndome descréditos y nombrándome árbitro en mi casa propia, os estimo la confianza de mi fidelidad y otorgo el compromiso, porque estoy cierto que con una misma acción vos quedaréis convencido y yo absuelto. Todos los ejemplos, autoridades y razones que habéis alegado, vienen a inferir contra mí una sola conclusión, que me indicia de aleve, y esto, porque entrando vos a la parte de los beneficios que a vuestra ciudad debo, ni amigo os correspondo, ni noble os agradezco deuda tanta. Pues siendo vos amante de la mayor belleza (de Tecla, digo), su esposo, de prometido, y en vísperas ya de aposeionado, me arrojó a competiros, pretendiente suyo y litigante vuestro. Ésta es la culpa de que sola me hacéis cargo y a la que, como citado, quiero satisfacer, para que como juez pronuncie, sustanciado el proceso, la sentencia.

Al religioso cabo de año, que en este templo celebra vuestra patria en memoria de los funestos fines del más bello amante, que pudo sacar lágrimas a Venus, me trujo convidado vuestro pueblo, entrando en él, a mi juicio, tan seguro de hermosas tiranías que en

algún modo aprobaba la venganza del dios celoso, condenando la baldía profesión de Adonis, cuando (no sé si por vengarse de mí su enamorada diosa), me echó la argolla de su esclavitud al cuello de mi libertad, por el modo más peregrino que jamás experimentaron los que opresos de su violencia tiran su vitorioso carro. Cerrados los ojos (con ser éstos los más confidentes del alma, con cuyo ministerio ni amor necesita de arco y flechas, porque ¿de qué sirven, donde lo más hermoso de lo visible, hechizando enciende y encendiendo enamora?), me amotinó las potencias la hermosura más digna de adoración que celebraron fábulas y verdades. Tecla dormida, Tecla sin ojos, me quitó la libertad, que a tenerlos abiertos, quitárame la vida. Y puesto que me pronostiqué privado de sus luces (que quien daba a mi amor con las puertas en los ojos, desesperaba en lo futuro el permitírmelos), ni estuvo en mi mano resistirme, ni fuera Tecla el más excelente objeto de este sentido si, mirándola yo, retirara mi libertad airosa de tal empresa. Enamoréme, en fin, en la vaina las armas con que las demás bellezas triunfan de presunciones arrogantes. Seguía, yo su imán, ella mi norte; llegué y acompañéla hasta sus umbrales, y quedándome en ellos con el cuerpo penetré sus interiores con el alma; donde (a no resistirme avisos amigables y escandalosas advertencias del vulgo malicioso) permaneciéramos hasta agora, yo a sus puertas y mis potencias en su casa; llegué a la que me hospeda, informéme de su estado, calidad y inclinaciones; supe que era libre, aunque con recelos próximos de no

serio; que Venus la envidiaba por más hermosa, Juno por más rica, Minerva por más sabia; que, estudiosa y ocupada incansablemente, competían en sus manos, ya la aguja, ya la pluma. Todo esto supe y, lo que me fue de más contento, supe también que no os apetecía, no porque ignorando vuestros méritos, prendas, virtudes y sangre, os antepusiese sujetos de más dicha, sino porque profesora de las musas, la comunicaban, como sus ejercicios, su pureza: ellas sabias, sabia Tecla, y ellas vírgines, degenerara si en lo de más importancia no las pareciera. De suerte, que la casi posesión que alegáis y el título que os atribuíis de su futuro dueño, viene a ser intruso, no legítimo, sino sólo apadrinado de la imperiosa jurisdicción de Teoclea, su madre, y puesto que en la apariencia no resistido de su obediente hija, llorada mil veces a solas su violenta libertad.

Animáronme estos avisos y parecióme que, como amante, justamente podía pretender voluntad que era señora de sí misma y, como bien nacido, me corría obligación de volver por el libre albedrío que los dioses exentaron de su celestial dominio, donde ni padres, ni príncipes pueden alegar derecho que no sea tirano, y donde, en fin, os introducís violento y os apasionáis por fuerza. Y si no, ¿por qué me atribuiréis a infamia no arriesgar la vida en favor de una belleza, por común que sea, que en el despoblado se ve asaltada de la temeridad lasciva? ¿Y no me confesaréis ser lícito

hacer lo mismo en defensa de quien, sin ocasionar atrevimientos, encerrada y virtuosa, llora casi oprimida los mal logros de su más estimado gusto? ¿Es, acaso, porque el primero ni estima reputaciones, ni blasona nobleza, ni tiene partes que respeten cortesías? Todo lo que en vos, noble Tamíríde, es tan ventajoso, cuanto por el mismo caso más vituperable, pues crecen los insultos al paso que la calidad de quien los ejercita.

Según esto, ya quedará restituido a mi primero crédito con vos mismo, transfiriéndoos la meta que me imputábades, pues ni noble solicitáis voluntades libres, ni cuerdo advertís los peligros a que el honor se expone, que pretende en su casa forzada compañía.

Réstame sólo satisfacer a la objeción que me pusistes de huésped obligado; y aunque os pudiera responder que el serio me obliga a volver por la libertad de Tecla, pues no podéis alegarme que soy más huésped vuestro que suyo, no quiero valerme de una misma solución para diferentes argumentos, sino advertiros lo que, siendo tan estudioso, os había de obligar a no ignorarlo: esto es, que el amor perfecto, aunque no el torpe, es acción de la voluntad y no del apetito sensitivo, como el del bruto, y que la voluntad es potencia del alma, de quien se origina, y que el alma, como inmaterial y forma toda espíritu, criada sin presuponer sujeto, huésped de lo rústico del cuerpo donde se organiza, es extranjera, advenediza, en esta caduca región, sin que en ella haya parte que merezca nombre de naturaleza y patria suya: sólo el cielo se reservó este título; y

según esto, tan peregrina es la vuestra en Iconio, como la mía; tan extranjera la de Tecla, como las de los dos; y si la voluntad es de la especie del alma, iguales seremos vos y yo en las nuestras, sin atribuirles propiedad de naturaleza en lugar ninguno; mi amor, efecto suyo, en esta parte no tiene menos acción que el vuestro, como ni la voluntad desamorada de la que pretendemos; todas y todos son advenedizos; luego, vos y yo con un mismo derecho la solicitamos.

Presuma lo material del cuerpo avecindarse como heredero y natural en su tierra, pues que de ella tuvo principio y sus frutos le sustentan, que bien pueden hacer distinción entre naturales y extraños; puesto que es acción que también la alegará un edificio antiguo, compuesto de muros y de tapias, ensoberbeciéndose con el blasón de casa solariega. Pero yo, de Tecla, no pretendo sino al huésped que ocupa la hermosa habitación de su precedero domicilio (el alma, digo), que en sentencia de Demócrito, todo el universo es patria suya y, según esto, tan natural vengo a ser en Iconio, en esta parte, como vos; tan hijo os podéis intitular, como yo, de Antioquía. Pero vos que, haciendo caudal de lo ínfimo, despreciáis lo precioso, por lo menos indicios habéis dado de que, alegando en esta ciudad naturaleza, apetecéis lo sensitivo y corporal, que es lo que tiene acción a los privilegios de que os habéis valido, y no al dueño que en esta casa vive, dejando lo más por lo menos, de donde

se os siguen descréditos indignos de vuestra discreción, pues,
contra el gusto de un alma libre, porfiáis alojaros en su
habitación, llevado de lo vistoso del edificio y no de la excelencia
de quien le habita, Pero cuando esto no sea así, y yo me engañe, si
esperáis tan breve la investidura del reino más hermoso que se opuso
al celeste, ¿en qué os perjudica Alejandro porque la haya
pretendido?, ¿hay vitoria que merezca este nombre donde no hay
enemigos? O cuando éstos son más fuertes, ¿no es mayor su triunfo?
¿Estímase la sentencia en favor que se pleiteó sin litigantes? ¿O
acaso es tan honrosa la cátedra que Atenas proveyó por claustro,
como la que se lleva entre más célebres opositores? Usad de la
vitoria, Tamírde, generosamente, no añadáis pérdidas al perdidoso.
En este sitio perdí la libertad, aquí la lloro, aquí celebraré
segundas obsequias que imiten las del infelice amante, a quien este
templo ofrece sacrificios, tanto más digna mi desdicha de compasión
que la suya, cuanto él, muriendo amado, mereció en la posesión de su
prenda los últimos favores y yo, aborrecido, llevaré sólo venganzas
de que posee a Tecla el mismo que aborrece.

Atajarle quería ya, precipitado, su competidor colérico, cuando
interrumpiéndolos un tropel de criados de Teoclea, llegó el más
diligente con turbación y prisa, diciéndole:

-Apresura, Tamírde sin dicha, los pasos, si quieres ver con
vida a quien no podrás con seso, porque Tecla, tu prometida esposa y
dueño nuestro, perdida la mejor potencia, da señales evidentes de

perder la respiración vital en que tus esperanzas estribaron. Su madre la imita, duplicando la compasión de sus vecinos, su casa se alborota, la ciudad se lastima, y sólo tú faltas, para que, acompañando adversidades, hagas más lastimoso el llanto de tu patria.

No le permitió informarse por extenso de aquella desgracia a Tamírde la repentina turbación de tales nuevas. Corrió tras sus anunciadores, sin reparar en que corría (que un susto no prevenido da libertad confusa a las acciones, para que se desordenen por sí mismas, sin consulta del sentido que las gobierna). Lo mismo hizo Alejandro, si bien entre los pesares de tal suceso le endulzaban lástimas las penas de su competidor (que no hay quien ame tanto que no tenga por daño menor llorar a su prenda difunta, que envidiar posesiones en ella de su enemigo). Así llegaron a un tiempo, convocando vulgo y desautorizando composturas, hasta la pieza principal de la casa de Teoclea, donde, entre muchedumbre de amigos y parientes, en medio de ellos la madre y al lado suyo la menor hija de aquel siglo, aquélla castigando canas inocentes y ésta vestida de humildes y no acostumbradas ropas puesto que honestas, Teoclea impaciente dando voces, Tecla, modesta y pacífica, escuchando oprobios, y todo el concurso remitiendo a la admiración créditos que desmentía la autoridad de los que la ocasionaban, oyó Tamírde que Teoclea decía...

Pero antes que nos engolfemos en las criminales quejas de la madre, será fuerza despenaros del deseo con que os considero de saberlas. Sucedió, pues, que entre los retiros donde Tecla desesperaba solicitudes de Alejandro y lloraba cercanas opresiones de Tamíride, había un camarín curioso, depósito de los aseos de sus galas y oratorio de sus falsos dioses; tanto más de ella frecuentado, cuanto su inclinación la llevaba con más afecto a todo lo que olía a recogimiento y religión. Caían sus paredes a una calle muy angosta, cuya estrechez la preservaba de las plebeyas inquietudes, paseos y ruidos, que en las mayores desasosiegan ánimos contemplativos, y tenía una reja pequeña, enfrente de la cual, en la casa opuesta, la correspondía otra grande, siendo ordinaria habitación de un ciudadano virtuosísimo y respetado de lo mejor de su república, ni tan mozo que le estimulasen liviandades para que pusiese en peligro créditos, ni tan viejo que no fuese señora la prudencia de sus discursos; llamábase éste Onesíforo, y hospedaba entonces a la asombrosa coluna de la Iglesia, a aquel perseguidor primero suyo y después su amparo acérrimo, que cayó del caballo para subir a la visión beatífica, y si hasta allí el inefable nombre de nuestro restaurador Divino había sido aceite derramado, ya en él recogido, le ministraba vaso de elección, para presente saludable que regalando cura y curando postra las diademas de los más poderosos príncipes y monarcas, penetrando su actividad suave el universo todo, sin reservar nación idólatra, ni sinagoga rebelde que

al olor de su fragancia no le siga. El indiviso compañero del primero Vice Dios, tan uno con él que aun la muerte no pudo dividirlos, pues en fe de esta reciprocación, con ser Pedro solo en la potestad de las llaves del bautismo, entra Pablo a la parte con él y sus sucesores no se atreven a apartarlos, pues cuanto despachan y difinen es con la autoridad de Pedro y Pablo.

Éste, pues, catedrático de prima y el primero a quien, para conversión de la idolatría, graduó el mismo Dios en doctor de las gentes en la universidad del tercer cielo, aprobando los cursos de tres días que, en el escrutinio de la Trinidad beatísima, después de la tentativa peligrosa en los campos de Damasco, le enseñaron misterios que exceden la capacidad humana, sin permitírsele a la lengua más veloz el declararlos; Pablo, en fin, después que, peregrinando provincias y naciones, dio en Chipre a la Iglesia el primer procónsul convertido, pues en prueba de que nuestra fe tomó en él posesión de la cabeza del mundo, Roma, se atribuyó su nombre, intitulándose desde entonces, para eterno blasón del vencido, el vencedor, Pablo. Persiguióle la sinagoga ciega de Antioquía de suerte que, huyendo de ella y no parando los peligros que le desterraron de la ciudad de Pergen en Panfilia, vino agora a la ilustre población de Iconio, célebre a los siglos por ser patria de la coronada virgen cuya historia festeja hoy nuestra devoción. Hospedábale el referido Onesíforo, que ya discípulo suyo, en la

propuesta sala, ocultamente y de noche, se echaba a pechos el sabroso néctar de su celestial doctrina; distaban, pues, tan poco las dos ventanas (la de Onesíforo, digo, y la de Tecla) que, ayudada de su vecindad, del silencio nocturno, padrino de la atención, con pequeña que de su parte pusiese cualquiera de los habitantes de la una sala, le podía hacer dueño de lo que se trataba en la otra. Y Tecla, que en la noche antecedente se había dado a si misma pésames del cautiverio que en poder de Tamírde esperaba, apoyo de la rosada mejilla la diestra mano, a quien servía de pedestal el marco de la dicha reja, contemplaba la incorrupta duración de las estrellas, ostentivo alarde de la hermosura de aquella noche, que en albricias de la ventura que la pronosticaban lucían más vistosas, pudo, sin pensar, apercibir fácilmente lo que en la pieza frontera se decía. Predicaba entonces el consagrado príncipe de los púlpitos, Pablo, alabanzas a la mayor de las virtudes, a la virginidad angélica; persuadiendo con ella a un religioso, puesto que limitado, auditorio que le seguía, exageraba la excelencia con que la limpieza intacta de los cuerpos competía ventajosa con la de los espíritus celestes, para que, llevados del interés beatífico que ellos gozaban, emulasen sus coros inmortales enseñando a los humanos ser posible vivir ángeles, siendo hombres. Hízosele nuevo a Tecla lo peregrino del lenguaje (puesto que, por privilegio concedido del amoroso espíritu a los apóstoles, en cualquiera que Pablo hablase le entendían todos) y llevada de la curiosidad, lazo con que el cazador

eterno pretendía prenderla, aplicó codiciosa los oídos a sus palabras y el cuerpo a las rejas, tan una con ellas como si con clavos de diamante la transformaran en uno de sus hierros. Diré en nuestro idioma lo que Pablo en el suyo, sin mudar el sentido ni las sentencias que el gran padre Basilio, obispo de Seleucia y su afectuosísimo devoto, nos dejó escritas, remitiendo la puntualidad gramática a los que, por guardarla con rigor, desazonan el estilo de sus naturalezas. Decía, pues, entonces nuestro Pablo lo siguiente:

-Ciudadanos curiosos (a quienes la novedad, siempre aplaudida, os ha juntado a la predicación de un hombre peregrino y extranjero), no saldréis frustrados de vuestros deseos, porque desde luego os convido a misterios ni hasta este punto oídos, ni puestos en disputa entre la diversidad de opiniones de tantas y tan encontradas escuelas. Saludables, empero, y totalmente divinos, de cuya certidumbre ni me hicieron capaz filosofías, ni me las facilitaron discursos opinables: sólo fue mi Maestro, la palabra eterna, único y omnipotente Dios, que procreada en tiempo y vestido de nuestra naturaleza con humana forma (aunque en la divina sin principio, engendrada de la fecundidad inmensa), comunicándose a los hombres y dignándose a nuestros ojos, legislador clemente, nos estableció preceptos, con cuyo patrocinio nos traslade su gracia a mejor vida. Éste, pues, clementísimo Dios hombre, dispuso que, a imitación suya, del modo que mientras él peregrinó impecable la trabajosa

jornada de este temporal destierro, siempre bien aventurado y contemplador verdadero del divino numen, conservó su espíritu puro, entero y libre de las perturbaciones y precipicios a que están expuestos los humanos, y de la suerte que este soberano Príncipe hizo que su asumpta carne pisase, vitoriosa, las torpes y ilícitas sugestiones y, como quien inseparablemente unido con la Divinidad que personaba su ser humano, descaminaba con su presencia impedimentos que se atreviesen a procurar en él lo que en los demás, sujetos a imperfecciones caducas, gozándose a sí mismo y sirviendo su Divinidad de bienaventuranza a su alma pura; así, del mismo modo, dispuso clementísimo que el que saliendo a la luz de esta vida trabajosa se portase en ella tan superior a todo riesgo culpable que, naciendo como los demás, pareciese en las pasiones del apetito como si no naciera, por medio de la pureza virgínea se trasladase, libre de las aduanas de la sensualidad torpe, a los deleites de duración eterna.

Logrará esta dicha sólo aquel que, echando a censo sus acciones, las diere a usura a la resistencia laureada de los acometimientos ilícitos, permaneciendo casto (caudal de Dios que hipotecó su palabra eterna a su saneamiento); como al contrario, quien pusiere compañía con los fallidos créditos de los vicios, quebrando míseramente, granjeará infamia perpetua, que sin fin le haga infelice. Pero no porque yo persuada la integridad suprema del estado virgen, vitupero el amoroso vínculo del tálamo (medio no como

quiera poderoso para alcanzar la bienaventuranza a que convido);
pues habiendo sido el mismo Dios quien dio al consorcio la
primogenitura de sus divinos sacramentos, como único medio para la
propagación humana, quien le disuadiese no mereciera el blasón de su
discípulo. Ni negaré que los casados, que guardándose la fe
recíproca de su correspondencia y sólo apeteciendo en ella lo útil y
fecundo, no lo lascivo, se ennoblecerán sobremanera con el honroso
título de padres y casi podrán blasonar la perfección misma que los
que conservan intacta su pureza. Casi digo, pero no tanta, porque
¿quién se atreverá a afirmar que se equiparen con los que,
reverenciando la incorrupción del numen que adoran, temen tanto no
imitarla que, por participar de la virginidad de su Dios, virgen
fecundo, siempre le sacrifican fragancias limpias, casi en esto tan
espíritus los cuerpos como las almas? Mucho les cuesta, pero mucho
más es el interés de su granjeo, pues trasladando a la tierra que
habitan los privilegios que se conceden sólo en los cielos, se
paralelan con los espíritus angélicos y parece que, ya jubilados de
perturbaciones atrevidas, se asientan a su lado y en un plato mismo
comen el indeficiente maná que los inmortaliza. Heroicos triunfos se
les aperciben en la quietud indeficiente a los que, desmintiendo su
misma naturaleza, de suerte viven entre las luchas de sus
inclinaciones que, postrados los ímpetus, rendidos los afectos, si
nacieron hombres, mueren puros ángeles, tanto más de estima en los

primeros, cuanto los segundos, sin estímulos domésticos del cuerpo, pueden con más facilidad privilegiarse de las pensiones de la carne. Esto es lo que nos enseña que Pablo predicaba entre otras cosas, el elocuente y santo obispo de Seleucia, y esto lo que acabó en la dispuesta inclinación de Tecla a resolverla en morir primero que enajenarse de joya que, tanto, Dios apetecía. Pudieron hasta allí respetos de madre indeterminar propósitos en nuestra santa, pero ya alentada la honesta parcialidad de sus deseos, si hasta entonces cobarde de puro obediente, con las amonestaciones del divino hebreo, dejando lo menos por lo más (a Teoclea, digo, por Christo), se dispuso a cuantos riesgos de honra y vida se le atravesasen, antes que perder el interés precioso que la virginidad heroica la prometía. Tiene esta excelencia, entre otras, la gracia eficaz con que señala Dios gajes eternos a los predestinados que, sin oponerse a sus inclinaciones, no sólo se las destruye, sino que, excluyendo y limpiando lo defectuoso de ellas, las apura y perficiona, acomodándose industriosamente a las condiciones individuales de cada justo; de suerte que, con el alegre se regocija, con el melancólico se entristece y se connaturaliza de suerte con sus afectos que, lo que sin su favor fuera extremo culpable, ya por su asistencia es extremo meritorio. Por eso son los caminos tantos para el cielo, cuantas las diferencias de los que peregrinan hasta conseguirle. Tecla, toda inclinada a la integridad de su limpieza, acertando en los fines erraba los medios, dedicando

su conservación a las deidades fabulosas, vírgines y castas; llegó la gracia y, domesticándose con sus deseos, se los desnudó de modo de imperfecciones que, por medio del Doctor Melifluo, le llevó la mano como a niño de escuela, guiándole la pluma en la primera plana de sus rudimentos cristianos, por las reglas ciertas de su salvación.

Tanto se extendió la fama de la doctrina milagrosa, con que el apostólico Orfeo atraía a sus acentos piedras, corazones y almas (Eurídice sepultadas en las tartáreas tinieblas de la ignorancia), que ya era abreviada corte la capacidad estrecha de la casa de Onesíforo, según el concurso populoso le seguía. De suerte lo encarece nuestro obispo santo, que afirma se olvidaban los causídicos de los negocios forenses, los padres de familias de sus domésticos, las matronas, los viejos, los mozos, las doncellas y los niños del común sustento, sólo alimentados con el maná divino, que en Pablo les sabía a cuanto deseaban. Tecla solamente se lastimaba de que la circunspección de su estado, el recogimiento de su sexo, la calidad de su persona y la murmuración de los fiscales impidiesen a los ojos lo que envidiaban en los oídos. Quejábase, en esta parte, de la ley común que en todas las repúblicas enfrena pasos y deseos a las vírgines, obligadas al perpetuo retiro de sus paredes, y librando los desahogos de sus ansias en la propicia reja, tercera de sus amores lícitos, de suerte se incorporaba en ella, que más

parecía moldura de sus ventanas que racional viviente. No tenían en Tecla lugar los ejercicios sensitivos, fuera de los necesarios para el ministerio vital; porque el alma, dueña de ellos, arrobada en los oídos solos, de tal manera se suspendía toda en su atención piadosa que, descuidada de las demás acciones, ya el cuerpo en que se organizaba era sola imagen viva. Hablaba Pablo, y en él el Espíritu Paloma, con la superioridad que lo divino tiene sobre lo humano. Pablo, en lo adquisito, el más docto de Palestina, discípulo de Gamaliel, Salomón de su siglo, honra de Tarso, patria suya, y en lo infuso, intérprete de Dios, ya humano; huésped tres días de la elocuencia eterna, que le graduó orador celeste, con antecedencia en la fecundidad atractiva a cuantos en la Iglesia canonizaron la retórica. Sus palabras, fuego penetrante y amoroso, a cuya actividad se derretían mármoles rebeldes. Su voz, cuanto apacible, sonora, como trompeta de aquel metal templado en quien fio el bautismo la publicación general de su Evangelio y una de las doce, la más privilegiada para este ministerio. Tecla, totalmente rendida a la deleitosa ocupación de las ciencias y doctrinas; lo que se trataba entonces: virginidad, pureza, triunfos del más doméstico enemigo, libre jurisdicción sobre nosotros mismos, desvíos de enajenaciones esclavas en el poder tirano de voluntad lasciva. ¿Qué mucho, pues, que por lo humano, por lo divino, por la inclinación y por la gracia, hallándose en su centro, mientras a Pablo oía, de sí misma se olvidase por mejorarse a sí misma?

No puede negarme ningún experimentado, que entre las partes que enamoran voluntades regidas por el entendimiento, no sea una, y no la menos poderosa, el ametalado y sonoro hechizo de la voz de lo que ama; pues, cuando no tuviera más apoyo que él el más enamorado esposo que vio, ni podrá ver el universo, verificaran sus requiebros misteriosos lo necesario para rendir voluntades a su proposición; porque, en no juntándose belleza en el semblante y dulzura en la voz, cada perfección de estas, apartada de la otra, está defectuosa. «Suene -dice el amante eterno a su esposa-, suene tu voz en mis oídos, porque ésta en ti es dulce y bellísima tu cara». La primera investidura con que se aposeiona amor de un alma, es por la vista (no hay negarlo), pero ésta, como bisoña y poco advertida en mayores sutilezas, conténtase con lo menos, que el alma toda espíritu apetece, y quédase en el zaguán de sus palacios con lo primero que encuentra, que es lo ostentativo de la fachada, lo hermoso material del cuerpo y la funda del joyel que dentro esconde. De modo que, hasta allí, sin dar muestras el alma de sus perfecciones, el amor no es efeto de la voluntad, sino sólo apetito sensitivo del cuerpo; y esto supuesto, no deberá el alma a los ojos más del porte, por haberle sólo traído lo que ha de amar a los umbrales de sus puertas. Solamente los oídos son confidentes de las almas, por ellos se comunican los conceptos y entra hasta lo más íntimo de los retretes del espíritu la correspondencia de las voluntades, lo

inmaterializado de sus potencias y la satisfacción de lo permanente.

Porque si uno fuese mudo y no ciego, apetecería lo hermoso corporal, pero no juzgaría lo hermoso y discreto del alma, que por los ojos no entiende; y si fuese ciego y no mudo, amando lo conceptuoso del espíritu, hermano de la voluntad, desearía lo más perfecto, sin el apetito bruto de lo hermoso del cuerpo. De modo que, entrando amor por los oídos y la sensualidad por los ojos, tanta más ventaja llevan aquéllos a éstos cuanto va del alma al cuerpo; y si los oídos tienen por objeto al aire articulado, cuanto éste fuere más sonoro y apacible, tanto más se le inclinará la potencia, que siempre se aficiona a lo más perfecto. Siendo, pues, espíritu la voz de Pablo, por lo natural y lo infuso, como he dicho, y comunicando por ella misterios tan a propósito del de Tecla, ¿qué maravilla que, arrebatada de su deleitosa violencia, ni supiese, ni quisiese retirarse de sitio que le facilitaba tanto deleite, y que, incorporada en sus rejas, menospreciase todo lo que podía serle estorbo a tan apetecibles deseos?

Admiróse, pues, Teoclea, de la impensada suspensión de su única heredera, del cuidadoso descuido con que, menospreciando galas, hasta allí apetecidas (más por la propensión que causan a los floridos años, que por los fines con que de ordinario las de su edad las usan), se satisfacía con las que, limpias y humildes, proporcionaba a sus deseos. Pero lo que extrañó sobre manera, fue el verla enajenada de sí misma aquellos días y, sin desasirse de la

ventana referida, olvidarse a su parecer del recato recogido que hasta entonces le habían hecho aborrecibles los puestos que se comunicaban con la calle. Apartóla de allí diversas veces, divirtiéndola, ya amorosa, en entretenimientos deleitables y, ya severa, mezclando con reprehensiones amenazas; pero nuestra virgen, sin responder a unas ni a otros, ocupada toda en sus amorosas y castas suspensiones, faltaba sin querer a la obligación de las palabras, y apenas se hallaba ausente de la sabrosa voz de Pablo cuando, anegada en lágrimas y resuelta en suspiros, sin poder consigo otra cosa, aguja de aquel norte, se volvía al mismo sitio, porque, apartada de él, se juzgaba violentamente fuera de su centro. Acechóla, una vez, la recelosa madre, y oyó parte de un sermón que el doctor soberano de las gentes proponía a sus secuaces, amonestando otra vez la conservación del tesoro virgíneo, y haciendo Teoclea conjeturas de los afectos con que Tecla le aplaudía y de los agrados del semblante con que le celebraba, coligió, maliciosa, menos lícitos los deseos de su inculpable oyente. Encendióse con esto, y entrando impetuosa, como quien ya juzgaba su honra ofendida, puso las manos en sus bellísimos cabellos, en el cielo las voces y en la vecindad el escándalo, acudiendo todos a la novedad, sola aquella vez oída en su casa. Impidieron unos y otros tan poco merecidos atrevimientos, pero, no bastando, fue forzoso avisar al magistrado superior de aquella república, sufriendo, cordera mansa Tecla, sin

abrir los labios, oprobios envueltos en acusaciones falsas, pero clavados los ojos hacia la parte donde se hospedaba el adorado objeto de sus oídos.

Querellóse la anciana al juez, diciendo que un peregrino encantador, contra las deidades y las leyes, se atrevía sacrílego a la santidad del vínculo amoroso, hechizando a Tecla y pretendiendo, por medios tan ilícitos, usurpar el derecho que ya tan cercano le prevenía a Tamírde epitalamios y apresuraba sus desposorios. Desmentía la inculpable seguridad de la inocente virgen en su semblante, lo mismo que, al parecer de la malicia, confesaba el silencio, ni oponiendo excusas, ni apadrinándose de razones, con que, en ambigua confusión el magistrado y los presentes, creyeron, para mayor congoja de su madre, que Tecla, perdido el orden de la mejor potencia, sin seso y temosa, descaminaba con locuras el alma, hasta allí más prudente de cuantas envidiaron sabios y ponderaron plumas. Últimamente, viéndose indeterminados todos, envió Teoclea por Tamírde, que, como le imaginaba hasta entonces querido y las muestras que en nuestra virgen notaba de aborrecimiento al tálamo se atribuían a encogimientos vergonzosos, le pareció sola poderosa la presencia de su futuro dueño para restituirle el seso de que la sospechaban falta. Guiaron los mensajeros al templo referido, informados de que le hallarían en él de sus criados, y bastaba llevar tan infelices nuevas para que llegasen presto; refirióle el primero lo que os dije, corrieron los dos competidores, el más

perdidoso más turbado, y el menos, con menos sentimiento (que la
venganza de su opuesto, le endulzaba lo amargo de su mayor pérdida);
entró el primero y quedóse el segundo en el patín de la confusa
casa, pudiendo en él más el recelo de no añadir alborotos,
conociéndole pretendiente, que el deseo de apurar la causa de tan no
imaginada desdicha. Rompió, pues, por el concurso convocado, el
afligido joven, y viéndole la que le juzgaba yerno, le echó los
brazos al cuello, bañóle las mejillas de dolorosas lágrimas y con
destempladas voces le dijo lo siguiente:

-Adelántanseme, mi Tamírde, los suspiros a la palabras, que
las estorban; la vergüenza de mi deshonra, a la relación que intento
darte de su causa; quiero contarte lo que no quisiera; animo la
lengua, que el recelo de mi infamia enfrena y, entre los deseos de
que lo sepas, se atraviesan los mismos de que lo ignores, porque de
referírtela, se me sigue no menos que la afrenta de mi única y
regalada hija y de ocultártela, el descrédito contigo, pues
habiéndote elegido por su dueño y mi heredero, formarás si te la
oculto segundo agravio, añadiéndole al primero que esta tu casa te
hace, pues ya te desconoce. Escúchame, pues, y vitupera en mí, tu
madre, atrevimientos de la lengua, cuando a un mismo tiempo te
obliguen avisos de tu injuria. Tu Tecla, ya no tuya, desmintió
esperanzas concebidas de honestidad hipócrita; degeneró de los
respetos con que su virtud encarecimos; su madre, me desprecia; su

esposo, te desestima; a las espaldas arroja todo el caudal de su nobleza y sangre, cuando en ella esperaba nuestro engaño mejorar su lustre. Un embelecador advenedizo, cuya casa frontera le regala, cautivándole en su amor torpe, como si la redimiera del lugar lascivo donde se profesa la infamia, triunfa sacrílego de su honestidad hasta aquí célebre, de nuestro honor hasta aquí invidiado, de su prenda hasta aquí defendida.

¿Qué aguardas, pues, generoso amparo mío? Apresura prevenciones con que libres de las manos la presa que este vil hechicero se nos lleva con los ojos, restituyéndonos, restituyéndote la mejor joya que, por derecho natural y mío, mediante el vínculo amoroso, intitulabas tuya. Restaura la fama antigua que hasta agora intacta en tu sangre y en la nuestra, naufragando piélagos vituperiosos, se nos va a pique, si no quieres que, fábula infame de la plebe, demos materia torpe a conversaciones satíricas que a ti te desacrediten y a mi me deshonren. Más poderosa será para con ella el amor lícito con que hasta aquí te permitía su dueño que mis avisos, por severos, desapacibles, y por ancianos, no admitidos. Lisonjéala amoroso, oblígala tierno, convéncela elocuente, ablándala persuasivo, domésticala lisonjero; pues la adulación artificiosa es unguento penetrable que suaviza resistencias; que un ánimo temoso y porfiado, pocas veces o ninguna, con la violencia rindió las armas; muchas, empero, se amansaron a la regalada armonía de las palabras dulces; triunfarás vitorioso si, apadrinado de la elocuencia, cortés y

pacífico, redujeres a nuestra primera posesión esta voluntad
descaminada y te deberá el instituto casto del tálamo, en tu patria
y en las ajenas, la generosa libertad de sus himineos y serás
tutelar patrocinio de las honras venideras.

Esto dijo Teoclea y esto escuchó Tamírde, precipitado
instantáneamente desde la más alta cumbre de sus dichas al más
profundo centro de sus desesperaciones. Presentóse, pues, al
tribunal hermoso de su perdida amada, ciega la vista, balbuciente la
lengua, pálido el bulto, temblándole las manos y pidiendo el desmayo
treguas al atrevimiento, para proponer razones que no sabía, porque
al mismo paso que se destempla el más elocuente, se desacredita más
rústico. Comenzó tibio, medio osado, y feneció descompuesto, sin
perdonar caricias, ejemplos, ruegos, promesas, ni amenazas de que no
se apadrinase. Pero, inmóvil Tecla, retirando al alma los oídos, por
no dárselos a su incontinente amonestador, y negándole los ojos,
éstos y aquéllos clavados en la apetecida reja y por ella el alma en
la contemplación del elocuente apóstol, acabaron todos de
persuadirse que, hechizada, había perdido el seso (honrado, aunque
terrible consuelo, para quien, por no desacreditar de todo punto la
fama de su honor, halla o finge alivios, en lo que parece menos
daño). En efecto, librando el despreciado joven en la venganza lo
que no pudo conseguir en la blandura, dejó aquel sitio y, guiando al
de Onesíforo, reparó en que salían de él dos discípulos del

apostólico doctor, vituperadores de lo honroso de este título, con la paliada y envidiosa deslealtad que, vendiendo virtudes hipócritas y falsas disimulaciones, profesaban, siguiéndole su doctrina. No porque el profético varón los ignorase, que siendo depósito de la sabiduría del ciclo, mal pudieran encubrírsele, sino porque, permitiéndoles el uso de su mansedumbre, o con el ejemplo de su vida y experiencia de sus milagros se enmendasen o, no haciéndolo, tuviesen menos disculpa en su condenación. Llamábanse éstos, Dorman y Hermógenes, y como en el traje y modestia disimulada diesen motivo a que reparase en ellos Tamírde, preguntándolos si eran de la familia del hebreo engañador, y respondiéndole que sí, reprimió en parte, que en todo parecía imposible, los ímpetus de su enojo, por satisfacerle con más certidumbre del ocasionador de él, y les examinó del estado, patria, profesión y intentos del prodigioso peregrino. Ellos que, por la presencia autorizada y servida de tantos domésticos, conocieron la veneración que se le debía, por el semblante su turbación y por la turbación su destemplanza, deseosos de ejecutar a sombra suya el aborrecimiento con que su maliciosa envidia los enemistaba con nuestro Pablo, para provocarle de todo punto en daño suyo, le dijeron:

-La estimación, ínclito joven, que te celebra y, por oídas a los extranjeros, te nos pinta generoso; la presencia que en ti reverenciable, si apacible, nos enseña merecer mucho más de lo que de ti publica la fama (pues por la mayor parte de la fisonomía y

disposición suelen ser pregoneras de las virtudes o vicios de los ánimos), nos obliga a que, con toda verdad y sencillez, te certifiquemos, aunque desacreditando el modo de vivir que profesamos, todo lo que nos preguntas. Este peregrino de quien te informas, nos es tan oculto en patria y calidad como a ti mismo; puesto que no, en los engaños y cavilaciones con que, discípulos suyos, nos ha casi reducido a la última infelicidad, llevados de la aparente santidad que disfraza y las imposibles promesas con que nos cautiva. Cónstanos empero, que, sin asentar en alguna parte, vaga regiones, fugitivo siempre, pervirtiendo ignorantes y predicando embelecocos, que directamente contradicen al común orden de la naturaleza y disposición de las leyes políticas; sin que la experiencia, que desde que le seguimos nos va abriendo los ojos, haya sacado en limpio ejemplo provechoso, ni acción que no se encamine para perdición total del humano género. Porque, aborrecible perseguidor de su naturaleza misma, toda su eficacia y estudios pone en persuadir a las gentes estarles prohibido el amoroso yugo que, con blasón lícito de matrimonio, perpetúa la especie humana; deseoso, según esto, que con brevedad perezcan los vivientes. Canoniza la virginidad estéril con sofisticas persuasiones, la castidad infructífera y la continencia avara. Condena el tálamo fecundo, el consorcio recíproco y la correspondencia amable, con unos modos de hablar hasta aquí no usados, que por lo peregrino

asomaban y por lo nuevo se admiten (desgracia antigua en toda curiosidad ociosa, aplaudir lo que no entienden y profesar lo mismo que condenan). No contento, pues, este conspirador contra la paz doméstica, con deslabonar de esta suerte voluntades, promete nueva vida a los cuerpos, que desde inmemoriales siglos, revueltos en ceniza, imposibilitan el como, por más que las escuelas se desvelen en apeaar de qué manera pueda la privación volver al hábito, ni la materia, que adúltera repudió las primeras formas, dando los brazos a cuantas de nuevo la pretenden, se deje, al fin de tantos tiempos, señorear de la que tuvo humana; como si no fuera infalible que la verdadera resurrección no puede consistir en los individuos, sino en la naturaleza específica, que si muere en unos, resucita en otros, eternizándose de esta suerte. Esto es lo que Pablo enseña, lo que nosotros hasta aquí ignorantes habemos aprendido, y lo que, ya desengañados, te suplicamos, por la veneración debida con que esta república te reconoce por tu sangre, tus letras, tus más apetecidos empleos, que remedies.

Interrumpiólos el irritado enojo de Tamírde, y hallando puerta franca para la venganza de su amor perdido, los echó los brazos al cuello y los llevó a su casa, premiando deslealtades con favores; sentólos a su mesa y convocó parciales, cuya felicidad estriba en los esquilmos de Baco y Ceres; propúsolos, ya temulentos, el servicio que a sus dioses, su patria, a la humana propagación harían, desembarazando el mundo de un infernal espíritu transformado

en hombre que, para dejarle yermo, impedía el orden con que la naturaleza le produce habitantes. Hallaron los persuadidos tan proporcionadas sus inclinaciones a los ruegos del persuasor que, sin dificultad, salió de la sacrílega consulta decretada la destrucción de Pablo. Salieron todos de tropel y, llegándoseles otros muchos de su facción, asaltaron la religiosa casa de Onesíforo, con el mismo ímpetu y alboroto que si combatieran repentinos ejércitos de bárbaros aquella ciudad misma; echaron mano a las sagradas y venerables canas del inocente apóstol, diciendo en confusas voces: «Muera el conspirador alevé contra nuestras antiguas tradiciones; preséntese al tribunal de nuestra justicia este escandaloso novelero, que introduce leyes contrarias a la misma naturaleza y da consejos que repugnan a la propagación legítima de los vivientes; porque, despoblándose las repúblicas, vagamundo de una en otra, les comunique la pestilencia de su sacrílego instituto y, coloreando su torpeza con título de virginidad, descase y enemiste los que reciprocó el amor fructífero en un yugo». Esto, sobre todos, intimidaba a sus ciudadanos Tamíríde, arrogante y confiado en sus parientes y riquezas, sin que bastase la autoridad y respeto del ofendido Onesíforo, con ser de las primeras de Iconio, a templar la desbocada furia del pueblo, siempre cómplice a desatinados tumultos y motines; llevóle, en fin, con la indecencia posible a los estrados del procónsul, que, judicialmente asentado, y impuesto, aunque

difícil, silencio a todos, dio audiencia al vengativo joven y a los que atestiguaban en abono suyo descréditos del inocente apóstol. A todo esto, o lo más, se hallaba Alejandro presente, lastimado en parte de la bárbara descortesía con que aquella desatinada multitud maltrataba a nuestro pacífico inocente (pues siquiera por haber desbaratado, con su celestial doctrina, esperanzas amantes de su competidor, le debía compasiones) y, en parte, satisfecho de que se extinguiesen principios que, si cobraban fuerzas, habrían de imposibilitarle las que de nuevo le animaban, persuadiéndose a que Tecla, rendidas las resistencias primeras a la eficaz solicitud de sus amores, por evadirse de los molestos de su contrario y facilitar caminos que lograsen atrevimientos, fingía aplaudir la nueva secta con que Pablo entronizaba la virtud virgínea. Retiróle agora a su habitación el amigo Clorisenos, porque temió, viendo irritado a su enemigo, no le atribuyese a Alejandro la solicitud y negociación, con el apóstol, de aquel delito. Seguro, pues, en su casa, aguardaba el fin de aquella confusa novedad, ya presumido con esperanzas mentirosas y quiméricas, ya pusilánime de que falsas alegrías le guiaban a nuevas desesperaciones.

Teoclea, entre tanto, clavando por sus manos la ventana, que llamaba ocasionadora de su afrenta, y encerrando en la pieza más apartada de ella a la mansa perseguida, violentamente la desnudó las humildes y comunes ropas, con que, ya profesora de llaneza cristiana, se pretendía alistar en la católica milicia. Vistióla por

fuerza de lo más precioso de sus galas y preseas, componiéndole por su orden sus criados el tocado y dándola por castigo severo lo que otras apetecerán por caricias liberales (que las injurias no consisten en la materia con que se ejecutan, sino en el ánimo con que se reciben).

-Sírvante -dijo la rigurosa anciana- los mismos adornos que te añadieron hermosura, de fiscales agora contra la mala cuenta que has dado de la generosidad que significan; y pues en ti es tormento lo que en las demás deleite y pérdida, por sola la noticia de este vagaregiones (citando las galas son apoyo de todo amor, ya torpe, y ya honesto), y en ti desprecios, lo que en otras, circunstancias de su estima, a tu pesar compuesta, o te dispón a perecer entre el silencio de estas paredes, sin esperanza de compasión doméstica, ni refrigerio de vital sustento (porque ni comiendo ni bebiendo enmiende la penuria lo que vició la abundancia), o reduciéndote al derecho camino de la cordura, mejores propósitos, cumplas los míos, y restaures a tu casa la fama que la quitas.

Esto dijo Teoclea, echándola la llave, que sólo fió de sí misma; la dejó tan acompañada de memorias suspensivas que, en vez de llorar soledades y rigores, añadió alivios y caricias al enamorado espíritu. Y no me admiro, pues, libre así de molestias y embarazos, despejando dellos los sentidos, toda el alma en Pablo y por él en Christo, sin el estorbo de ellos, se pudo engolfar segura en el

piélago inagotable de sus misterios, absorta con las hasta allí no conocidas demarcaciones, que el Espíritu Paloma la descubriría guiándola por el aguja de su gracia y carta de marcar de sus auxilios.

Esto pasaba en la casa de Tecla y lo referido en la de Alejandro, al tiempo que Tamírde en la del procónsul acriminaba delitos y condenaba virtudes, conmoviendo los ánimos causídicos y solicitando quien, con exageraciones criminales, obligase al juez a la destrucción total del mansísimo apóstol y le restituyese en su adorada Tecla. Asentóse, pues, como dije, pro tribunali el magistrado, presentáronle al inocente reo, pidió el delator licencia para querellarse y, concedida, como de suyo era elocuente, la ocasión apretada y el agravio ponderador demasiado, revistiéndose en él toda la eficacia del Ángel ambicioso tan fecundo encarecedor de todo lo perverso, tan retórico para colorear insulto y tan interesado en la pérdida de nuestra restaurada virgen, no perdonó diligencia oficiosa, agudeza sofística, adulación cortesana, amenaza tácita, interés abierto, culto profanado, tradiciones ofendidas y obligaciones naturales que no intimase y propusiese. Lisonjeóle, lo primero, con que la benignidad divina a él sólo como juez más religioso le había constituido celador de deidades lesas, pues le entregaban en las manos al que libre hasta allí de tantos tribunales, conspirador aleve, prevaricaba pueblos y repúblicas, no hallando la ofensa de los dioses otro más justo, que él, para que,

vengándolos, le castigase. La obligación que le corría en desagraviar todo lo humano y lo divino, pues no se interesaba menos de su sentencia que la autoridad suprema de sus dioses y la perpetuidad en sus especies de sus criaturas; intimóle el descrédito que se traía de suyo un hombre incógnito, que ni su patria podía autorizarle, ni, conociéndosele vecindad, había que temerle, antes descubierta su virtud paliada y constando a todos que, con pretexto de piedad y religión, descaminaba a tantos, daba evidentes indicios de que, desterrado de su naturaleza como enemigo declarado de la humana, sustituía en él el infierno la general ruina de los hombres.

-Y si no -exageraba Tamírde-, ¿en qué reputación tendremos a un monstruo que, vituperando el tálamo con el menosprecio de él, intenta la ruina del universo? Porque si es cierto, como lo es, que el origen y fuente de toda la conservación criada depende del matrimonio; los padres, las madres, los hijos, las familias, las poblaciones, los campos, los gobiernos, la navegación, la agricultura, las artes, las ciencias, las leyes, las repúblicas, las escuelas, los ejércitos y, lo que más importa, los templos, los sacrificios, ceremonias, votos, cultos y súplicas; quien niega la raíz y (digámoslo así), la mies y el grano con cuya sementera todo lo dicho se propaga y fertiliza, ¿quién duda que pretende con la destrucción de la causa la de los efectos? Todo esto recompensa este embeleco humano con la fama, que él intitula eterna, prometida a

quien profesor de un nuevo y peregrino instituto, que yo no entiendo y él llama virginidad, se dedicare a la estéril privación de los hijos, bisagras de voluntades diversas y eternidad en ellos de su familia y nombre, que es lo mismo que pretender, para sumarlo en una palabra sola, cubrir de luto con universal viudez todo este mundo. No dudes, ¡oh magistrado ínclito!, que si tu providencia no corta por las raíces esta venenosa planta, ha de cundir en breve, de manera que a tus ojos veas la total asolación del humano género. Castiga, pues, con la severidad que tu gobierno pide, culpas que, trascendentales, a todo lo que tiene ser se oponen. Honra religioso y patrocina humano a los que, por medio del consorcio lícito, deseamos las antorchas nupciales siempre vivas, a los que cantamos epitalamios, reverenciamos himineos y, en beneficio de la vida política, tributamos a la naturaleza hijos que, engendrando semejanzas, conserven sucesivos la especie que, caduca en unos individuos, rejuvenece en otros. Casado eres, hijos te veneran; si no defiendes el matrimonio, tu mismo estado infamas y indigno de llamarte en tus descendientes tronco, padre y progenitor, ocasionarás las plumas venideras a vituperios execrables; todo lo que al contrario te sucederá, inmortalizándote en historias, si benévolo a ti mismo y a los de tu especie, destruyes a quien nació para destruirla.

Calló Tamírde, y anudando a sus ponderaciones Hermógenes y Deman, sus consiliarios, lo más peligroso en aquel siglo (que fue

decir que Pablo, transgresor de las divinas leyes, predicaba la de Christo), les pareció a los tres imposible evadirse el que, en sentencia del vulgo amotinado, merecía infinitas vidas para perderlas otras tantas. Sosegado, empero, el juez y asegurando con gravedad modesta al acusado, le dijo que, volviendo respondiese a los cargos que le imponían, a que satisfizo aquella lengua de amoroso, fuego, heredada de las que llovió la gracia sobre las primicias apostólicas de nuestra fe beatífica.

Lo primero con que el Demóstenes de nuestra fe ganó la voluntad al magistrado, fue la cortesía; llamóle el más ilustre virtuoso de los varones (que no deroga a la autoridad del púlpito y libertad del que predica, la urbanidad y buena crianza; antes dispone y ablanda el ánimo del reprehendido el estilo cortés y suave del reprehensor ni sé para qué sea buena la extrañeza y severidad de los que, como si los que procuran reducir fueran brutos impersuasibles, a poder de amenazas, infiernos y calamidades quieren que, llevados arrastrando, los reduzca el temor servil como a esclavos, siendo de tanta más eficacia el filial, cuanto va de un alma noble, que por bien se dejara llevar antes de un cabello al patíbulo que por mal a la silla de un imperio, que la rebeldía de un roble, que no da fruto sino a poder de vardascazos. Primero crió Dios los cielos, donde todo es premio y descanso, que el infierno, donde todo es tormento y castigo; antes hubo serafines abrasados en llamas amorosas que

demonios en incendios inagotables. Yo, a lo menos, mientras me fuera posible, antes persuadiera a los descaminados con el interés de lo deleitoso que pierden que con lo horrendo del daño a que se exponen. Ocasiónónos a esto la cortesía agradable con que el orador divino nos enseñó ajuntar el menosprecio católico a los peligros adversarios, con el respeto venerable que se les debe a los ministros de justicia, pues por malos que sean, vice ejercen el lugar divino. Y no llevo a paciencia que la hipocresía melancólica y grosera, sólo porque en la corteza afecte santidad, piense que nos hace la vida de merced, hablándonos por las narices y indignándose de fiarnos los ojos).

Hecha, pues, nuestro apóstol, la salva a la obligación que en lo humano debemos a las dignidades, prosiguió con lo que, a lo divino, le había señalado por evangélico embajador de la verdad primera. Desengañó a los presentes que, de la doctrina nueva que extrañaban, no era el legislador hombre sólo, sino un hombre Dios, que, compadecido de la ceguedad común del mundo, para alumbrarle en ella le instituyó doctor y pregonero, contra los engaños de la ignorancia, señalándole médico universal que arrancase de raíz la apasionada contagión de la idolatría, sus fábulas, cultos ridículos, sacrificios de animales y holocaustos de hombres (introducidos más por la cavilosa compostura de palabras retóricas, que por la piedad y religión disimulada que mentían), para que, como quien cura por ensalmo, les echasen sus palabras el único remedio con que escapar

dichosos del general diluvio que, provocado del enemigo invisible, por siglos tantos inundaba las cuatro partes de la tierra, cuyos escollos y bajíos de supersticiones y agüeros, por ser tantos, era imposible sumarlos en tan breve término.

-Por qué, ¿en qué consiste -decía- la artificiosa tela de vuestra vana adoración, sino en que atraídos de sugestiones infernales, efectos de los condenados espíritus (de todos aquéllos hablo que, desde la región etérea hasta la subterránea, son impuros y implacables hidrópicos eternos de sangre humana), os ejercitáis continuos en homicidios, adulterios, torpezas y desenvolturas, tanto más execrables, cuanto a la sombra de culto religioso honestáis pecados con nombre de veneración divina? ¿Qué ejemplos os dejaron vuestras deidades falsas, por cuyos vestigios, guiando vuestras acciones, os persuadáis frenéticos a felicidades de duración eterna? ¿Hállanse en los venenosos estímulos de vuestras fábulas poéticas otras hazañas de los que veneráis por divos sino raptos, estupro, amores libidinosos, mezclas abominables de padres con hijas, de hermanos con hermanas y lo que totalmente es indigno aun en la imaginación más atrevida, brutales ejecuciones en total perjuicio de la naturaleza? Éstas son las virtudes que por vosotros (sin reparar en la repugnancia que hacen tan innumerable número de vicios a la rectitud que la divinidad requiere) aplaudidas y reverenciadas con religiosas ceremonias y supersticiosos cultos, alientan los simples

y disculpan a los presumidos, para que unos y otros no se infamen profesores lascivos, pues imitan legisladores torpes. Por ventura, ¿qué otros ejemplares os dejaron que los referidos Venus con Marte, Júpiter con Ganimedes y toda la sacrílega turba de vuestra adoración idólatra? ¿Hay, acaso, en las escrituras alguna tan asquerosa que no tenga provincia en que, como deidad inmensa, no le dediquen sacrificios y víctimas? ¿Qué flor, qué planta, qué fuente, qué lago, qué selva, qué soto, qué ave, qué bruto, no goza en diversas regiones aplausos tutelares, aras ridículas y templos idólatras? ¿Cómo es posible, ¡oh griegos!, sabiduría del orbe, que no os avergoncéis de que en vuestra patria se reverencie por dios al milano, símbolo de la cobardía, al gato de la ingratitud y al cocodrilo de la inhumanidad? Esto, por sí mismo, ¿no está manifestando repugnancias? ¿Habíades menester, siendo racionales, más despertador para el desengaño de vuestro frenesí que la incapacidad misma y horror de lo venerado?

Así los iba convenciendo nuestro doctor celeste, disponiéndolos a que se acabasen de persuadir que, siendo uno el Dios verdadero y no pudiéndose multiplicar en naturaleza, multiplicaba sus personas, simplicísimo en lo absoluto, trino en lo relativo; Divinidad no compuesta, inmutable, indivisa, incircunscripta, más antigua que el tiempo, primero que el mundo, un ser, un entendimiento y una voluntad, pero tres supuestos, divinos todos; no empero tres divinidades sino una; de quien todo lo criado

depende; a quien todas las cosas apetecen por natural instinto; de quien todo tiene ser y por quien todo vive. Tras esto les enseñó el misterio de la temporal producción del Verbo Ab Eterno, engendrado por la fecundidad intelectual de la persona primera; la virginidad intacta de su Augustísima madre; su predicación, misterios, maravillas, su muerte, resurrección, subida a los cielos, comunicación del amor espíritu en lenguas encendidas y la residencia que el mundo espera, juez severo entonces el mismo que agora protector y abogado; la creación apostólica y provisiones en los príncipes primeros de la Iglesia y que siendo él uno de los nombrados y estando a cargo suyo no menos que la conversión de toda la gentilidad, le tocaba, por disposición divina, el ministerio en que el Espíritu Santo le había nombrado; que la ley que les predicaba, aunque necesaria totalmente para la felicidad eterna, era empero libre, sin que presumiese violentar el natural privilegio del libre albedrío; porque, si bien todo lo honesto y virtuoso, por hermoso enamora, no, empero, necesita; concluyendo que una y la mayor perfección de todo lo propuesto era la virginidad, como tan identificada con la fecundidad eterna, que virgen engendró, engendra y engendrará su misma semejanza, y siendo virgen él, el engendrador y el engendrado son y serán origen del infinito amor, que de los dos procede, porque no repugna, ni en el entendimiento del uno ni en la voluntad de los dos, la fertilidad a la pureza intacta que en Dios

se connaturalizan.

-Mas no por esto -concluyó-, vitupero, como me imponen mis acusadores, el uso honesto y lícito del matrimonio antes predico y enseño que fue privilegio y concesión del Omnipotente conservador del mundo para remedio y subsidio de la naturaleza humana, para resguardo y medicina de la flaqueza nuestra, y que se estableció como una inexhausta fuente, por cuya continuación, siendo el mismo Dios su prodigioso artífice, se conservase la semejanza y prorrogación de nuestro ser y especie; entrando unos individuos en lugar de los otros que perecen y proveyendo, por ministerio del amor conyugal, la naturaleza, las plazas en los recién engendrados, que vacan por la ausencia de los difuntos, como desde el principio de la general creación ha sucedido y sucederá, hasta que, pasando como sombra la figura de este mundo, con el fin de él, trueque el hombre lo caduco y perecedero por lo inmortal y permanente, de tantos más quilates, cuantos lleva de ventaja lo eterno a lo corruptible.

Inmortalidad es la que predico y para ella defiendo ser necesario que los que en esta peregrinación nos vestimos de mortalidad mísera, nos vistamos para la patria, que es el cielo, de inmortalidad que eterna permanezca. En fe de esta dotrina, lustro el orbe, visito reinos y peregrino ciudades; esta misma ocasión me introdujo en Iconio, en él estoy y en tu presencia, ¡oh juez!, te pido que, quien me infama reo, proponga delitos, sustancie acusaciones, que presto estoy a la defensa de mi inocencia y dotrina, ya con disputas, ya,

si necesario fuere, con ofrecer en su confesión la vida.

Calló con esto Pablo y enmudecieron de suerte, a la fuerza de sus razones, sus fiscales que, avergonzados y confusos, daban con los ojos en tierra y el desmayo de los semblantes, pregones mudos en abono de la verdad siempre invencible; pues cuando ésta no se levantara con el imperio de todo lo más fuerte y poderoso (y en presencia del monarca asirio no la reconocieran los tres competidores, el vino, el príncipe y la mujer, ocasionando su vitoria a que reedificase el templo Zorobabel, su artífice), sobraba estar agora en la lengua de Pablo y ser divina, para entorpecer profanas sutilezas de idólatras lascivos.

Viendo, pues, el procónsul la admiración con que los desapasionados aprobaban lo que nuestro apóstol defendía sin armas a sus opuestos; inocente al acusado y que parte de lo que el gran doctor propuso era infalible, aun en la ceguedad de su religión falsa, como el refutar por torpe y bárbara la adoración de tanta fabulosa turba; cuán bien se proporcionaba con la luz natural del entendimiento la monarquía de un Dios solo, pues cualquiera mediano discurso, con sólo la guía de la razón, llega a alcanzarlo, puesto que ni entendía, ni aprobaba la trinidad de supuestos en una deidad sola, la resurrección corporal, después de convertidos en formas tantas, deseoso de más quieta averiguación y recelando de la plebe amotinada algún atrevimiento contra el peregrino venerable, para

sosegar los unos y cumplir con Tamíríde, citó a nuestro santo para segunda audiencia, mandando que, en el ínterin, estuviese depositado en la cárcel común, puesto que en lugar decente. Ejecútase este decreto, defendiéronle de los atrevidos los aficionados, acompañóle el venerable Onesíforo, admirando él y todos la serenidad de ánimo con que, risueño, se gratulaba a sí mismo el hallarse digno de padecer afrentas por el sabroso nombre de quien era escogido vaso. Sosegóse con esto el popular tumulto y su apasionado conmovedor, en parte satisfecho, viendo infamado, si no en el crédito, en el depósito afrentoso de la común cárcel, a su enemigo, y en parte, con sentimiento del magistrado, porque dando lugar a informaciones, no le entregaba al punto la venganza de sus desatinos (tanto presume el poder y la soberbia contra la verdad y la justicia). Volvió a la casa de Teoclea, con esperanza de que notificándole a nuestra perseverante virgen mentiras aparentes, en perjuicio de la doctrina que aprobaba, con descrédito de quien la defendía, la hiciese creer que, convencido Pablo y sentenciado a muerte, la estimación que con tanto estudio había conservado hasta allí célebre su fama, la obligase a mudar resoluciones y reducirse a su primer consentimiento.

Entre tanto, pues, que esto pasaba, presa nuestra virgen y amante por oídas de quien, ya asistente en sus potencias, la disponía a celestes tálamos, impaciente sosegada (afectos son contrarios que los reconcilia el amor y la cordura) con la ausencia

del apostólico tercero de los suyos, dejándose llevar de sus
encendidas suspensiones y ayudándolas con la natural propensión que
la inclinaba a las musas, toda fuera de sí, porque estaba toda
dentro de su amante, valiéndose agora de los ímpetus con que la
poesía adquiere título de furor armónico y modulándola en Tecla el
Espíritu Paloma, fuego todo, con más verdad que cuando escribió
Ovidio:

Sabroso furor incita
nuestro espíritu perenne,
pues cuando su raudal viene,
Dios en nosotros habita;
divinos nos acredita
siempre que versificamos,
Pues en fe que contratamos
entre célicos ardores,
de sus solios superiores,
sus ímpetus heredamos.

Porque el amor y la poesía son tan deudos que por milagro saben

hacer cosa de provecho el uno sin el otro; y estaba nuestra virgen tan engolfada en entrambos, que al paso que el objeto que apetecía era más excelente y divino, crecía más el versífico impulso de sus deseos; y así, viento en popa su esperanza y tomando sus afectos alturas, por nuevos y no conocidos rumbos, llevada de su encendida imaginación, sin reparar que cantaba, cantó del modo que se sigue:

Pielagos de inmensidades,
ni navegados ni vistos,
de la tierra me remontan,
agua y cielo solos miro;
mis ojos vierten el agua,
envidiando en los oídos
que, entrándose amor por ellos,
les usurpen su ejercicio;
el cielo me influye raptos,
que, a fuerza de mis suspiros,
al cuerpo el peso aligeren,
volando el alma a seguirlos.
Ignoro demarcaciones
del puerto que necesito;
mi piloto lloro ausente;
sin norte temo peligros;

lleno está el mar de cosarios,
que, bárbaros y atrevidos,
presumen ganarme el viento,
para que amaine a sus tiros;
por abordarse desvelan,
¿cómo podré resistirlos,
ellos fuertes, yo sin armas
yo sola, ellos infinitos?
¡Socorro, amante mío,
soplen en mi favor vuestros auxilios,
vuestro espíritu aliente mi esperanza,
amores, viento en popa, y mar bonanza!

Desposéme por poderes
con vos, amante infinito;
adóroos y no os conozco
si no es para serviros;
en vuestra busca me embarco
por piélagos inauditos,
que siempre engendran deseos,
tesoros ultra marinos;
Caribdis, y Escilas torpes,
sirenas, todas hechizos,
escollos que se disfrazan

en las olas de los vicios,
dificultan mi viaje;
porque entre tanto bajío,
faltándome la experiencia,
¿cómo escaparé del siglo?
La sonda de la fe llevo,
con que temerosa mido
el fondo de mis deseos,
ciegos ellos, yo sin tino.
¡Socorro, amante mío,
que el mar que surco, ensoberbece riscos,
huracanes de vicios se levantan,
zozobrarán sin vos mis esperanzas!
Atrevimientos de amor
cuanto más arrojadizos,
mayores logros merecen,
que no se estiman los tibios;
amo y, sin saber a quién,
cartas de fuego le escribo
que a Dios y a ventura arriesgo,
si es ventura y Dios lo mismo;
mis afectos se las llevan,
por ser ligeros avisos,
que tomando altura y grados,

huyen el paso a enemigos.

¡Qué de finezas le muestro!

¡qué de regalos le digo!

¡qué de quejas le despacho!

¡qué de favores le intimo!

Que salga al puerto a esperarme,

que si las arenas piso,

que son en su reino estrellas,

honre mi amor su recibo.

¡Ausente esposo mío,

para no conoceros, mucho os pido,

no os desdeñéis por esto, que yo os juro,

que si mucho os propongo, os amo mucho!

Es posible, tierno ausente,

que ya que os dignáis propicio

de admitirme a vuestros brazos,

yo humana y ellos divinos,

siquiera el embajador

que de vuestra parte vino,

alegre objeto a mis ojos,

¿no los feriará este alivio

la voz y no la presencia?

Si se me esconde el ministro,

¿cómo gozará a su dueño
el alma que le dedico?
De oídas el desposado,
no es mucho; pero el padrino,
el que viene a los conciertos
¿en su amor sustituido?
No, luz de mis sentidos,
ya que de vos mis ojos no son dignos,
góceos yo por enigmas, por retratos:
si no al emperador, a su privado.
Suplir en láminas suele
el pincel, amantes vivos,
con la imitación, que, diestra,
ennoblece al artificio;
ya que los retratos faltan,
y ausente amor al principio
con ellos alivia penas,
si hay en ausencias alivios,
ni imaginación Apeles,
colores mezcle distintos,
pues lienzo la voluntad,
en ella su copia imprimo.
Aceite llamó al esposo,
el apóstol peregrino,

una vez que en mi atención
logró efectos inauditos,
podré retratarle al olio,
y si con llamas le pinto,
antes roto que borrado,
Nestor será de los siglos.
Gobernad mi distinto,
llevadme vos la mano, dueño mío,
que si acierto a pintaros,
posible podrá ser, que acierte a amaros.
Válgame el cielo, ¿qué es esto?
de impulsos nuevos me visto,
oráculo ilustro el alma,
retratando profetizo.
Es mi esposo grana y nieve,
Sol y Aurora, Paro y Tiro,
rubio y cándido, que al propio,
bien pintado, mejor dicho;
las hebras de su cabeza
del metal, que del sol hijo,
monarca el mundo idolatra,
y en madejas vende el indio;
cada peinada guedeja,

parece pimpollo altivo
de las palmas que, gigantes,
doran sus frutos opimos;
sus ojos son de paloma,
amorosos y atractivos,
que en la margen de las fuentes,
se retratan en sus vidrios;
sus dos mejillas, dos cuadros,
o planteles que, tejidos
de flores blancas y rojas,
copias son de un paraíso.
Todo esto, amante mío,
vos me lo reveláis y yo lo pinto;
vos el origen sois, vuestra es la nota,
que yo sólo traslado vuestra copia.
Torneadas vuestras manos,
guarnecidas de jacintos,
doradas por liberales,
que al paso dais, que sois rico;
vuestras carnes, marfil terso,
brillante, cándido y liso,
cuyas venas, por su nieve,
arroyos son de jacintos;
sobre columnas de mármol

se apoya vuestro edificio,
cuyos pedestales de oro,
a un tiempo beso y admiro;
tan bizarro como el cedro
del Líbano palestino,
incorruptible y fragante,
más que él gallardo y antiguo;
almíbar vuestras palabras,
por el conducto melifluo
de un cuello, con cuyo néctar
tristes memorias suavizo.
Todo vos, dueño mío,
sois deseable, amado apetecido,
tal es mi caro esposo, tal mi dicha,
que soy su esclava y me intitula amiga.
Cuando entre sus brazos goce,
tras el destierro prolijo
de los mares que naufrago,
la quietud que solicito,
alcázar de nuestras bodas,
serán palacios impíreos,
de cuyas bóvedas penden,
las estrellas a racimos;

sus artesones dorados,
de relieve guarnecidos,
perpetuarán en su adorno
al cedro y al cipariso;
celoso me acechará,
tal vez, si de Él me retiro,
por cancelles y ventanas,
(que amor deleita escondido)
y en retornos virginales,
regocijando suspiros,
tálamo el sueño de flores,
mullirán rosas y lirios.
Dueño divino,
recíproco amor quiero, pero limpio,
mil veces feliz yo con tal esposo,
que es, siendo todo amor, limpieza todo.

Dejarse correr por el impetuoso curso de sus enajenaciones
Tecla, a no interrumpirla su madre y Tamírde abriendo las puertas.
Y fingiendo en el semblante el gusto que desmentía en el alma, dijo
Teoclea:
-Ya tu hechicero engañador (para que, recobrándote, vituperes

persuaciones que lastimosamente te despeñaban, Tecla amantísima), avergonzado y convencido, confiesa los insultos execrables que, por medio de caracteres y invocaciones mágicas, han descaminado infinitas repúblicas y honestidades célebres, vírgenes y matronas. Cargado de hierros (no tantos como los suyos piden), entre las heces de esta ciudad (gente perdida, digo), por cabeza de embelecos le hospedan insolencias en el más vil calabozo de aquel encierro infame, para que, en amaneciendo, le desacredite un palo, en satisfacción y a vista de los mismos que le aplaudían. Todos los hasta aquí por él prevaricados se reducen a sus antiguas tradiciones y, con víctimas y sacrificios, procuran aplacar las deidades ofendidas. Tú, pues, ¡oh, clara prenda!, más discreta, más sabia, más conservadora de tu fama hasta aquí limpia, ¿quién duda que, con ventajas, no te restaures a tu esplendor primero y, abjurando sacrílegos precipicios, para satisfacción de tu patria y confusión de quien te pervertía, no te mejores a ti misma, premiando merecimientos de tu esposo y obligaciones precisas que me debes? Lo mismo, aunque con diferentes palabras, decía Tamíride. Pero Tecla que, ya depósito de lo más precioso de su dueño, era guardajoyas de sus secretos ocultos y tenía las llaves del camerín de sus misterios, volviéndoles las espaldas y dándoles con el silencio en los ojos, castigó muda persuaciones mentirosas y ocasionó indignaciones nuevas en su madre, como pasados sentimientos

en su aborrecido pretendiente. Encerróla Teoclea segunda vez, determinada que pereciese hambrienta, y partióse Tamírde desesperado a maquinar venganzas contra el apóstol, que en su opinión era la total ruina de sus dichas.

Sola, pues, Tecla, deliberando medios (si atrevidos en su estado, disculpables en su amor) que le franqueasen puertas y facilitasen la presencia de su maestro no conocido, se resolvió en el más arrojado pensamiento que pudo imaginarse en la recatada estimación de quien, hasta entonces, aun de los ojos domésticos se retiraba. ¿Qué no intenta el amor? y ¿qué no consigue? Atropelló el de Tecla recelos del qué dirán; dejó a la malicia ocasiones, puesto que falsas, y no reparando en juicios fiscales, acabó consigo quebrantar sus prisiones aquella noche, trocándola por la que en nuestro apóstol con su presencia santificaba, porque, hambrienta de su doctrina, sentía tanto más su falta que el natural sustento, cuanto se diferencia el alma de su materia tosca, pues de aquélla, en los perfectos, las más veces participa de suerte lo corpóreo que, medrado con sus relieves, no se acuerda de los manjares comunes de la tierra.

Notable fue su determinación, pero no tan inaudita que no se la facilitasen ejemplos, ya humanos, ya divinos, de doncellas que, por conseguir sus deseos, desmintiendo disfraces, atropellaron inconvenientes y perpetuaron sus nombres. Porque ¿a qué no se arrojara un pecho verdaderamente enamorado? ¿Ni de qué sirviera

pintarse el amor ciego si reparara en peligros? ¿Ni desnudo, si en fe de que no tiene qué perder se atreve a todo? Pocas o ninguna vez, amante estadista logró hazañosos lucimientos, pues no en balde Aristóteles afirma que los más considerados son más cobardes, porque, como miden con discursos los riesgos y conocen las dificultades, juzgan por más cordura el retirarse que el emprenderlas. Si tantearan sus fuerzas con sus recelos los atrevidos, ni Roma coronara Césares, ni el Asia Alejandros, ni nuestra España enarbolara sus cruces sobre la esfera de un mundo nuevo. Pues los extranjeros, envidiosos de nuestras temeridades, decían habernos enseñoreado de toda la América con sólo el riesgo de un pequeño escuadrón de locos y porfiados. A esto, y más, alienta la violencia irreparable de un enamorado espíritu. Y si en lo torpe y vituperoso celebran resoluciones osadas a un Leandro atravesando Helespontos, oponiéndose a tormentas y facilitando ejércitos de inconvenientes marítimos; a una Hero precipitada desde el homenaje más sublime de una torre hasta el arenoso pavimento que la recibió cadáver; sin la infinidad de fábulas e historias que procuran con tantas tragedias escarmentarnos; si bien parece más admirable en nuestra virgen, considerado el natural encogimiento de su inclinación honesta; porque una acción misma asombra en un sujeto que en otro no hace ruido. Y cuando se realza la voluntad con quilates de divina, en empleos seguros de las imperfecciones

humanas, al paso que se aventaja en el objeto, temémonos los riesgos que a los imperfectos acobardan. Díganlo los héroes de nuestra Iglesia, cuyos arrojos, al parecer temerarios, harán creíbles los de nuestra determinada amante.

Aguardó pues, que, ausente la mayor luz que en las noches preside, en su lugar las estrellas, partícipes del resplandor monarca, hiciesen menos formidables las tinieblas y, en la mitad de su silencio, esperando que cerrase las puertas comunes un criado de su casa, antiguo y confidente, con recatadas voces, le pidió desde la ventana de su clausura que salía a las puertas mismas se llegase a las de la pieza que la aprisionaba. Hízolo así el liberto y cohechado del oro que Tecla desembarazó de sus dedos, pecho y garganta, como siempre la vejez fue codiciosa y el estado servil interesable, a pocas persuasiones, puesto que eficaces, se venció más de las dádivas que de los ruegos, arrancando mañoso y sin ruido la cerradura de quien era alcaide, no menos que Teoclea. Y sin reparar en que, ignorando los lícitos propósitos de su señora, en cuanto era de su parte traidor a su fidelidad, la ocasionaba a inconsideradas aventuras, obediente a su resolución, la permitió la calle, facilitándola su salida y recibiendo en retorno de su violada fe, entre las joyas dichas, las preciosas ajorcas que coronaban sus muñecas.

Hallóse nuestra virgen en los principios de su determinación ejecutada, y como éstos fueron siempre los más dificultosos, ¿qué

maravilla que temblase, sola en manos del recelo y a pique de encontrar quien atribuyese a descaminadas desenvolturas sus virtuosas osadías? Ya vimos a la esposa en los misteriosos cantares salir como Tecla en busca de su dueño, registrando a media noche calles y plazas, hasta dar con la justicia y salir de sus manos desnuda, herida y mal tratada. Lo primero, imitólo al vivo la ansiosa solicitud de su encendida semejanza y lo peligroso de lo segundo presto se ejecutará, tan a costa suya, cuanto en alabanza de sus finezas. Ponderó Alciato la fuerza de las llamas amorosas, pintando a Júpiter que arrojaba uno de sus rayos contra el dios desnudo, y a éste disparándole una flecha, que, saliendo al encuentro al mismo rayo, le atravesaba por medio y deshacía; porque a los atrevimientos encendidos de un amor resuelto, ni aun los rayos son poderosos, ni respetos de padres, ni estorbos de hermanos, ni descréditos ni peligros, ni la muerte misma basta a templar sus ímpetus. Así lo pondera Justiniano en el Código, y su glosa, a este propósito, trae unos versos, que no poco lo encarecen, diciendo:

Atropella amor por todo,
contra su sangre se atreve,
porque ni teme, ni debe,
ni amor sabe guardar modo.

Comparándole a la muerte, me parece poco encarecimiento, porque el amor tira mucho más la barra de su poder. Dos veces dirá el esposo en los Cantares que le atravesó su prenda el corazón, y ya se sabe que es este miembro príncipe tan delicado que, no digo yo herirle una vez sola, pero el tocarle levemente le quita al punto la vida; pues si a la primera muere, ¿cómo se querella de su esposa porque se le hirió dos veces? Porque pasa más allá de la muerte misma, hiere y mata lo primero, y al segundo golpe ya cadáver el cuerpo, le queda al alma corazón en que emplea el amor sus tiros. Porque como éste es efecto de su potencia, y aquella se lleva consigo la voluntad, no muere amor (del divino hablo, que esotros son apetitos y no amores), antes dura lo que el espíritu en que se sujeta; siendo, pues, esto así, ¿qué maravilla que Tecla cierre los ojos a los riesgos, a las deshonras y a la muerte?

Guiaba, pues, a la prisión de Pablo, depósito apetejado de sus deseos, yendo de noche tan animosa cuanto enamorada. Tres cosas afirma Ovidio, que siempre emprendieron temeridades, el vino, la noche y el amor:

No hay moderación que venza

el desatino
del amor, la noche y vino,
ni razón que los convenza,
ni obedece a la vergüenza
la noche, ni estima honor,
desnudo el vino y amor,
honra, fama y vida huellan,
y imposibles atropellan,
que no saben que es temor.

De estas tres intrépidas pasiones, las dos acompañaban a
nuestra virgen: de noche iba a la luz del fuego soberano que la
abrasaba, mas no por esto faltó la tercera, pues si el vino es
tan animoso que merece entrar en compañía del amor y de la noche,
aunque a Tecla repugnen los descréditos viciosos que profesan los
aficionados al licor Dionisio, cuádranla, por lo menos, las
propiedades con que le ennoblecen cuantos le conocen. Dos veces
compara el amante eterno al vino los pechos de su esposa y otras
tantas le retorna ella estos favores, asimilándole a sus pechos y
garganta. Que el vino en los pechos signifique fortaleza ventajosa a
la natural, dícelo expresamente el Dotor Melifluo en el sermón nono

sobre los Cantares, donde disculpándose la esposa del atrevimiento con que le pidió aquel misterioso beso con que comienza sus epitalamios, le acaricia de esta suerte: «Si juzgáis, esposo y dueño mío, a licenciosa presunción, aquesta súplica, vos la ocasionastes, pues regalándome con lo sazonado y sabroso de vuestros dulces pechos, fortalecistes de manera el mío, que me dáis osadía amante para más de lo que parece lícito». Luego el vino a que los pechos de la esposa se comparan, es símbolo de la fortaleza, y según esto, Tecla, que se atreve a vencer su natural tímido, de noche, por las calles de su patria, lo animoso lleva consigo del vino, del amor y de la noche, que Ovidio llama incontrastable. Medró este licor valiente el nombre con que se ilustra de esta dicción: Vi, que en latín significa fuerza, intitulándose vino, a cuya causa Homero le atribuye el poder mismo que al elemento superior, diciendo:

En poder y en fortaleza,
la misma eficacia entrego
al vino, que tiene el fuego.

Y el Cómico afirma que el vino, como la locura, privilegia a sus aficionados, para que sin castigo puedan salir con cuanto

pretendieren:

A la locura y al vino,
sin que el castigo lo vede,
licencia se le concede
para cualquier desatino.

Disculpen, pues, a nuestra amante, los que la vieren a tal hora
menospreciar desgracias, que amor (al parecer de los tibios lo cura
todo), la obscuridad de la noche, que patrocina temeridades, y la
embriaguez enamorada que consigo lleva, la hacen escolta y sacarán
airosa.

Guióla el impulso celestial que la guardaba hasta las puertas
de la prisión, si hasta allí infame, ya ilustre, por la presencia
del doctor evangélico que la asistía; llamó a ellas, abriólas el
alcaide, que, siendo soldado de más satisfacción en las armas que en
las costumbres, estaba siempre dispuesto, mediante su codicia, a
cualquiera permisión desbaratada que le cohechase, aunque fuese en
perjuicio general de su república. A éste, pues, comunicó la virgen
sus deseos y compró con sus, joyas la facilidad de ejecutarlos.

Guióla al alojamiento del divino preso. Predicaba entonces, como solía, los misterios de nuestra fe a la multitud de desdichados dichosos, pues, los más, a costa de la libertad del cuerpo que allí tenían empeñada, granjearon la del espíritu por medio de la doctrina del apóstol. Por no interrumpirle Tecla, llegó, quieta y regocijada, a ser una de sus oyentes, asentándose a sus deseados pies. Reparó entonces el devoto concurso en ella y alborotóse en conociéndola; informóse Pablo de la causa y imitándolos en la admiración, no, empero, la desesperó por eso de la confianza animosa que, segura en Christo, casi ya su esposo, la facilitó tanto inconveniente; antes, acercándola más a sí y mudando asunto, enderezó en favor suyo amonestaciones y consejos admirables, confirmándolos todos en la prosecución de tan animosos principios, con certidumbre del premio que en tálamos incorruptibles, Christo, su amante, la prevenía.

-Por tu ocasión -dijo-, ¡oh virgen generosa!, acusado de Tamírde, estoy en los descréditos y prisiones que ves. Lastimábame hasta agora, no de las injustas penas que padecí (nunca el cielo permita que me querelle de las que hasta aquí he pasado y sé que he de pasar por mi maestro, Christo), sino de que había de obligarme a salir de esta ciudad sin el fruto que en todas las que he peregrinado logra mi doctrina. Débote encarecidas gracias, porque sin saber de dónde vienes, favorable objeto a mis ojos, desmientes mis recelos. Agora, pues, daré por venturosos los trabajos que por ti he sufrido, y presumo que he de sufrir, pues me aseguran, siendo tú las

primicias, el fértil colmo de mi cosecha. ¡Oh, si supieras el gozo con que festeja el cielo, el agosto abundante que le anuncias, viéndote asaltar desde tu patria la primera al cielo, con el estandarte de tu cruz al hombro, menospreciando (en abono de la verdad que, no viéndome, me oíste) tu madre, tus tesoros, tu linaje, tu naturaleza, tu apercebido consorte y las delicias todas que en ti tus contemporáneas envidiaban! ¡Oh qué triunfos a la eternidad consagras contra el Ángel condenado que, presumido, fulminaba ruinas al humano género! Ya, en efeto, por la mano de una virgen tirana, en la flaca edad de sus primeros años, se lamenta vencido, para irrisión tierna de su altivez rebelde.

Proseguía el elocuente apóstol, animándola a la perseverancia, y disponiéndola al menosprecio de persuasiones, tormentos y solicitudes de que el común enemigo se apercebía para derribar propósitos tan hazañosamente ejecutados.

-Transformáste de -decía- de mujer cobarde en varón invencible; afrentoso descrédito te infamará mudable si, degenerando de principios tan célebres, temieres pusilánime cuando te ves en los brazos de tu esposo Christo que, aunque alienta deseos, no premia sino ejecuciones. Infinitos medios maquinara para vencerte el dragón precito, ni perdonará estratagemas, ni ardides; ya fingiéndose monarca de las etéreas luces, ya desde ellas fulminando contra ti persecuciones, te lisonjeará pacífico, te perseguirá furioso, te

ofrecerá deleites, te amenazará infortunios, engolfándote entre las olas de promesas y castigos. Y cuando esto todo no aproveche, conjurará contra ti los pueblos, los jueces, los verdugos, las llamas, las fieras y los hombres, sin perdonar instrumento atormentable; pero no le temas, que es fanfarrón afeminado, huirá a la primera resistencia, con más oprobio que el que medró del humilde esterquilino, cuando el sufrimiento laureó al paciente patriarca, y abatido desde los precipicios de su arrogante presunción, te dejará en las manos la corona.

Pintaba Pablo, en confirmación de esta doctrina, cuán caviloso se aprovechaba, como diestro esgrimidor de las tretas de su industria; cuán advertido buscaba la escotadura de las inclinaciones con la espada, para herir de muerte por ella a quien se descuidase en la pelea; cuán civil y temeroso, una vez vencido, temblaba del vencedor desde allí adelante. Asegurábala triunfos eternos, coronas augustas, tálamos inmortales, los brazos de su esposo y el título que de apóstol de su patria la esperaba. Pues, convirtiéndose toda por su predicación, transformada, de vecina suya, en su doctora, entraba a la parte en el blasón supremo que privilegió entre tantos a doce solos, para príncipes de la militante Iglesia.

Instantes juzgaba Tecla, absorta y derretida, la duración de la noche tenebrosa, tanto más sedienta de las perennes avenidas que aquel raudal indeficiente la enseñaba, cuanto más engolfada en él, se echaba a pechos toda la profundidad de su doctrina (propiedad

del amor perfeto: a más posesiones, más apetitos, a más gozos, más deseos). Salió el sol, y cuando reiterara infinitas veces los círculos de su peregrinación lucida, no lo sintiera Tecla, a no interrumpir los deleitosos éxtasis de su enajenación sabrosa un tropel desatinado de perdidos que, a persuasión de Tamírde le acompañaban, y haciendo presa del dotor divino le llevaron al tribunal idólatra, poniendo las sacrílegas manos en aquel venerable rostro y canas, dignas de estimación eterna. Lo mismo le sucediera a la discípula enamorada, a no ser salvoconducto suyo la prodigiosa belleza (nunca en su punto como entonces) que, enfrenando atrevimientos, templó en parte el descortés furor de su aborrecido pretendiente, no del todo desesperado de reducirla.

Fue, pues, el caso que, hallándola menos en su prisión doméstica, primero su madre y después su familia, con clamorosos gritos y alborotadas diligencias convocaron la vecindad toda y, tras ella, hasta los más distantes moradores que, discurriendo en su busca todas las más ocultas partes de Iconio, lamentaban su pérdida, como presagio de alguna calamidad irremediable que a su ciudad amenazaba. Desatinada de dolor y furia, Teoclea aún no daba lugar a que por los ojos desfogase el alma el tropel de sus pesares (porque cuando éstos son de veras, cerrando los conductos, dan con las puertas en la cara a los alivios). Llegó entonces Tamírde que, informado de la impensada fuga de su prenda, perdido el seso y la

color, publicaba a voces que, a poder de hechizos, el mago peregrino ocasionaba torpemente a su inconsiderada esposa a que, con una acción infame, diese en tierra con su crédito, su nobleza, su fama y su juicio. Porque ¿qué más certidumbre, decía, de que Tecla, rotas las presas a la honestidad y a la vergüenza, era una de las que, echando la honra a las espaldas, se deja llevar de la avenida vil de su apetito; que fugitiva, de noche, por las calles, sin reparar en escándalos y riesgos, entrarse por los escuadrones, totalmente perdida, sin horror de cárceles y inclemencias míseras, si a los pies de un embelecador no conocido, incorporada en ellos, le daba lasciva posesión de sus torpezas? Esto intimaba el malicioso veneno de sus celos, tan fuera hasta allí de persuadirse a lo que ya afirmaba, que aun para sueños le pareciera indigno de sus pensamientos.

No sabe quien no lo ha experimentado, el rabioso frenesí de esa pasión diabólica, pues al paso que es mayor el afecto amoroso que engendra, más desatinada, no se satisface hasta que, rematando con el juicio, dan los celos con su dueño en el horrible piélago de la desesperación y la locura. Extraña monstruosidad, que siendo los celos primogénitos del amor (perdónenme los que les dan nombres de bastardos, que hasta agora no sé por qué les cuadre este apellido; y si no, señálenme los que los desacreditan, en qué adulterio se engendraron), siendo, pues, legítimos del amor, por lo menos naturales, pues ninguno ama tan confiado, si es cuerdo, que no viva

temeroso de que otro se le antepone mientras no posee (porque los celos de los casados no son celos, sino, cuando se averiguan, deshonores, y cuando se sospechan, boberías; pues los celos consisten en la opinión y no en la certidumbre); siendo, pues, éstos, efectos del amor, ¿cómo tan desemejantes a su causa? ¿cómo, si hijos, tan poco parecidos a su padre?, desmintiéndose en ellos la definición de lo engendrado, que es similitud del viviente producido y del que produce, viviendo en una misma naturaleza. El amor abrasa, los celos yelan; aquél, a la medida que se haya correspondido y está cierto de que le aposeonan en el alma de quien ama, crece y medra; éstos, sin certidumbre (porque a tenerla, no fueran celos, sino agravios) dudosos siempre, acechando, inquiriendo, temen lo que ignoran y culpan lo que no averiguan. El amor, ciego, ve y penetra lo más íntimo del pensamiento donde se oculta; los celos, lince, ojos todos, andan a tienta, tropezando en la misma luz y, desmintiendo las verdades que traen entre las manos, las tienen por mentiras; del amor se dice que es más poderoso que la muerte, y los celos, por aventajarse hasta en esto a su padre, se comparan al infierno, siendo tanto mas insufribles, cuanto lo es menos el morir (último remedio de las adversidades), que el padecer entre incendios inagotables, conservadores de los tormentos. Sin celos el amor se entibia, con ellos crece y creciendo mengua y helándose se abrasa; el amor, siempre noble y generoso, cuantas gentilezas en servicio de

su prenda imagina, tantas ejecuta, porque su gloria es tener
contento lo que ama; los celos, hijos suyos, villanos y groseros,
avarientos, miserables de los deleites, sólo se emplean en
atormentarse, atormentando lo que quieren y, siendo un caos de
contradicciones incompatibles, amando aborrecen, aborreciendo
desean, deseando agravian y, sin darse a entender ni entenderse a sí
mismos, diligencian por averiguar lo que quisieran no haber
averiguado; buscan lo que saben, que hallado, ha de acrecentar su
desasosiego; al mismo tiempo que trasnochan por averiguar
desprecios, dieran infinito por no averiguallos; de modo que,
codiciosos por salir con lo que temen, temen salir con lo mismo que
codician. ¿Puédese encarecer infelicidad más monstruosa? Dígalo
Tamírde, que, adorando a Tecla, la infama; como amante la desea,
hasta morir por alcanzarla; como celoso la persigue hasta la muerte.
Dios nos libre de tan perjudiciales accidentes.

Creó la apasionada madre lo que mentía el desbaratado yerno y,
según se lo aparenciaba, no me maravillo que, frenética, sin
reparar en consecuencias, corriese a los tribunales del procónsul.
Intimóla Tamírde, y acompañado de confidentes, deudos y amigos,
acometió la prisión, paraíso donde Tecla, imagen de la enamorada
reducida que a los pies de Christo escogió la mejor parte (ella a
los de su apóstol), trasladaba al corazón avisos que, satisfaciendo
sus deseos, se los acrecentaban. Entraron, pues, como dije y,
ejecutando en el doctor celeste descortesías sacrílegas y en la

cándida discípula palabras descompuestas, los presentaron juntos al magistrado referido que, cansado de las importunas aclamaciones de Teoclea, ni de suerte las creía que se persuadiese a que la doncella más atenta a su respeto tan a rienda suelta desperdiciase su honra, ni se atrevía totalmente a desmentirlas. Parecieron, en efeto, acusadores y acusados delante del procónsul, que se llamaba Cestilio; llenóse la audiencia de diferentes sexos y calidades; todos con exceso, así de la novedad sucedida, como de la entereza de ánimo de Tecla, de la hermosura de su rostro y de la seguridad que por las muestras exteriores manifestaba su espíritu. Compadecíanse de ella los más de los presentes, unos porque, engañada, en su opinión, del peregrino novelero, diese tan lastimoso fin a su honestidad, hasta allí célebre. Otros, asegurándose con la presencia del apóstol (que obligaba a veneración religiosa y inculpable), de la grave modestia y majestuosa libertad de Tecla, desmentían lo mismo que las averiguaciones hechas casi certificaban. Impuso el juez silencio a todos, y atenta la admiración a la salida de tan enmarañado caso, Tamírde todo celos, esperanzas, iras y deseos; Teoclea toda furor y venganza; su hija toda firmeza y tranquilidad, con la fortaleza que el leoncillo, emancipado de los pechos de la madre, suele en la primera presa acometer el rebaño temeroso de los ciervos, escuchó al magistrado que decía:

-Examen he hecho conmigo a solas, oh, virgen, de las prendas

que te ilustran, fiscalizando en ellas alguna imperfección que las
hiciese menos admirables (pues, hasta agora, no sé que en los
humanos haya sujeto tan excelente en todo, que no tenga alguna falta
para consuelo de la envidia), y después de registrar tus excelencias
parte por parte, en una sola te hallo defectuosa, si bien tan fácil
de remediar como tú quieras, cuanto, mientras te resistas,
vituperable a los ojos de la nobleza y la cordura. Hállote generosa
en sangre, adornada de virtudes, hermosa en superior grado, de alma
pura, de cuerpo apacible, sin que en una y otra substancia tengas
que envidiar en la más perfecta; sólo me admira que, consumada en
todo, todo lo desdoras con el aborrecimiento que muestras al tálamo.
Porque ¿qué favor nos concedió la mayor deidad que se iguale al
matrimonio?, ¿hay virtud mas excelente?, ¿más honesta?, ¿más
deleitosa ni de más estima? Los dioses, los hombres, celebran esta
trabazón fecunda de dos almas diversas, ella puebla el universo de
vivientes, ya racionales, ya brutos, constituye repúblicas, puebla
los aires y las aguas de pájaros y peces, triunfa de la muerte,
llenando los vacíos que desocupa con los sucesores que los heredan,
siendo tal su providencia que, por su medio, se puede llamar, de
algún modo, inmortal nuestra naturaleza. El consorcio es maestro de
la policía, presidio de la honestidad, límite de lo lícito, el que
con recíprocos lazos estorba y descamina torpes apetitos, deleites
afrentosos, comunicaciones indecentes, éste distingue los hijos
legítimos, de los que, granjeados por medio de la destemplanza,

inquietan lo político; éste es el que, con sucesores que imitan la nobleza de sus padres, la adelanta; éste el que, con apellidos ilustres, realza las familias generosas. ¿Cuál puede ser, oh, virgen ínclita, la ocasión que te retira de uniformidad tan provechosa, tan decente, pulcra y pía? Pues si tu padre despreciara el estado de Himineo, nunca nos diera en ti la belleza y discreción que veneramos; nunca nuestros progenitores autorizaran sus repúblicas con la sucesión ingenua que las fertiliza, nunca permaneciera su memoria, ellos muertos, en sus similitudes. Mucho mereces, pero ninguno más digno de ti que tu Tamírde, ilustre, rico, gallardo, discreto y de cuantos le conocemos aplaudido; él te adora, en ti se enciende, por ti menosprecia gobiernos, estimaciones, felicidades, tú sola esfera de sus esperanzas. ¿Por qué, pues, considerada, querrás privar a tu patria de la propagación heroica que, en beneficio suyo, sea blasón glorioso de sus padres?; ¿presumes vivir inmortal? Es imposible, sólo puede permanecer tu memoria en la sucesión que tu consorcio ofrece. Cónstame que del amor honesto que a Tamírde mostrabas, te disuaden persuasiones de este novelero peregrino que, para ruina del orbe, permitió que naciese la desdicha. Pero tú, la más discreta de este siglo, ¿cómo, siempre religiosa, conspirarás contra las tradiciones inviolables de tus antepasados?; ¿no te convencerá la afrenta, citando más advertida consideres en frívolas promesas de ese viejo, viéndote incurrir en

la confusión de los arrepentidos? ¿Cuánto es mejor no errar que enmendarse de los yerros? ¿Cuánto más seguro no haber sido loca, que después de serlo, volver a tu cordura? Tu profesión, tu edad, tus ejercicios, limitó la naturaleza a los bastidores, al aguja y al estrado, ¿para qué, pues, será bueno, que usurpes a la toga y cátedra las disputas que pertenecen a sus filósofos? Degeneras del ser que te concedió tu sexo, sacándole de su esfera. Desapasionado te aconsejo, experimentado te aviso, obligación te corre, como a tu cabeza, tu juez y tu natural, a que, obediente y agradecida, me des crédito. Muda, pues, de opinión, da de mano y sepulta en el menosprecio hechicerías y embelecocos que, con esperanzas de promesas inútiles, te despeñan. Mejora ni fortuna, admite el recíproco amor de tu Tamíríde, enmienda propósitos, cobra tu discurso, restáuranos el contento que nos malograste; regocijen nuestra república aplausos festivos con parabienes nupciales; seré yo tu padrino y, olvidado de la autoridad que represento, seré el que guíe los coros y danzas de tus bodas; yo encenderé las antorchas de Himineo, yo ceñiré tus sienes con el mirto, planta de la púdica Venus; yo, en resolución, obligado y agradecido, me honraré a mí mismo a las mesas y banquetes sacros de vuestro consorcio alegre.

Dijo el procónsul, y atentos él y los demás a la respuesta, hallaron en su lugar un silencio constante que, desdeñando caricias, juzgaba por indecencia virginal permisiones a la lengua y excusaba palabras que, licenciosas, cuando acreditasen su resolución,

desdorasen su modestia. Pues no sufría la calidad de tal persona que alegase disculpas de que participase tanto teatro y pueblo (y con razón, porque no hay cosa que autorice tanto el virginal respeto, como el sosiego mudo y el silencio vergonzoso); solamente, animándose a sí misma, se prevenía a los tormentos, que ya juzgaba indubitables, tan animosa a padecerlos en favor de la ley que profesaba, que desde aquel punto se los ofrecía a su esposo eterno en dote de sus bodas, ensayándose, con la tolerancia presente, a la firmeza invencible de lo que la amenazaba. Pasmó el juez viéndola tan prevenida alcaide de su lengua, y dudoso de lo que haría, suspenso el auditorio y en Teoclea perdido totalmente el amor de madre, la autoridad de matrona, la cordura de anciana y la paciencia de discreta, con descompuestas voces provocaba al juez diciéndole:

-¿Qué esperas, oh procónsul, donde ni aun vislumbres de la debida venganza al recogimiento en que se crió vemos en su semblante? ¿Por qué malogras palabras en quien nos desespera obras y, si algunas promete, han de ser para oprobio de nuestra sangre y ruina de nuestra religión antigua? Ejecutor te constituyeron los césares de castigos contra transgresores de nuestro culto.

Escarmienta en la que te menosprecia, a los que, a su imitación, si queda viva, prevaricando tradiciones, infamarán sus patrias. No te compadezcas de quien a mis lágrimas diamante, desobediente a mis preceptos y cruel con la primera sangre que la dio vida, ya es una

de las que con ganancia torpe se postran al deshonesto trato de las mujeres desbaratadas. Madre he sido suya, degenero de la nobleza y virtud que por tantos años pudo en ella alegar naturaleza segunda. Sus mudanzas me mudaron de madre en enemiga. Borróse la similitud, que la llamó retrato mío, con la tinta asquerosa de su torpeza; más debo al culto de mis dioses, que a una desatinada transgresora de sus leyes. Fiscal suyo te intimo de parte de su religión violada, que, sin compasión, pues yo no la tengo, consuman las llamas que disponen nuestras leyes, las que la abrasan lascivas; venga, con una acción severa, a su menospreciado esposo, al tálamo ofendido, a sus parientes afrentados, a su madre desobedecida y a su patria infamada. Desperdiciará el viento en cenizas, la memoria que han de abominar los siglos venideros.

Atizaba estas ejecutivas acusaciones la instancia rabiosa de los celos de Tamírde, que ya totalmente rematados y convertido todo su amor en aborrecimiento, sólo se desvelaba en que la muerte rematase de una vez con su enemiga y con las desesperaciones que su presencia ocasionaba. Teoclea, poderosa y madre, que, anteponiendo la religión a obligaciones naturales, insistía en el castigo; Tamírde, casi príncipe de Iconio, el más emparentado y el más rico; desvalida la parcialidad de Tecla, que si lastimaba el mal logro de su hermosura, aborrecía al mismo tiempo resolución, a su parecer, tan desatinada. Necesitado el procónsul a contemporizar con los que, por el mismo caso que le obedecían pudieran, a no satisfacerlos,

residenciarle criminales delante del Augusto. Quebró la justicia por lo más delgado y valió con él lo que con los demás ministros, el temor y el interés, dos accesoros de la avaricia y la ambición, todopoderosos. Quisiera, aficionado a la doctrina del apóstol, comunicarle despacio, pero ¿cuándo permitió a la verdad el interés audiencia? Holgárase, ya que no podía totalmente dispensar en lo severo de las leyes, temprarlas a lo menos, para que la virgen inocente no muriera entre las llamas; pero vencióse del temor y, por conservarse en su gobierno, atropelló justicias, aplaudiendo más a la pasión, que a la inocencia. Desterró de todo aquel partido al doctor soberano de las gentes, después que, por novelero, dogmatizante de doctrinas escandalosas, mandó azotarle, si bien en el mismo suplicio respetó la nobleza que, como a vecino de Tarso, colonia romana, y ciudadano suyo, se le debía, no llegando a cuarenta los azotes, porque ya inducieran infamia y así, quitándole uno, entró en este sacrificio en los cinco que, del mismo género, cuenta el doctor evangélico a los corintios. Encomendósele a su huésped Onesíforo, para que, a su nombre, no le hiciese injuria la parcialidad de Tamírde, contra él amotinada.

Ejecutado esto, y no pudiendo, o no queriendo evadirse de las importunas instancias de los acusadores, pronunció por sentencia definitiva que se encendiese una formidable hoguera en medio del anfiteatro, en la cual la constante virgen, si no abjurase la

religión nueva del peregrino hebreo, arrojándola viva, sirviere de escarmientos ejemplares a los futuros transgresores.

No fue el ministro menos diligente en este sacrilegio quien, no muchas horas antes, comprara a costa de infinitas muertes suyas el menor entretenimiento de la que agora apresuraba a tan impío sacrificio. Propiedad inseparable de los celos, cuando son demasiados. No sin pequeña similitud los comparó un discreto a la sal en los manjares, que sazonándolos en proporcionada cantidad, los echa a perder y hace intolerable su demasía. Tómase la sal con la punta del cuchillo para suavizar lo que se come; pero quien inadvertido derramase sobre el plato todo el salero, ¿cómo podrá asegundar bocados? Amaba Tamíride a Tecla, ha poco dije; adorábala, creció su pasión con la templada oposición de Alejandro; vio, agora, caer sobre sus esperanzas el salero todo de sus menosprecios y lo que primero fue tan sabroso, ya es tan amargo que, mudando el amor de especie, se convirtió en aborrecimiento tan venenoso que desea abrasar a quien le abrasa, aventajándose a los verdugos mismos en encender la pira y añadir materia a su voraz incendio.

Entre tanto, pues, que éste infama su primero amor con venganzas descorteses, y la inocente condenada juzga tálamo de sus bodas las llamas horribles, en cuyo centro, deseosa, apercibe epitalamios, volvamos a Alejandro, que en el amigable hospicio de Cloriseno, aguarda la conclusión de tan dudoso y peregrino caso. Contradicciones quiméricas le amotinaban las imaginaciones, ya

prometiéndose esperanzas de que Tecla, por evadirse de diligencias aborrecibles de Tamírde, fingía advenedizos cultos, reducida al apóstol desterrado. Y que apurada en presencia del juez había de restaurarse a la religión primera, declarando que sólo el aborrecimiento de su competidor la había descaminado la obediencia debida a sus antiguas observancias, a su sangre y a sus obligaciones, ofreciéndose a más cuerdos avisos, si, en premio de obedecerlos, le daban a Alejandro por esposo. Porque, considerándolo con mediano discurso, ¿quién podía persuadirle, puesto que todos lo afirmaban, a que una doncella tan prudente, honesta, rica y hermosa, había de dejarse llevar de la afición lasciva de un extranjero pobre, cuyas canas y despreciado traje descaminaba cualquiera género de malicias que la desacreditasen?

-¿Qué estímulos amorosos -decía Alejandro entre sí mismo- pueden, en la senectud de un pasajero, provocar el alma de quien, vitoriosa exenta, ha triunfado de juventudes y bizarrías hasta agora célebres?, o ¿cómo me persuadiré yo, que Tecla menosprecia tálamos legítimos, por adúlteras desenvolturas?, ¿a Tamírde por Pablo, si no es que con la sombra de éste intenta premiar merecimientos míos, no es posible?

Pero, volviendo a destejer estas esperanzas, daba crédito a sus opuestas imaginaciones, resolviéndose a que, pues todos lo afirmaban, su madre la perseguía, Tamírde la acusaba y el juez

estaba resuelto a valerse del último rigor de su justicia, sin que Tecla se defendiese, suplían encantamientos en el apóstol, las partes que, en su senectud y poca ostentación para enamorar, estaban tan desvalidas.

Árbitro, pues, entre estas ambigüedades, ya arimándose a las favorables, ya dejándose llevar de las que le afligían, eslabonaba Alejandro la cadena de su desasosiego, cuando entró Cloriseo demudado el semblante y bañados los ojos de compasiones, que sacaba el alma a las mejillas, diciéndole:

-Retírome, amigo íntimo, del espectáculo más horrible que ejecutó jamás la crueldad disfrazada con el título de justicia:

Tecla condenada al fuego y desnuda, es escarmiento asombroso a su patria misma.

Refirióle tras esto todo lo sucedido, la expulsión de Pablo, la muda constancia de su discípula, la bárbara persuasión de Teoclea, las diligencias frenéticas para su muerte de Tamírde, la resolución apasionada del juez en otorgársela, el concurso de naturales y extranjeros al anfiteatro, donde los viles ministros la llevan al holocausto más impío que asombró los hombres y la demostración universal que había en los piadosos, el sentimiento de sacrilegio tanto.

Quedó, oyendo esto Alejandro, con más señales de ser él el que conducían al suplicio, que la adorada prenda que lloraban: inmóvil el cuerpo, alzó el espíritu de obras, suspendiendo por no pequeño

espacio el ejercicio a sus vitales influjos, y si durara su remisión, no hay duda que, juzgándole vivo, se convirtiera estatua. Salió luego de tropel el sentimiento en un diluvio de congojas que, rompiendo las presas a la paciencia, se derramó por las mejillas, y en tres elementos repartido, agua el llanto, viento los suspiros, fuego las ansias, parece que, despejando el cuerpo de su vital consorcio, se le restituían a la tierra. Volvió en sí como pudo el lastimado huésped, y después de extraordinarios medios que, sin provecho, intentó para consolarle, se determinó desatinado a romper con las armas por el infame pueblo y morir con Tecla generoso amante o, a pesar de todos, obligarla libre; ejecutáralo animoso, si el considerado amigo no se lo estorbara; porque, abrazándose con él, ayudado de otros, mandó cerrar las puertas, y le representó los peligros evidentes y desaprovechados a que se disponía, el mal pago que daba a su amistad y hospicio, pues era cierto que a él, como cómplice de aquel atrevimiento, le había de caber el mayor daño, indignados con su permisión el juez, Tamírde y Teoclea. Pudieron, en efeto, con él razones, para no arrojarse a la última desesperación; pero no para asistir más en república que, ingrata a la mayor belleza, aplaudía ejecución tan bárbara. Mandó, pues, que le apercibiesen luego su partida, y sin impedírsela Clorisenno, así por verle impacientemente determinado, como porque con su ausencia excusaba los riesgos que temer podía, le acompañó con sus criados

hasta el referido templo del fabuloso Adonis, desde cuyo elevado
asiento, viendo las llamas predominar por entre los más altos
edificios, llevado de sus amorosos ímpetus y dando lastimadas voces
contra los agresores de insulto tan execrable, dijo de esta suerte:

¿A dónde te ensoberbeces
gigante voraz, que subes
trepando llamas por llamas?
¿qué intentas, cuando envileces
tu actividad, y en las nubes
tu lustre y nobleza infamas?
Rey elemento te llamas,
y cobarde degeneras
del valor en que pudieras
tu esplendor engrandecer;
¿para qué tanto encender
la esfera del aire santa?
¡tanto incendio, pira tanta
contra una flaca mujer!
¿Qué Troyas rindes a Grecia?
¿qué Tifeos a Vesubio,
vengando a Júpiter, domas?
Una virgen te desprecia

por más que, ardiente diluvio,
tirano te tiemblen Romas;
¿contra quién las armas tomas,
que el primer cóncavo escalas,
y siendo de humo las alas,
vecinos zafiros quemas?
¿Para qué, en lenguas blasfemas
transformado, el vuelo animas,
y satírico lastimas
hasta las luces supremas?
Si virginidad blasonas,
¿por qué a una virgen abrasas,
y a tu semejanza ofendes?
Mas si a ti no te perdonas,
y te aniquilan tus brasas,
¿qué mucho si a otros enciendes?
Soberbio, en vano pretendes
la vitoria que presumes,
pues tu sustancia consumes
cuanto más llamas atizas;
convertirás en cenizas
contra ti mismo, cruel,
por más que al cielo Babel

pirámide solenizas.

Tecla es diamante, que goza,

contra llamas, privilegios

seguros de tu furor;

penetra, abrasa, destroza,

ejecuta sacrilegios,

que no te tiene temor;

no pudo el fuego de amor

encender su pecho frío,

no pudo el incendio mío

en su alma hacer señal,

¿y el tuyo, que es material,

a lo imposible se atreve?

Tiembla atrevido, huye leve,

y empresas busca más altas,

mira que en su pecho asaltas

eternos montes de nieve.

¿A quién aplaude tu injuria

con la vil solicitud

que a los cielos amenaza?

¿a una madre, cuya furia,

su misma similitud

frenética despedaza?

¿a un juez torpe que en la plaza

blasfema plebe convoca?

Adula a una ciudad loca,

de lo que pierde ignorante;

adula un bárbaro amante,

que ingrato desdenes venga,

porque sucesores tenga

el rústico Hipodamante.

Plegue a la mayor deidad,

si ofendieres su hermosura,

si en su cristal te cebares,

que (infame tu actividad),

materia quemes impura

cuantas veces te cebares;

jamás en aras o altares,

fragancias aromatices,

jamás en humos suavices,

estrados del solio inmenso;

jamás en mirra y incienso

subas, cuando el viento escales;

jamás drogas orientales,

de Arabia te paguen censo.

Cuando, Membrot, determines

adelantarte a los riscos

de tu ardiente luz blandones,
porque el vuelo desatines,
derriben tus obeliscos
borrascas y Deucaliones.
¡Ay, cielos, no desazones
delicias que el orbe adora;
no abrases esta vez, llora,
porque tu furor suspendas;
obliga noble, no ofendas;
sé lisonjero, de modo
que, pues eres lenguas todo,
llegando a lamer no enciendas!
¡Oh la más rústica y necia
república vengativa,
que a bárbaros dio renombres,
no te llame suya Grecia,
ni en mapas tuyas te escriba,
porque te ignoren los hombres!
Con trágico fin asombres
siglos y posteridades;
a las futuras edades,
sólo conserves ruinas;
no te socorran vecinas,
cuando invasiones te estraguen;

esclavos tus hijos vaguen
por regiones peregrinas.
Alma paloma, a los polos
vuela, y en solio infinito,
tu nombre estrellas rotulen;
yo te erigiré mauseolos,
que a Caria afrenten y a Egipto,
y a la eternidad emulen;
yo haré que sacras te adulen,
lisonjas de firme amante;
yo en columnas de diamante
perpetuaré tu pureza,
tu honestidad, tu belleza,
porque en los templos de Aulide,
el griego a Efigenia olvide,
consagrando tu entereza.
Fía a los vientos tesoro,
que en tus cenizas espero:
porque honren la patria mía,
pondrélas en urnas de oro
sobre obeliscos de acero
que igualen al rey del día.
Prenda mía (ojalá mía:

no te malograra ajena)
adiós, que ataja mi pena
encomios y desfallece
el aliento, que te ofrece,
cándida y virgen, laureola;
gózate a ti misma sola,
pues ninguno te merece.

Los últimos acentos de esta lastimosa canción pronunció apenas, cuando, sin despedirse de su huésped (porque cuando es de este género el sentimiento, no repara en cortesías), picó el caballo y con veloz carrera, por alcanzar el bruto los suspiros que su dueño adelantaba, se perdieron los dos a los ojos del amigo, tan impedidos de las lágrimas que le dejó en ellos que, cuando caminara menos presuroso, no le vieran. Volvióse Clorisenó a su habitación, donde encerrado y lloroso aguardaba los últimos avisos de aquel inaudito sacrilegio.

A este tiempo, desnuda de las primeras ropas la enamorada virgen y apresurando en ella los bárbaros ministros venganza sin agravios, más deseosa Tecla de abreviar por medio de las llamas estorbos a sus bodas vírgenes, que sus perseguidores, porque en pálidas cenizas fuesen los vientos llevándolas, pregoneros de sus

impiedades por el orbe, disfrazado el eterno esposo, quiso (a fuer de príncipe encubierto que sale a ver entrar su esposa en el palio augusto, a tomar posesión del reino que la esperaba) ser testigo de la mayor fineza, que correspondencia amante hizo jamás en favor de no conocido empleo. Apareciósele en la forma misma que su apóstol santo (Pablo digo), Christo ya su esposo, llamándola risueño desde el centro de las ya apacibles llamas, y Tecla creyéndole lo que parecía, bañada de júbilo amoroso, a pesar del hasta allí cuerdo silencio, con voz angélica, oyéndola los presentes, cantó estos versos:

Tercero celestial, de mi firmeza
dudáis, sin duda, pues hacéis alarde,
viniéndome a animar, que soy cobarde,
como si hubiera en firme amor tibieza.
No, iris de mi bien, que la pureza
del elemento virgen deseos arde
en mi pecho de suerte, que, aunque tarde,
soy fénix, que mudé naturaleza:
Pirausta, de estas llamas me enamoro,
salid vos mi fiador, que yo os empeño
mi fe con obras, de triunfar diamante.

Coronaránme sus diademas de oro,
y volaré a los brazos de mi dueño,
cuanto mas abrasada, más amante.

Tan afectuoso fue el ímpetu de su amor, tanto el impulso de quien le estimulaba que, sin esperar las diligencias sacrílegas de los verdugos, los brazos en cruz, invocando el nombre de su adorado esposo, se arrojó con intrépidos pasos por el escuadrón ardiente de las formidables brasas. Temióla el consumidor elemento, pues, abriéndose en dos coros y recibéndola en su centro, se volvió a cerrar de modo que, sumiller de cortina, corrió las de su luz, para que, oculta entre ellas, se negase a los profanos ojos del idólatra concurso. Clamó el pueblo asombrado y, respondiéndole la tierra, con indignación de que en su superficie se ejecutase tan bárbaro holocausto, tembló furiosa, abrió vorágines y, bostezando fuego, sorbió gran número de los cómplices, ingratos a inocencia tanta, al tiempo que, despejado el cielo de los opacos estorbos con que esconde su diáfano semblante, sin necesitar esta vez de nubes, prodigalizó aljófares hermosos, rocíos recreables y lágrimas risueñas, burladoras de temeridades vengativas. Derramó un viento borrascoso las llamas agregadas, que hasta allí sirvieron a la invencible hermosa de camarín de gustos, de pensil pancayo, de

tálamo virgíneo, empleando en los circunstantes la hambrienta furia que se les negó en Tecla. Huyen sin saber dónde escuadrones medrosos de infieles, lamentando con descompuestos gritos la injusta temeridad que primero aplaudían; y la regalada esposa (arqueros de su guarda las cuchillas encendidas del fuego que la cercaban), festejando las gratulaciones angélicas, escuchaba himnos sonoros que la entretenían (llevándola un globo luminoso de las llamas mismas, como la carroza del patriarca del Carmelo, por los aires) y, entre muchos de los cánticos con que le aplaudieron los espíritus celestes, fue el que las tres salamandrias religiosas, para confusión del monarca babilonio, en medio del horrible y artificioso volcán que convirtió su incendio en primavera, entonaron, repitiéndole agora la capilla real del cielo, de esta suerte:

Bendito, eternos siglos
por todas las edades,
eres, inmenso Dios,
Señor de nuestros padres.
Bendito sea tu nombre,
digno de que se alabe
por santo, por glorioso,
inmenso y agradable.

Bendito en el supremo
templo, cuyos altares,
tu gloria los adorna
de eternas claridades.

Bendito sobre el trono
augusto y inmutable,
a quien de gradas sirven
querubes de diamante.

Bendito, que registras
abismos penetrables,
sus mínimas arenas,
como sus monstruos grandes.

Bendito en la firmeza
de tus palacios reales,
sublime en los diez globos
que son sus pedestales.

Echalde bendiciones
eternas y incansables,
cuantas hechuras tuyas
le confesáis por padre.

No cesen vuestras lenguas,
ni en ellas jamás falten
agradecidas voces,
que su alabanza ensalcen.

Espíritus hermosos
que a Dios servís de pajes,
mil veces bendicidle,
desde el querub, al ángel.
Esféricos zafiros,
haced, para alabarle,
vuestras estrellas lenguas,
será luz su lenguaje.
Orbe que el culto oprimes,
pisando los pilares
del claro primer móvil
y en él dilatas mares,
modula sus corrientes,
porque sin fin le canten
loores infinitos,
sus cursos y raudales.
Cuantas del sol alumnas
tiráis lúcidos gajes,
virtudes, influencias,
ya fijas o ya errantes,
formad capilla todas,
y echando amor compases,
cantad a Dios motetes,

ya agudos y ya graves.
Nubes que, concibiendo
vapor en vez de sangre,
para vestir la tierra
parís fertilidades,
bendigan vuestras lluvias
(pues os blasonan madres)
a Dios que las engendra,
porque la sed no abrase.
Bendígale el rocío,
cuando la aurora sale,
mezclando entre claveles,
aljófara con granates.
Bendíganle, en su esfera,
espíritus, que en aire,
respiración del orbe,
recrean los mortales.
El elemento virgen,
que, todo oro, en plumajes
flamígeros se encubra,
Apeles de celajes,
su artífice bendiga,
con el calor que nace
de su eficiencia pura,

ministro inseparable.

Bendígale el invierno,

del año tierno infante,

con el adusto estío,

que el día hace gigante.

La escarcha le bendiga,

que de la yerba frágil,

platea las guedejas,

si enanas, agradables.

Bendígale el granizo,

cuando en las tempestades

son balas de las nubes,

que asombran los mortales.

Bendíganle los yelos

y el frío, cuando cuaje

las fuentes con viriles

que imiten los cristales.

Bendíganle las nieves,

tareas y jornales

que, hilando el cielo a copos,

visten cerros y valles.

Bendíganle las noches,

obsequias funerales

del sol, que en ellas muere,

cuando el descanso nace.

Bendíganle los días,

que armónicos aplauden

las aves lisonjeras,

si a ver su esplendor salen.

La luz y las tinieblas,

opuestos inmortales,

a Dios bendigan siempre

en sus enemistades.

Bendígale la tierra,

sus yerbas y metales,

desiertos, poblaciones,

brutos irracionales.

Los montes le bendigan,

los cerros arrogantes,

que al sol primero hospedan,

porque de luz los bañe;

cuantas especies crían

vivientes vegetales,

a Dios su jardinero

eternamente alaben.

Bendíganle las fuentes

risueñas y brillantes,

que retozando arenas
del campo son juglares.
Bendíganle, amorosos,
los piélagos de sales,
que, a usura, ferian ríos,
porque en almíbar paguen;
gigante la ballena,
del mar monte portátil,
la inmensidad de peces
que pueblan manantiales.
Bendigan a Dios todos,
las fieras y las aves,
las simples siempre ovejas,
los brutos formidables.
Los hijos de los hombres,
que Dios crió a su imagen,
del escogido pueblo las tribus y linajes.
Los sacerdotes limpios,
los que servirle saben,
las almas de los justos,
los santos, los suaves
de corazón y humildes,
que ignoran los disfraces

con que el engaño torpe
afecta santidades.

Bendígale Ananías,
mil himnos le consagren
Azarías, Misael,
pues ya, refrigerantes,
aunque a la muerte pese,
las llamas que, voraces,
a Tecla acometían,
sus pies agora lamen.

Confiese el universo,
de nuestro Dios bondades
piadosas y, a su nombre,
misericordias cante.

Al que es Dios de los dioses,
que pisa majestades,
festejen religiosos,
en templos y en altares.

Ya la paloma suya
que sube a desposarse,
y el fuego vuelto en flores,
le sirve de telares,
epitalamios tiernos,
en coros inmortales,

aplaudan serafines

porque en su amor la abrasen.

Así sabe Dios mejorar deleites en los que, por su amor, menosprecian los caducos. Persuádase el engolfado en esto, que si por ignorar aquéllos, juzga que le vende los suyos el cielo caros, se engaña ciegamente. Porque, dado que en la corteza asombren las obligaciones del perfecto, tiene tanta suavidad en lo interior, que a gustar una mínima gota de aquel néctar celeste, le amargarán como acíbar los más apetecidos del suelo. Penitencias, ayunos y toda la munición que con el alma combate el reino que padece fuerza, son gigantes de danza, que asombrando a los simples, regocijan al experimentado. Si Sansón huyera el acometimiento del león palestino, temblárale después, aun soñado. Luchó con él, y al primero traspie, sus quijadas rotas, fueron trofeos de su osadía nazarena. Murió acometido, y halló a la vuelta el acometedor ser comida sabrosa el que voraz no perdonaba viviente, abejas sus colmillos, colmena su boca y panal almibarado su centro. Cera y miel le administró el más atrevido bruto, aquélla para que con su luz no se descaminase, la otra para que con su alimento no desfalleciese. ¡Qué hermoso símbolo de los trabajos y martirios!; en la perspectiva, la vida rigurosa

que escogen, león que asombra; en lo interior, miel y luz que encamina y alimenta experimentada. No permanecen las frutas que carecen de cáscara durable, en cuyo presidio se defiendan del tiempo sus médulas. Qué penitente se nos muestra la nuez, vestida del coselete duro de su superficie, encarcelado su huésped y oprimido entre los nichos de sus alojamientos, pero rotos éstos, ¡qué sabrosa, qué suave! Comparo yo los deleites caducos al dátil, los espirituales a la almendra, aquél sujeto a fácil corrupción, y tan costoso a su dueño que ha de esperar cien años la cosecha de su fruto fastidioso, y cuando alcanzado quiere regalarse con él, a cuatro dátiles se empalaga; tan inútil en el uso de la medicina, que sólo aprovecha para cáusticos y quemazones; oro en la apariencia, panal en el hueso, pero puertas adentro de sus carnes, una alma empedernida, un gusto insípido y rebelde. La almendra, al contrario, porque no la tengan por hipócrita, cubre su penitente arnés de una sobrevista verde que recrea a quien la mira; debajo de ella un alcázar tan defendido, un monasterio tan observante en la guarda de la pureza cándida de quien le habita, que ni la ponzoñosa araña, ni el gusano taladrador la empece; siempre nevada, siempre sabrosa, ¡qué tierna, qué útil para todo regalo! ¿Qué plato no sazona?, ¿en qué conserva no entra?, ¿qué medicina no suaviza?, ¿a qué enfermo no recrea? Hasta su aceite, oro potable, hermosea cabellos y desvanece dolores; tan liberal, tan limosnera, que su planta hermosa se pone a peligro de las reguridades del marzo, por adelantarnos en sus flores

las primicias de sus frutos, primera en licencias en el grado
dotoral y borla de las primaveras. Anhele el profano por los dátiles
del mundo, que se crían mal y tarde en los arenales secos de los
vicios, que a breve plazo su dulce empalagoso le ampollará la boca y
su médula le quebrará los dientes, si ahondando en ellos llega hasta
su centro. Posea el sabio las almendras sazoadas, con que el cielo
le hace el plato, que si a costa de sudores y trabajos venciere lo
difícil de su apariencia, a pocos lances hallará maná divino, que le
sepa a todo deleite para el alma, redundando de ella medras
inefables para el cuerpo (pues éstos, tal vez en esta vida de la
suerte que en la eterna, tiran gajes de resplandor y acostamientos
de gustos, derivados del dueño a quien hospedaron). Y verifique esta
verdad cristiana nuestra virgen, que en la carroza de oro de sus
llamas, encubierta entre las cortinas de sus esplendores, después
que torbellinos, rayos y terremotos despejaron seguridades y
expelieron peligros, aplaudida de músicas angélicas, se halló fuera
de su madrastra patria, vestida de su primero adorno, laureada por
invencible, obedecida del monarca de los elementos y esposa del que,
siéndolo de todo lo posible, la previno inmortales posesiones.
Sola se halló la virgen apostólica (así la llama en diversas
partes de su vida el gran Basilio de Seleucia su devoto coronista),
a breve distancia de su ingrata ciudad (si es bien decir que se
hallaba sola, quien llevaba en el alma toda la corte celeste en

compañía de su inmortal esposo) y guiada de sus amorosos impulsos, seguía su deseado apóstol, para congratularse con él y hacer más festivo el triunfo de sus hazañas. Ignoraba dónde le hallase, pero enseñáronle el camino dos de los discípulos de su maestro que, en compañía de su huésped Onesíforo y otros muchos catecúmenos, escogió por alojamiento la estrecha y escondida capacidad de un sepulcro antiguo, que en aquel desierto aseguraba a los que, cuerdos, juzgaban por menos intratables los cadáveres horrendos que la compañía de los vivos, siempre perseguidores de las virtudes. Disimulados, pues, éstos, iban a Iconio a comprar el sustento necesario para Pablo y sus consortes. Festivo encuentro para unos y otros fue el hallarse juntos, que celebraron con alabanzas religiosas, en acción de gracias a la omnipotencia vencedora que asistió a su cándida virgen. Dio, en fin, el uno de los dos ministros de Onesíforo la vuelta, guiando a nuestra mártir al sepulcro referido, y el compañero entró en la ciudad por la provisión que quedó a su cargo. Halló, pues, Tecla al venerable apóstol postrado en tierra, que con lágrimas fogosas, Moisés segundo, mientras su discípula vitoriosa peleaba a imitación de Josué venciendo amalequitas, impetraba socorros celestiales que sacasen triunfadora su fortaleza. Llamóle la enamorada virgen y, guarneciéndole los pies de aljófares derretidos, cantó festiva toda, de esta suerte:

Inmenso incircumscripto,
Criador de cuanto vive,
de cuanto ser recibe,
Dios solo, y infinito;
tú que siempre bendito,
Rey de reyes te llamas,
y entre apacibles llamas
de tu amoroso abismo,
engendras en ti mismo
la semejanza que amas.
Tú que, virgen fecundo,
de tu naturaleza
contemplas la belleza
por quien formaste el mundo;
y siempre en su profundo
océano ocupado,
das vida a tu traslado,
porque tu ser le cuadre,
tú que su padre y madre
le engendras, no engendrado.
Tú sólo la violencia
flamígera templaste,

y en ella atropellaste
la idólatra inclemencia,
mi virgen inocencia,
por ti fue defendida,
y, la opinión fallida
de mis perseguidores,
en tálamo de flores
cobró segunda vida.

Mil gracias te dedico,
mil himnos te consagro;
porque con tal milagro,
mis dichas multiplico;
tu nombre santifico,
porque su luz me guía,
a Pablo, en quien confía
la fe de mis amores,
pues él en mis errores
es norte, es sol, es día.

Por él tengo noticia
de tu inmutable imperio;
por él del cautiverio
salí de la malicia;
por él en tu milicia,
vitorias he cantado,

que tu laurel me han dado;
por él sé la grandeza
de tu imperial Alteza,
de tu infinito estado.
Por él, humilde, adoro
una deidad sencilla,
del cielo maravilla,
de nuestra fe tesoro;
gozosa me enamoro,
al paso que me espanto,
de que en misterio tanto,
alumbre mi ignorancia
una sola sustancia
en un Trisagio santo.
En tres supuestos vivos,
un ser de eterno fruto,
un Dios solo absoluto,
y tres los relativos;
misterios excesivos
que en tres personas vea
mi fe sola una idea,
un poder solamente,
un querer, una fuente

que sola a tres recrea.

Por él sé las grandezas,

que humano Dios blasona

con sola una persona,

y dos naturalezas.

Divinas sutilezas,

alma, con que te asombres,

pues nace con dos nombres,

ya en tiempo, ya sin tiempo,

por ser su pasatiempo

los hijos de los hombres.

De la paloma tierna

por él sé la eficacia,

océano de gracia,

amor de llama eterna;

correspondencia interna,

que sin cesar procede,

del Padre (a quien no cede

ventaja) y del concepto,

que es hijo, más no efecto,

y tanto como él puede.

Por él, el oportuno

logro, conozco y veo,

que por la fe poseo,

pues da ciento por uno;
sin ella no hay alguno
que pueda por sí mismo
librarse, y que al abismo
no pague mortal censo;
porque en su golfo inmenso,
la tabla es el bautismo.
Por Pablo, en fin, divino,
guiado el pensamiento,
llegué al conocimiento
de Dios, único y trino;
él me allanó el camino
para pasar segura
a la inmortal ventura,
donde he de poseerle;
porque el obedecerle
es la mayor usura.

No hallará la pluma exageración que lo sea para significar el
júbilo y el alborozo con que el alma de Pablo bañada de regocijo, y
los ojos de la oración, gratuló a Tecla, dándole los plácemes

festivos de su vitoria. ¿Qué gracias no rindió al autor eterno de tanto prodigio? Ensalzó su nombre, su bondad, su mansedumbre, su poder, su sabiduría; congratulóse con los cielos, por la fertilidad de tal cosecha; dio por bien empleados los trabajos y persecuciones padecidos a causa suya en Iconio, profetizando la espiga de cuyos granos se colmasen los graneros celestes. Intitulábala virgen, mártir, apóstol, evangelista y otros infinitos atributos, dignos todos de su invencible merecimiento.

Participó Onesíforo de este general contento, participóle su familia, participáronle hasta los cadáveres de aquel sepulcro, pues el lugar que por su causa era horrible, ya por la asistencia de Tecla y Pablo, fragante y deleitoso, se convertía en tálamo de túmulo; volvió con la provisión que fue a buscar a Iconio el fiel ministro, sentáronse los convidados milagrosos sobre tapetes que les matizó Amaltea, comieron, no prodigalidades de la gula, sainetes sí de la necesidad, apetitosos a la abstinencia: legumbres fáciles y sabrosas, pan grosero, pero sano, agua casta y apacible. Pero lo que le faltó a aquel banquete de artificios y guisados, con que se anima la torpeza, lo suplió el gozo espiritual del triunfo conseguido; porque más sazona el alegría que las especies aromáticas y la sutileza del mejor adulator del apetito. No hubo manteles que se levantasen, que, como eran de flores, quedóse el huésped (digo el prado), con ellos. Reiteraron gracias a su Dios y, fenecidas, dijo la virgen mártir a su maestro apóstol:

-Dos libertades he conseguido, carísimo Pablo, por tu causa: la principal, que es la del espíritu (hasta agora derrotado por los contagiosos piélagos de la idolatría); la accesoria (que es la del cuerpo), obedecido y respetado (mediante la integridad que consagré a mi esposo) del más absoluto y inexorable elemento. No bastan los principios felices de una acción loable, si no se proporcionan con ellos los medios para conseguir mejores fines. Yo y sin ti, en ciudad tan impía y mi perseguidora, ¿qué esperaré de su asistencia?, ¿qué de los que la habitan, mujer sola, y tan ocasionable la que los profanos llaman hermosura, y es en mí aborrecimiento? Sólo un remedio se me ofrece (y, si no me engaño, por celestial impulso de mi determinación escogido), y es que, cortándome el cabello (lazo engañoso de simplicidades torpes), huyamos los riesgos a que ocasionan los que en ellos solicitan su mismo arrepentimiento, y en tu segura compañía, con traje varonil disimulada, será fácil excusar los escollos de este mar todo bajíos, que a tan pocas honestidades permiten navegación tranquila.

-Aprobara -respondió el apóstol- tu resolución loable, si no temiera, de la belleza que te hace peligrosa y la facilidad con que la juventud se desenfrena, el arriesgarme a una persecución continua, librada en tu edad ocasionada y en la poca resistencia de la mocedad traviesa. Repara, discursiva, en que no añadamos exámenes segundos, que arriesguen tu virginal constancia, quizá más

peligrosos que los primeros, en que, vencida la fragilidad leve de tu sexo (aun en los varones constantes peligroso) des en tierra con la primer vitoria, vituperándola la pusilanimidad de tu naturaleza. Principalmente, novel en esta milicia y apenas suelta de los estrechos retiros de tu casa y recogimiento.

-Las llamas, Pablo mío -respondió la virgen-, ya que con los auxilios de mi esposo no me ofendieron, por lo menos abrasaron todo género de temor y cobardía. Transformada estoy en el mismo que me escogió sin méritos, siendo tú el tercero, para el tálamo virgíneo de sus eternos brazos. No temo, no recelo, pues quien me sacó vitoriosa de las hambrientas llamas, me conservará invencible de las contingencias adversarias que se me opongan. Armas llevo en la cruz siempre triunfante; empresa es de mi dueño, ¿qué amenazas?, ¿qué desdichas pueden acobardarme? Yo peleando en la palestra, tú mi padrino animándome a la vista, tú mi maestro, yo tu discípula, opóngase el infierno, que ya le desafío.

-A tan heroico espíritu -respondió el apóstol- tú, doncella flaca, y yo varón con cargo de alentar flaquezas, desmintiría mis obligaciones, si no me conformase con tu resolución cristiana; Dios, sin duda, habla en tu lengua, prosigue deseos y ejecuta propósitos: serás nuestra compañera. Aumentará tu esfuerzo la gracia bautismal que en breve te prometo, con cuyo patrocinio, si catecúmena venciste, cristiana triunfarás, coronando laureles inmortales tu fe inexpugnable, tu esperanza segura, tu caridad perfeta, que nos

sacarán felices de cualquier naufragio.

Regocijose Tecla todo lo imaginable con tan benévola permisión, aprobóla Onesíforo, y haciendo traer vestidos varoniles que la deslumbrasen de su misma naturaleza, los dos ya en el camino, y despedidos de ellos el piadoso huésped y sus criados, éstos se volvieron a Iconio y, los dos santos, siguiendo el norte del espíritu divino, guiaron a la populosa metrópoli de Siria, célebre con el blasón cristiano que en ella tuvo principio, mucho más que con el que le dejó en propiedad su fundador monarca, llamándola Antioquía. Algunos días antes que el vaso de elección, Pablo, santificase con su presencia la ciudad dicha, llegó a ella Alejandro que, como patria suya, y el primero de ella, le esperaba, honrándose en honralle con la principal toga de su gobierno. Porque, dado caso que la florida edad que gozaba parece que le excluía de la judicatura (nunca tan autorizada como cuando la califican canas), suplían en él este defeto, letras, discreción, sangre, hacienda y el común aplauso con que Antioquía le veneraba casi por su príncipe. Acetó la plaza, más por divertirse con sus ocupadas asistencias del riguroso desvelo de sus imaginaciones, lastimadas con el trágico, a su parecer, suceso de su prenda, que por ambición que le desordenase la noble modestia de su templanza. Ejerció su oficio, pero no fue bastante, ni el hechizo del mandar tanta república (siendo así que el imperio desvanece los más considerados), ni la ocupación de

negocios tan diversos, a que acudía tanto causídico, tanto querelloso, lisonjero tanto, a que la ausencia se alabase haber en él disminuido un punto sus desvelos (que cuando amor de veras se aposeiona de un espíritu y pasa de lo imperfecto sensitivo a lo sutil y acendrado de lo inmaterial, ni distancias de regiones, ni imposibles de la muerte desbaratan la imagen que imprimió con caracteres de fuego en el alma del amante).

Un día, pues que, entre otros, acompañado de lo más válido de su tribunal, gozaba, a la principal puerta de aquella augusta república, la frescura del viento por la tarde (necesario todo para templar el ahogo de sus imaginaciones), más suspenso en ellas que nunca, y deleitándolas con el apacible retrato de Tecla, que en su memoria parecía, más origen que traslado, trocó en los ojos el traslado por el origen, viendo delante de ellos, que en traje de peregrino, si aliñado, humilde, acompañaba a su divino apóstol, más ufana al lado suyo que sobre el trono del augusto imperio. Iban los dos a entrar en Antioquía, pero apenas se permitió Tecla a los ojos de Alejandro, puesto que a su parecer bastantemente oculto el oro de su belleza, entre las fundas de su esclavina, rayo penetrativo en los sentidos de su amante, cuando, absorto en su contemplación, ni le perdonó potencia, ni privilegió acción vital que no le transformase en nueva llama. Cogióle desapercibido: llorábala holocausto el cuerpo, estrella el alma, habitadora eterna de la esfera más sublime. No es maravilla que ímpetus no prevenidos

descuidasen la prudencia, arrojándose con la propensión de la voluntad a lo que no pudo impedir el entendimiento: yedra enamorada de su cuello, le echó los brazos, desacreditando acción tan inconsiderada su hasta allí célebre compostura. Y Tecla, que advirtió entonces cuán poco disimulan disfraces contra la transcendencia de un amor furioso, viéndose oprimida entre los aborrecibles nudos del descompuesto joven, rasgándole las ropas consulares y derribándole al suelo la diadema (que como insignia de su casi real ministerio le adornaba), varonil defensora de su honor intacto, hiriendo y maltratando con sus virgíneas manos al descortés saltador de su pureza, dio voces animosa, convocando multitud de ciudadanos, a quienes, encendida en virtuosa indignación, dijo lo siguiente:

-¡Oh qué hazaña, antioquenos, tan digna de la majestad que vuestra república blasona! Desenfrenadas tiranías os darán inmortalidad que las demás envidien. Violentas opresiones os harán eternamente célebres, lascivos asaltos calificarán vuestra nobleza; creía yo que, amparándome de vuestros ciudadanos, como asilos de la modestia, madre Antioquía de la hospitalidad, refugio de los peregrinos, olvidarían mis persecuciones pasados riesgos. Y veo, por experiencia, que se me convierten en lascivos y torpes atrevimientos. Y, ¿dónde?, no por cierto entre los riscos y selvas, ocasionadores a insultos ilícitos, sino a las puertas mismas de la

metrópoli del Asia, de la legisladora de toda Grecia. ¿Parécenos ciudadanos, que aunque extranjera y sola, me falta patria que me venga? Populoso Iconio me reconoce por hija, su nobleza por ilustre, por hacendada sus posesiones; menospreciado el tálamo que con Tamíride, el más ínclito morador de sus vecinos, me solicitaba a indisolubles lazos; conservadora casta de mi preciosa integridad, me retiro por conservarla entera a vuestra sombra. Desterróme de mi casa, parientes y hacienda, la constante resolución de no manchar candidas promesas que a mi esposo he dado; éste es Christo, cuyo suave cautiverio juzgo por libertad preciosa; cuya peregrinación mendiga antepongo a caudalosos intereses de mi riqueza. ¿Será, pues, alabanza digna de vuestro hospicio, consentir que despojen desenfrenamientos a quien favor os pide, de la joya rehusada a empleos permitidos? El honor que pudiera conservarse en lícitos contratos, ¿profanarse por la infamia torpe de quien me iguala a la vileza común de la ordinaria perdición? No imagines, desatinado joven, como sospechas, que vagamunda registro provincias diferentes, codiciosa a la ganancia torpe que junta el vil deleite al estipendio. Ni el cielo lo permita, ni con tal insulto jamás mi esposo Dios consienta que, faltándole a la palabra que le dediqué de esclava eterna suya, me desacredite vergonzoso olvido. Empeños de amorosa virginidad me tienen presa en la cárcel dulce de mi esposo Christo. Pablo, apóstol suyo, que es el que alcaide de mi pureza traigo por ángel de mi guarda, salió fiador de deuda tanta.

Tiémbale como a ejecutor de la venganza omnipotente. Reverénciale como a uno de los doce jueces que han de residenciar el universo, y no desdores la generosidad ilustre que tu presencia abona con la asquerosa mancha de tal violencia en una huérfana peregrina que, a cuenta del único protector de desamparos, se fía y encomienda a la hospitalidad piadosa de esta ciudad augusta.

Esto, Y la resistencia valerosa de la invencible mártir, impidió la brutal pasión de su inconsiderado pretendiente, si no templado, impedido por lo menos, dando lugar a que, atravesándose autoridades y canas, se admirase la resolución virtuosa de una frágil peregrina, que triunfó del mayor incentivo que a su edad ocasionada pudiera ofrecerla el aprieto y la fortuna, despojos de sus plantas la púrpura y corona del más ilustre magistrado.

Obligando después tan célebre vitoria a que, a pesar del olvido, consagrarse a su nombre en aquel sitio mismo la posteridad un templo, que hasta hoy permanece, conservándose en su escultura célebre la imagen de nuestra virgen ínclita, que sirve de ejemplar a imitaciones tales.

Cuando el objeto excede, en la excelencia y actividad, a la potencia que se le descomide desproporcionada, no paga menos su atrevimiento que con privación perpetua para los ejercicios de su actividad. No diferencie la vista entre la limitada luz de las estrellas, la majestuosa del sol, atrévasele, y quedará ciega; que

lo mismo le sucedió al amor desordenado del descompuesto joven, pues sin medir con el discurso la dignidad superior que apetecía, frustrando deseos, perdió la potencia con que pudiera gobernarlos: perdió el juicio y, rematado loco, dio venganza a la envidia y lástima a la amistad. Quedó Alejandro sin seso, pero no sin osadía para ofrecer a Pablo, juzgándole usurero de aquel celestial tesoro, porque le franquease permisiones y facilitase apetitos, cuanta riqueza y intereses le propuso la esperanza y abonó la caudalosa hacienda que le tenía soberbio. Indignóse el compañero soberano del patrón de nuestra fe de suerte contra el comprador torpe de pureza tanto que, dándole la respuesta misma que Pedro al príncipe de la simonía, desapareció de sus ojos y de la ciudad presente, llevado por ministerio de ángeles a distancias remotas, para lograr el cielo más célebre la vitoria segunda de su discípula invencible, cuanto menos alentada con el patrocinio de su evangélico maestro. Desatinado, pues, Alejandro de todo punto y acabando de despedazar las reliquias de las ropas que perdonó la defensa virgen, dando voces destempladas contra el uno y otro, y lastimosa compasión a gente innumerable que le asistía, dijo de este modo:

¿Vosotros sois los que en Asia
blasonáis nombres eternos,
y con hazañas augustas

al macedónico cetro
pusistes argollas de oro?
¿Vosotros sois, antioquenos,
generosos descendientes
del que labró los cimientos
a esta ciudad, para espanto
de los romanos y griegos,
y desde el Tibre hasta el Gange,
dilató el lauro a su imperio?
No es posible, pues, cobardes,
aprobáis mi menosprecio,
y las insignias de Roma,
sufrióis pisar por el suelo,
un monstruo, una advenediza,
Circe en hechizos, que ha vuelto
contagión trágica al orbe,
y en ella todo el infierno,
para asegundar la infamia,
que la adquirió el vil veneno
con que al sarmático esposo
privó de la vida y reino;
vuestra religión profana,
y intentando hacer lo mismo

del mal logro de mis años,
en su abril la vida pierdo.
De Iconio su patria expulsa,
huye (como en otros tiempos,
desterrada del sarmata,
a fuerza de encantamientos,
oprobio del monte Lacio,
convirtiéndose en Circeo);
si en Colcos mató a su padre,
en Grecia a su madre ha muerto;
pureza virgen pregona,
y en los brazos deshonestos
de un bárbaro circunciso
los lícitos himineos
de Tamírde rehúsa,
la actividad reprimiendo,
a fuerza de invocaciones,
del más rebelde elemento.
No su hermosura os engañe
y, por guardarla respeto,
imitéis, escarmentados,
de Ulises los compañeros.
Varones de Antioquía yo me enciendo,
yo adoro juntamente y aborrezco,

yo soy volcán de llamas y de nieve,
que yelan celos lo que amor enciende.

¿No os acordáis cuando Circe

se enamoró en el estrecho

de Nápoles y Tinacria,

de Glauco, por cuyos celos

a Escila volvió en escollo,

a Escila, prodigio bello

de beldad, ya de peligros,

sepulcro de tanto leño?

Pues esta Circe segunda,

en cenizas ha resuelto,

su patria, que es más delito,

por otro Glauco, un hebreo,

cuyos infernales pactos,

cuyos conjuros blasfemos,

le traen vagando provincias,

para pervertir sus pueblos;

guardaos de ella, que arrebatá

las libertades durmiendo,

¿qué hará si despierta os mira,

quien monstruo mata entre sueños?

Yo, libre huésped de Iconio,

la vi una noche en el templo
del joven que llora Chipre,
mal logro infausto de Venus.
Sacrilego en ella amor,
quebrantó los privilegios
a su inmunidad debidos,
con mi inocencia severos;
robóme el alma en sagrado,
y agora me roba el seso;
cómplices sois de un insulto,
pues admitís los cohechos
de su hermosura cosaria,
pero ¿cuándo no torcieron
la vara de la justicia
las beldades y el dinero?
Patrocinad sus engaños,
sin compasión del incendio
con que se me abrasa el alma,
aplaudidla lisonjeros,
que pues la admitís piadosos,
yo sé que a los escarmientos,
daréis trágicos anales,
con que os infamen los tiempos.
¡Que me abraso varones, que me yelo,

fuego es amor, granizo son los celos,
ceniza y nieve soy, llamas y llanto,
muero de amor y vivo de contrarios!

Tan rabioso y desatinado furor revistió en su pecho el infernal espíritu que le vejaba que, cayéndose en el suelo desmayado y con demostraciones de difunto, fue tal el alboroto de la irritada plebe, que acometiendo de tropel a la inocente virgen, como si algún presidio fuera guarnecido de escuadrones, ya la hubieran apresurado los laureles mártires haciéndola pedazos, si no reprimieran su desatino las canas y autoridad de un venerable senador romano que aquel imperio tenía en Antioquía, para las segundas instancias y apelaciones que resultaban del magistrado común (que como natural y emparentado, muchas veces se dejaba llevar de la pasión, siendo necesario este recurso para los desvalidos y agraviados). Éste, pues, rompiendo por el insolente vulgo, y haciendo que llevasen a Alejandro a su casa, la diligencia del oro, siempre lisonjeada de médicos y amigos, cuidaron, aunque dudosos, de restaurarle la mejor potencia. Depositó entre tanto a nuestra virgen en casa de una matrona rica, virtuosa y anciana que, granjeando general veneración en Antioquía, viuda años había, lloraba entonces la falta lastimosa

de una hija sola, doncella cuerda, por extremo hermosa y por extremo obediente que, clavel sin sazón cortado, un accidente repentino la trasladó del jardín ameno de su juventud a los desiertos del olvido. Llamábase la madre lastimada Trifena, y la malograda Falconila, cuyo lugar y vacío llenó Tecla en las entrañas de la llorosa matrona, recibéndola con tan amorosos afectos que, quien los viera, juzgara, o que profetizaba las felicidades que había de interesar con su asistencia, o que en ella transformada la difunta, se la restituía el cielo para consolar irremediables sentimientos. Era en aquella ciudad Trifena tan poderosa, que no blasonaba menos generosidad su alcuña que la de los antiguos reyes de Siria, cabeza entonces de la monarquía de Asia y Grecia. Sus posesiones y riquezas tan caudalosas, que la facilitaban el blasón de madre de necesitados. Reparó agora, desde unos antepechos que salían en su casa sobre los muros, en la majestuosa entereza y apacible gravedad con que la virgen apostólica se portaba entre el descortés tumulto de tanto pueblo, cuyo alboroto la convidó a asomarse a ellos y ser testigo de la invencible resistencia que defendió lo más precioso de su hermosura, y enamorándose de sus virtudes, por la simpatía que las suyas en ella conocieron, pidió al romano senador se la fiase, consiguiéndolo su autoridad, y el deseo que el piadoso juez tenía de reducir a Tecla por su medio a su primera religión. Libróla, en fin, del plebeyo desacato, y acariciada en los brazos de Trifena, consoló ausencias de su maestro caro, si pérdidas tales podían hallar

equivalencia, en quién, después de Dios, le amaba sobre cuantas cosas había en el mundo.

Durmió aquella noche nuestra virgen (velóla, quise decir), en la contemplación regalada de su apetecido y eterno esposo; gozosa en extremo con la certidumbre de su posesión cercana, llorosa empero por la soledad de Pablo, que como medio de tanta dicha le amaba, y huérfana de su dotrina se desconsolaba no viéndole presente. No con menos desvelos, Trifena recelaba el peligro venidero que a su peregrina huésped amenazaba. Porque, entregándola absolutamente las llaves de su voluntad piadosa (ya fuese por correspondencia de constelaciones, o ya, lo que es más cierto, por disposición divina), casi no echaba menos con ella la llorada compañía de su recién difunta sucesora. Deseábala libre, y imposibilitábala estos deseos la poderosa persecución de Alejandro, por su causa loco, y lastimada la ciudad toda con la pérdida de magistrado tanto. Provocábanse contra ella sus parientes, los más válidos de su república; era casi príncipe suyo el agraviado; Tecla extraña, pobre, peregrina y con indicios de deshonesto, expulsada de su misma patria, que, degenerando de su sangre, anteponía la profesión aborrecible de una ley nueva al culto antiguo de sus dioses; desacreditábala la compañía de un hebreo, sospechado encantador, el traje licencioso con que, al parecer de todos, certificaba que quien con él desmentía su sexo, menospreciaba la castidad que le acompaña. Así entretejía durmiendo,

Trifena, temores con esperanzas, libradas éstas en Christo, a cuya ley se disponía, y aquéllos, hijos del amor de su querida encomendada (pues no le tiene quien no recela aun en peligros de menos riesgo), cuando a la media noche, ni del todo atados los sentidos a la suave coyunda del sueño, ni de tal suerte señores que con libertad juzgasen de sus objetos, se le apareció la malograda Falconila en forma lúgubre, pero no asombrosa, que la dijo:

El llanto, madre cara,
las tristezas y el luto,
y el sentimiento que tu vida acorta,
ni lástimas repara,
ni puede ser de fruto
a quien, cadáver, tu prudencia exorta;
las lágrimas reporta,
si no quieren tus penas,
que, pues no las refrenas
para común castigo,
te llore la piedad, muerta conmigo.
Mi falta sustituya
Tecla, de Christo esposa,
asombro de vitorias celestiales;
admítela hija tuya;

mejorará piadosa,
a eternos solios tus blasones reales;
fenecerán mis males,
si en fe de lo que puede
con Dios, por mí intercede,
y en su presencia diva,
merezco que en su luz mi nombre escriba.

Dijo el necesitado espíritu, y desapareciéndose instantánea ,
despertó la matrona, aplaudida de interiores esperanzas y, sin
dilatarse alivios a su difunta prenda, bañada de lágrimas gozosas,
trocó la cama por los brazos de su adoptada sucesora, refirióla el
sueño, y alcanzó su patrocinio con tan feliz afecto que, a su
instancia trocó Falconila penosas tinieblas por claridades
indeficientes, sin que otra vez su madre tributase al sentimiento
lamentables quejas por su temprana ausencia. Colijo de lo dicho, que
la dichosa socorrida murió cristiana, pues aunque la historia no lo
afirma, parece que lo supone; y supuesto que el claverero mayor de los
cielos había ya consagrado en aquella ciudad al bautismo el blasón
primero y título cristiano, con multitud de fieles, es consecuencia
forzosa el confesarlo que estaba bautizada, cuando murió, esta

doncella, pues a no ser así, pusiéramos su salvación en la misma duda que la de Trajano, patrocinada por el Magno Gregorio.

En el ínterin, pues, que esto sucedía en favor de nuestra enamorada virgen, los deudos de Alejandro y sus amigos, llorándole frenético, insistieron de modo con alegaciones mentirosas, en su venganza, que el romano senador, parte con recelo de algún popular motín, viendo dispuesta la ciudad a cualquier atrevimiento, por la ojeriza que toda mostraba a la ley que Tecla defendía, y parte por el respeto que juzgaba merecer el primero magistrado de aquella república, que según la fama general de todos, mágicamente estaba sin juicio, instigado del espíritu preciso, sentenció a la invencible mártir, por transgresora de su blasfemo culto, a que, futura presa de las fieras, festejase en el común anfiteatro a la multitud sacrílega, que ya prevenida la aguardaba. Entraron pues, y en la presencia de su segunda madre, descompuestos y atrevidos los ministros bárbaros de aquella ejecución, la despojaron de las generosas galas (adorno con que Trifena ostentaba la adopción amorosa con que la constituía su heredera) y presentándola casi desnuda, lastimoso espectáculo, al idólatra concurso, el cohecho juez presidiendo a tan inhumano sacrificio, piélagos de lágrimas Trifena en su casa, y Tecla en la palestra de su triunfo, objeto compasivo a los piadosos, si deseado a los crueles, los ojos en la esfera luminosa que apetecía, las manos elevadas y las rodillas en el suelo, constante, humilde y animosa confiada, pidió alientos a su

esposo, alivio para Trifena, gloria para su nombre, confusión para sus enemigos, fieles para su iglesia y nuevos méritos para su prometido tálamo.

No era general el aplauso de su castigo; antes bien, divididos los presentes en opiniones: los que reverenciaban la virginidad, que no eran pocos, de suerte se compadecían de la injuria de su defensora que quisieran en aquel trance arriesgar las vidas por la suya; al contrario, empero, los que temían que, introduciéndose en su república la castidad celeste, les faltase cómplices a sus deleites brutos, ensalzaban hasta las nubes a los celosos ejecutores de sus antiguas leyes, permitiéndoles premios proporcionados a la observancia de su religión lasciva; pero los cuerdos pronosticaban, de impiedad tan bárbara, calamidades míseras, que en ruina lastimosa de su república, sirviese de escarmiento trágico a los futuros siglos. Interrumpió, pues, estas encontradas altercaciones, una leona, que estimulada de la hambre y de arrojadizas flechas con que la crueldad de los vengativos la provocaba, llenó el concurso de atención y miedo, acometió con veloz carrera a la animosa mártir, y puesto que, cuando fuera menos su voracidad, el verla desnuda y tan hermosa, por natural instinto la irritada más rabioso asalto (si es verdad lo que afirman naturales, que más se enfurecen los brutos fieros contra la beldad que miran que contra los deformes que simbolizan con su fealdad silvestre) apenas extendió los vedejudos

brazos para satisfacción de sus garras y colmillos, cuando, en un instante, rendida a Tecla la princesa de los brutos, cordera la leona, lamiéndola los pies y lisonjeándola amigable, ocasionó segundas voces que en confusos ecos se contradecían diciendo a un tiempo mismo, los unos «milagro, milagro», y los otros «encantamento, encantamento», intérpretes tan opuestas aclamaciones de la contrariedad de los ánimos que les intimaban. Abrieron luego las puertas a una osa corpulenta, bruto tan poco reconocido a los humanos, que naturaleza, casi rehusándole entre las demás especies, si le permite efeto de la generación, le saca a luz tan sin ella que, informe en la figura, necesita su madre de la lengua, pincel con vida que, para dársela cabal, le perficiona. Mostró agora la propiedad indómita de su fiereza, pues sin imitar la urbana cortesía de la leona reina suya, quiso en su presencia aplaudir deseos de los que se le aventajaban en crueldad. Agravióse justamente la bestia coronada, y juzgando aquel atrevimiento por crimen de la majestad, pues ofendía el respeto con que los irracionales todos la reconocen, atajándole el apresurado curso y usando de la autoridad suprema que la naturaleza la concedió, despedezada entre sus uñas, rindió a los pies virgíneos sus despojos. No le dio lugar un león palestino a que recibiese gratulaciones de la obligada mártir, porque intentando vengar, si no al bruto castigado, a los perseguidores bárbaros de la inocencia, arrojándose a la presa, infamó su sexo, pues perdió la cortesía, que en toda especie reconoce a las hembras, el que

aventajado en la naturaleza subordina sus aceros a las fuerzas del amor con que la obliga. Salió animosa la leona protectora a la defensa, y abrazándose con él, fue tan temosa la lucha que, despedazándose el uno al otro, pudieran (a ser capaces de vituperio o alabanza) ocasionar aquélla a que la eternizaran plumas, pues perdió la vida por conservársela a la inocente hermosa, y el otro, oprobios entre escarmientos, pues porfiado murió, degenerando de la magnanimidad que entre todos los brutos le concedió su género. A lo menos, el general sentimiento de los presentes hizo esta exageración verdadera, pues, lastimándose de que tan desdichado fin premiase tan piadoso patrocinio, celebraron sus pesares con lágrimas, sin que entre todos hubiese tan endurecido pecho que no tuviese compasión a la leona, sin mostrarla por la pérdida de su contrario.

Frenéticos los deseos de la perdición de Tecla, viendo aplaudirla el cielo con los trofeos a sus pies de los ejecutores voraces de su muerte, abrieron todas las puertas a las leoneras y, dando libertad a cuantas fieras encerraban, salieron diversos brutos (aunque semejantes en la enemistad indómita que con la sangre humana tienen) y cercando a la ínclita vencedora por todas partes, prometían furiosos satisfacer crueldades de sus provocadores. Pero Tecla, apetitosa de mostrar a los espíritus beatos cuanto deseaba y si no merecer el tálamo ofrecido, por lo menos obligarle, centro cándido de tan horrible circunferencia, levantó la voz cantando:

El amor que no hace excesos,
mi Dios, no se llame amor;
hacéislos en mi favor,
decláranlos mis sucesos;
los que a las coyundas presos
de vuestro carro triunfante,
pretenden, blasón amante,
buscar arduas aventuras,
que suele llamar locuras
la opinión del ignorante.
¿Qué peligros no os afaman?
¿qué extremos?, ¿qué inconvenientes
cuando hasta vuestros parientes
furiosos de amor os llaman?
Ejemplar de cuantos aman,
enseñáis lo que cumplís;
sois Dios, y humano morís,
y cuando resucitáis,
quedándoos, mi Dios, os vais;
presente estáis y os partís.
A imitaros me provoco,
cuando vuestro exceso escucho,

mucho amor, pide amor mucho,
poco ama, quien hace poco;
si a vos os tienen por loco
los que tanto extremo ven
en vos (mi dueño, mi bien),
y para que os satisfaga,
amor con amor se paga,
llámenme loca también.
Poco hice por vos, amores,
cuando me arrojé a la pira,
pues su autoridad retira
la fuerza de sus ardores;
jardín, su incendio, de flores,
me dilataron recreos,
y aquí aumentando trofeos,
mansas las fieras voraces,
humildes me adulan paces,
nobles me premian deseos.
Hasta agora ¿qué blasón
me puede hazañosa hacer,
si al tiempo del padecer
suspendéis la ejecución?
Afectos solos, no son

méritos enamorados,
que no premia amor cuidados,
que se quedan en deseos;
obras ilustran empleos,
efectos premian soldados.
Estos os debo, éstos quiero
pagaros, puestos por obra,
no hay temor donde amor sobra,
ámoos mucho, por vos muero.
Siendo esto verdad, ¿qué espero?
atrevimientos subliman
pechos, que llamas animan
a su esfera semejantes;
temeridades amantes
son solas las que se estiman.
Servirme puede de ejemplo,
el nazareno sin ojos,
matando murió, despojos
de sí mismo le contemplo;
a las colunas del templo
se abraza, mortal estrago
de idólatras, si así pago
empeños, ¿qué hay que recele?
El mismo valor me impele,

temple mi ardor tanto lago.

Arrojóse, en diciendo esto, a un casi piélagos que, a vista del célebre, cuanto cruel coliseo, se poblaba de infinidad de monstruos marinos, como focas, cocodrilos, murenas y otras bestias acuáticas que, cebándose en los míseros ajusticiados, recreaban ánimos sangrientos en los espectáculos horrendos que, con nombre de religión, celebraba cada año aquella impiedad gentílica. Gritó a un tiempo el pueblo, todo asombrado a tan jamás imaginada osadía, juzgándola más a temeridad desesperada que a ímpetu de amor divino; porque, como idiotas en las escuelas de las finezas sobrenaturales y sin ejemplo en sus fábulas mentirosas, no supieron graduarla con las aclamaciones que merecía. Pero la virgen amorosa, haciéndose lugar con los cristalinos brazos entre los homicidas vidrios, y diciéndole a su obligado esposo: «En tu nombre, dueño único mío, me bautizo a mi misma en el último día, vísperas de mi tálamo», aguardaba, por medio de las fieras carnívoras, desembarazar el alma del terrestre hospicio y, a costa de la ruina de la casa, volar a los brazos tiernos de su esperado esposo.

No imagine, empero, el considerado que, porque la virgen hazañosa dijese que a sí misma se bautizaba, creyó por cierto ser

bastante aquella amorosa resolución para efectuar el primero sacramento, pues discípula de Pablo, y ya con ciencia infusa, no ignoraba requerirse ministro idóneo para la primera gracia bautismal y que no podía serlo una persona de sí misma. Exageración fue de su enamorado pecho, abrasábasele el incendio de su esposo, y dijo que, para templarle, determinaba darse un baño, echándose a pechos todo aquel lago. Pues la antigua y propia significación de este término bautismo no es otra cosa que baño y lavatorio, y en este sentido lo dijo nuestro enamorado eterno, en la víspera de su demostración amante otro tanto, cuando pronunció afectos con aquellas fogosas palabras del: «Todo soy deseos y ansias por darme un baño de sangre, no sé cómo me reprimo hasta ponerlo en ejecución». Ni es creíble, que compañera tantos días Tecla del divino apóstol, tan ejecutivo en los preceptos de la ley de gracia, doctor por ella de los gentiles, se descuidase de lo principal para conseguirla, defraudándole a hija por quien padeció tanto, la más necesaria diligencia. Porque aunque no lo refiere el glorioso padre san Basilio, coronista suyo, no hay dudar que lo supone por cierto. Pues de las palabras referidas sólo se deduce que las dijo la virgen laureada hablando del bautismo místico, como se advierte al margen; si ya no es que se entiendan de los dos que lo sostituyen (del bautismo digo), que llama la Iglesia de fuego, y se libra en los deseos encendidos del principal, o el de sangre, que vitorioso suple el del agua, a que se subordina.

Volviendo, pues, a la animosa enamorada, digo que, mientras

vituperaba el pueblo la acción, a su juicio frenética, celebrando lágrimas sus imaginadas sospechas, aun en los corazones más empedernidos, y apercibiéndose los marinos monstruos al banquete que voluntariosa Tecla les hacía de sí misma, su omnipotente amante, sobre manera agrado de la resolución heroica, para reciprocamente finezas, despachó de la esfera superior resplandecientes llamas que, arqueros celestes en forma de un globo lucido, cubrieron a la amorosa mártir, quitándoles a las fieras el bocado de la boca y deslumbrándolas de modo que, zambulléndose a lo íntimo de su elemento, desembarazaron el líquido teatro.

Venció la constancia, rindió el asombro a la impiedad idólatra; bastó, en efeto, milagro tanto a que unos y otros aclamasen juntos a Tecla vitoriosa, que, pisando segura las aguas (enlosadas para ella esta vez sola de zafiros y turquesas) fue recibida de vírgenes y matronas, con himnos y aplausos festivos, resolviendo en humo odoríferas aromas, con que recrearon el menor sentido, subiendo a la esfera cristalina a ganar las albricias de nuevas para sus espíritus tan alegres. Pero porque no faltase al laurel que cortó el martirio para las sienas de Tecla, hoja en que no se escribiesen, con letras de oro, triunfos que, distintos en número, la gratulasen célebre en especie, apenas se había librado del piélago verdugo, cuando la ataron de pies y manos a la cerviz indómita de un toro agarrochado que, vestido de fuego contagioso y artificial, cada cohete espuela

que le acrecentaba furias, echaron el resto a la sacrílega rabia de su venganza, creyendo con esta diligencia última desvanecer vitorias, que infamaban con nombre de encantamientos. Pero, atreviéndose el fuego a su materia, se consumió en breve a sí mismo, llevándose de camino la vida al bruto y, convertidas en cenizas las coyundas, quedó Tecla sin lesión, ni muestras de haberla recelado, confusos y rendidos sus perseguidores, regocijados y satisfechos los que lloraban su peligro.

Ensalzó el clamor universal de unos y otros, hasta los cielos, tal prodigio, y habiéndose hecho traer en una litera la piadosa Trifena, casi despulsada, por ver si su presencia augusta movía a respeto y cortesía lo que no pudo la inocencia y hermosura; presente también Alejandro, y recobrado, si no en todo, a lo menos en parte el juicio, que sugerencias infernales le desbarataban, temió el juez el verse citado al tribunal de Roma por Trifena que, deuda íntima del augusto, refiriéndole la bárbara ejecución de su injusticia, lo menos mal que podía sucederle era quedar privado de la judicatura, la hacienda y la fama. Temió lo mismo Alejandro, autor principal de tanto insulto, y vuelto casi a su primer sosiego, tuvo en el lugar acostumbrado la urbanidad primera; en efeto, el arrepentimiento y el temor le obligaron a que se postrase a los pies del romano procónsul y le dijese:

-Ya integérrimo juez, te constan los tormentos que en el alma, perdida su mayor potencia, y en el cuerpo, con mortales desmayos

maltratado, he padecido, a causa de ésta que, dudoso de llamarla mujer, o genio perseguidor, o deidad en humana hermosura transformada, dificulta el nombre que la convenga. Porque si la juzgo mujer, será forzoso atribuirla mágicos prestigios y invocaciones hechiceras, con cuyo medio se libra de los más voraces brutos y más rebeldes elementos. Si genio, o diosa, temo que, habiéndola ofendido mi ignorancia, no pase mi desdicha a la pena que merece la malicia. Séase, en fin, o uno, o lo otro o todo junto, destiérrese de nuestra jurisdicción; esperaré, no viéndola, la medicina perezosa de la ausencia.

Experimenten otras repúblicas, si en la nuestra no escarmientan, si es diva celeste o furia condenada que despacha el infierno para despoblar el mundo. Repara, ¡oh juez!, en que toda nuestra ciudad, llorosa, tiembla el castigo que la amenaza. Si Trifena, consanguínea y respetada de nuestro César, por la pena que siente en ésta, no sé si encantadora, nos desmayase con su muerte, la nuestra es indubitable, porque faltándonos Trifena por esta causa, y constándonos de la severidad del emperador, ya yo me cuento por perdido, nuestra ciudad por asolada y a ti por ejemplo lastimoso a los sucesos trágicos. Sólo hay un remedio con que excusar nuestra ruina, que es la conservación de nuestra venerable matrona y la expulsión de quien, ocasionando sus sentimientos, ha de ser oprobio eterno de Antioquía, permaneciendo en ella.

No le pudieron hablar más al alma sus mismos deseos, que al procónsul el temeroso Alejandro. Abrazóle agradecido y, aprobando su proposición, hizo traer a Tecla, que adornada de vitoriosas galas, en compañía de su segunda madre, cercada de vírgenes ilustres, cantándola gratulaciones, la coronaron de las hojas castas de la planta ninfa; a la cual, con risueño semblante, después de tener noticia de su patria, su nobleza y profesión, convocando los nobles y patricios, sobre el trono de su judicatura, les propuso lo siguiente:

-Testigos sois, varones de Antioquía, de que, fiscalizando la causa de esta peregrina virgen los domésticos y más parcia les de Alejandro, he excedido, por persuasiones tuyas, del límite de nuestras leyes (confieso en esta parte la acepción que de personas hice). Ya os consta del suceso de ellas; sirva en abono de su inocencia la conclusión de todas. ¿Para qué más testimonio que la acredite, que los milagros con que atónitos la aplaudimos? ¿Dónde hubo satisfacción más evidente de su virtud cándida, que el rendimiento a sus pies de las fieras y los elementos? Magistrados superiores, ese piélagos, esos leones, esas focas y los demás monstruos verdugos de nuestra naturaleza, la dan por libre. Y lo que más asombra, sobrenaturales auxilios, condenando nuestras severidades, la pregonan inocente. ¿Habrá quien se oponga a su pureza, cuando las deidades la amparan y con prodigios favorables defienden la integridad de sus costumbres, la generosidad de su

prosapia y la reverencia debida a las virgíneas y siempre
respetables excelencias de la hermosura noble? ¿Cómo se arrojará a
desdorar prodigios, quien asombrado ha visto lisonjear con lenguas
los vitoriosos pies de una doncella frágil a los más inhumanos
opuestos de nuestra vida? Cadáveres a sus plantas pregonan mudos,
encomios dignos de honestidad tan célebre. Díganlo los que más
oficiosos en la perdición de esta virgen hazañosa, rindieron sus
afectos a la invencible certidumbre de su inocencia, y después, con
aplausos asombrosos, celebraron, a su pesar, lo admirable de
excelencia tanta. Encarezca Antioquía la felicidad que medra con el
ejemplar púdico de esta milagrosa hermosura, que imiten desde aquí
adelante sus hijas generosas y, reverenciándola por maestra y
tutelar, conserven en su nombre la pureza de su sangre. No temas,
pues, oh virgen laureada; postraste con la vitoria presente
adversidades futuras que, reconociéndote invencible, te rinden las
armas. Ni nos agradezcas la libertad, que tú te has redimido, pues a
más no poder, te blasonamos triunfadora. Lustra provincias, canta
vitorias, honra patrias ajenas, usa del imperioso dominio que sobre
los mortales te concedieron las esferas superiores, y pueda más
contigo la ínclita piedad de tu alma generosa que nuestro
atrevimiento, para que nos aplaques propicio al Dios que adoras y no
conocemos, aunque lo deseamos.

Nunca se aplaudió menos lisonjeado, ni más agradecido decreto

judicial que agora. Concursos de vírgenes festivas llevaron en brazos por las principales plazas a la princesa suya, vitoreada al paso que perseguida. Recibióla Trifena, no menos asustada de gozo que lo estuvo en su peligro; las mismas lágrimas que derramó el pesar, trocando efectos, prodigalizó el placer (que éstas, equívocas, sirven neutrales a dos pasiones tan contrarias). ¡Qué de abrazos de madre!, ¡qué de besos de amiga!, ¡qué de parabienes de santa!, ¡qué de gratulaciones de suerte, hicieron felice aquel día, en sus principios y medios tan infausto! Pero lo que sobre todo colmó la prosperidad de aquella casa, fue el quedar, por manos de la virgen apostólica, consagrada en iglesia, sus habitantes cristianos, sus vecinos católicos, sus enemigos confusos, su predicadora venerada, y Christo, su omnipotente esposo, por Dios reconocido.

Llegado había Tecla al extremo de la felicidad humana y, si codiciara dichas caducas, pudiera cantar con el mayor profeta: «Pasé por los exámenes del fuego y del agua y sacóme mi esposo, libre, al refrigerio de la mayor prosperidad que adquirió mujer en aquellos siglos». Oráculo la reverenciaba toda Antioquía, sucesora de Trifena poseía riquezas innumerables, coadjutora de Pablo le restituía al cielo la mejor ciudad de Siria, blasón apostólico la eternizaba, predicadora de la doctrina que la medró vitorias tantas. ¿Qué podía desear que no poseyese? Pero como amor es fuego, y éste (el más inquieto de los elementos) no sabe sosegar ausente de su esfera,

estándolo Tecla de Pablo, los regalos la atormentaban, las alabanzas la consumían, sólo las memorias de su carísimo maestro eran sus delicias y para hacerlas mayores con su presencia, se determinó, asegurando peregrinaciones, buscarle, hasta que inseparable sombra suya le siguiese, recreando con su vista el alma sin ella triste.

Pudiera atribuirse a sí misma, si afectara presunciones, la gloria de tan milagrosos prodigios, pero al paso humilde que triunfante, juzgaba debérsele al doctor divino toda la palma de ellos, como principal causa de su constancia, su fe y su vitoria, y deseábale la alabanza de todos, como grano de trigo que siembra el labrador; pues aunque éste por sí mismo fructifica, con todo eso, paga agradecido a quien le sazónó fertilidades y dispuso la tierra, retornándole colmos abundantes, como a principal agente de su fecundidad. Así, nuestra virgen, por no defraudarle su cosecha, anhelaba hasta restituírsela. Estos desvelos pudieron tanto con ella que, informada de que Pablo entonces asistía en la ciudad de Mitrea (cabeza de Licia, la más ínclita y amena población de sus comarcas), sin dificultarle ejecuciones la distancia no pequeña, que así por mar como por tierra las dividía, cerró los ojos a peligros y los oídos a ruegos de Trifena, y volviéndose al traje varonil primero, acompañada de dos criados confidentes de su adoptiva madre, atravesó países, venció golfos y últimamente llegó a la deseada presencia de su preceptor santo, que, ejerciendo su evangélico cargo, predicaba a

una casi multitud de discípulos que en Licia reconocían la seguridad dichosa de su celestial doctrina.

Apenas, pues, disfrazada mártir, se permitió a los ojos del religioso concurso, cuando, poniéndolos todos en su belleza virgen, llenos de casta admiración, pasmaron viéndola, ocasionando casi lo mismo tanta novedad en el doctor divino. Porque, recelando que renovase riesgos y ocasionase su hermosura en algunos de los presentes a lo que sugestión tan poderosa experimentó en Antioquía y en Iconio, no sé si afirme que a los primeros movimientos le pesó de verla. Apartóla al instante el vaso de elección y, en lugar seguro, informándose largamente de sus sucesos, supo los felices de Antioquía, causándole a un tiempo admiración y gozo la tolerancia, la continencia y valor varonil que la gracia amorosa de su dueño omnipotente la comunicó para sacarla triunfadora célebre. Dióselas Pablo con lágrimas festivas, recomendóle la conservación en la suya de Trifena y preguntóla finalmente la ocasión de tan impensada venida, sintiendo, con tácita demostración, el peligroso ímpetu que le traía, a ocasionar liviandades juveniles en apetitos ociosos. Satisfízole Tecla con el poder de los impulsos superiores, que sin ser sus fuerzas bastantes a reprimirlos, la arrebatában al primer móvil de sus deseos. Pues pareciera género de ingratitude si efectos tan portentosos no se los atribuyese, como a causa total de sus felicidades, la inefable luz que por su medio ilustraba ya su entendimiento y la hacía capaz de secretos no posibles a discursos

sólo naturales.

-Por ti -proseguía-, maestro mío, conozco el misterio inagotable de la Trinidad beatífica, la unidad divina, con la multiplicidad de sus personas. Por ti, la asombrosa fuerza del amor con que el engendrado ab eterno, en tiempo engendrado en la oficina intacta de su fecunda virgen, se hizo hombre; su vida, sus milagros, su predicación y misterios desde la cuna pesebre, hasta el sepulcro, como su madre, virgen. Su resurrección triunfante, ascensión festiva, comunicación flamígera a su Colegio santo de la paloma lenguas.

Concluyendo sus palabras una confusión, si breve, milagrosa, de cuanto nuestra ley contiene. Y que para confirmarse en ella, le había importado esta tercera comunicación, deseosa de perfeccionarse en lo que la hallase defectuosa. Porque, en ausentándose de su presencia cara, determinaba restituirse a Iconio, y dando la luz de la ley eterna que profesaba, pagar por agravios beneficios.

-Ya podrá ser -decía- que asegundando riesgos, medre la corona purpúrea, que no conseguí la vez primera.

Lágrimas, fuego todas de caridad, la respondieron, y tras éstas, gloriosas alabanzas, dándola el blasón más célebre que antes o después alcanzó mujer alguna. Pues la graduó de apóstola, con facultad y privilegio para predicar la palabra evangélica por todo el mundo.

-En ti -prosiguió-, cándida virgen, sustituye el cielo mi ministerio, para que, por tu predicación, le conquistes alguna ciudad, rebelde hasta agora a su doctrina. Eternizarás de esta suerte, en láminas incorruptibles, el blasón apostólico que adquieres, y con ciencia infusa, que de parte de tu esposo Christo te prometo, cercada de despojos y vitorias, franquearás felice el tálamo que te espera.

Muchas joyas de las que le donó Trifena, distribuyó su virgen sucesora, por manos del apóstol, entre viudas, huérfanos y pobres bautizados. Pero sin comparación las que derramaron sus ojos al despedirse de su amantísimo maestro: dejóle el alma o, por mejor decir, llevósele la suya, dividiéndose los cuerpos (que las llamas de la caridad, tanto más enlazan voluntades, cuanto es más perfecto su amor, que los profanos); bañóle los pies de ellas, recibió la bendición apostólica de su mano, y diciéndole: «En tu recomendación, ¡oh norte mío!, libro los favores que de mi esposo Christo espero», guió la proa a Iconio, al cielo su esperanza y a Pablo su memoria, dejándole tan ufano del empleo que en Tecla lograron sus peligros, que mientras vivió la tuvo por primogénita y corona de sus trabajos. Entró, pues, peregrina en su patria, extraña en su naturaleza, la mártir predicadora, y anteponiendo la casa del venerable Onesíforo a las de su madre y parientes (respeto debido al santuario, que la presencia de su maestro apóstol la vinculó, pues duraban entonces y duran ahora los rayos de luz divina, que la

comunicó su católica presencia fragancias del olor suavísimo de su doctrina), besó la tierra, cielo ya, que beatificaron sus evangélicas plantas, recibíendola su dueño con el aplauso y cariño que enseña la piedad de nuestra religión a sus perfectos y tanta mártir merecía. En pláticas divinas, coloquios celestes, entretenimientos angélicos gastó Tecla con su huésped y muchos de sus condicípulos, algunos días, cabiéndole a la anciana Teoclea la mejor parte, pues reducida ya, y humilde a fuerza de tan sobrenaturales desengaños, catequizada por su hija (mejor madre en la generación de la gracia) y alistada después en la milicia de los predestinados, con el generoso carácter del bautismo, cobró, con infinitas mejoras, el ser de que tantas veces a Tecla había hecho cargo. Dejóla firme en la fe, y en su compañía copioso número de cristianos noveles. Y partiéndose a Seleucia, donde el Espíritu Santo con interiores impulsos la destinaba, se apesionó de ella por juro de heredad eterno; conquistadora primera para su esposo de aquella población insigne. Era Seleucia, entonces, la metrópoli y cabeza de toda Isauria, a quien reconocían como príncipe las ciudades célebres de aquella provincia. Yace a la entrada de sus sublimes montes, descubriendo su planicie amena al Oriente, lisonjeada del mar que, incansable enamorado suyo, combate a besos sus murallas; fértil por la cristalina comunicación del caudaloso Caligno, ya por sus campos navegable, a poder de tributos sucesivos con que arroyos, fuentes y

ríos menores se ilustran siendo sus pecheros. Ciudad, en lo populoso, competidora con las más espléndidas. Tan favorecida de noblezas, hermosuras, armas y letras, que ni en éstas reconoció a Atenas, ni en las otras a Antioquía; coronada de sierras, hermoseada de valles, salutífera en vientos, hermosa en el sitio, caudalosa en los tratos, pródiga en frutos, bañada de fuentes, recreada de baños, ilustre en vecinos, elocuente en oradores, ingeniosa en poetas, urbana en las paces, formidable en las guerras y celebrada de comarcanos y extranjeros; casi hermana, por su cercanía, de la populosa Tarso, y sólo menor que ella en una cosa, que es haber ésta merecido al segundo apóstol y conquistador primero de la infidelidad gentílica, Pablo, por hijo suyo, si no es que hasta en esto ose competirle, pues adoptada en ella nuestra mártir ínclita, si no la iguala, por lo menos la imita, naciendo Pablo en Tarso y muriendo Tecla en Seleucia.

Deleitóse, de suerte, nuestra virgen, con lo ameno del sitio y comodidad de sus comarcanas soledades que, escogiéndola por domicilio quieto de su peregrinación, se avecindó perpetua en la elevación de un monte que hacia el mediodía, ni de suerte contiguo al popular desasosiego, ni tan distante que le perdiese de vista, se dignó al desierto (imitadora de Elías en el Carmelo palestino) sin negarse a la comunicación de sus vecinos, pues no fuera a extrañárseles su apostólica maestra; antes, entre solitaria y política, consiguió con María la mejor parte, contemplando, y con

Marta diligente y solícita. Desterró con su presencia cándida tinieblas diabólicas de oráculos ridículos, venerados en aquellas cumbres, como fue el de Sarpedón (ya le entienda nuestro sagrado coronista, pontífice de la ciudad misma, por el antiguo simulacro que daba respuestas en Licia, aquel digo que Tertuliano refiere, hijo de Júpiter, muerto en Troya, su madre Europa, reverenciado por deidad en toda Grecia. Ya, como es lo cierto, fuese Júpiter, su padre, cuyo templo en Seleucia, con equívocos vaticinios, tiranizaba la religión de sus comarcas, escogiendo por cátedra de sus mentiras el precipicio desesperado de un escollo, propio tribunal de quien le ocupaba). Éste y otros sacrílegos receptáculos del condenado espíritu enmudeció la doctora evangélica. Y reducida aquella república con muchas de las circunvecinas al conocimiento de su esposo, fue, si no igual, segunda, por lo menos, a Pedro en Antioquía, a Pablo en Atenas y al mayor Evangelista en Efeso y en Patmos. Allí, doméstica del cielo, cuya desembarazada cumbre parece que afectaba cercanías angélicas, tan gozosa por la proximidad posible de su amante, luego que se desocupó de padres, deudos y posesiones (difuntas, para vivir eternas, Trifena y Teoclea), elevada en arrobos encendidos, cantó la vez primera que poseyó aquella amenidad (comprada con parte de la herencia que sus dos madres la dejaron), cisne cándido, fénix amoroso, pájaro celeste, lo que se sigue:

Esta alegre pesadumbre,
de tanto valle farol,
que, pirámide del sol,
le bebe la primer lumbre;
esta cumbre
que recrea
y enamora,
la luz que sus riscos dora
cuando el alba la platea,
hospicio apacible sea
a la quietud de mi estado,
a mi amante parasismo;
porque un pecho enamorado,
si en su abismo
deja engolfar su cuidado,
de sí mismo enamorado,
sólo se busca a sí mismo.
Éste, que en la región pura
del aire, logrando excesos,
primogénita en los besos
del sol, se los feria a usura,
más segura

que en Atenas
a sus sabios,
cátedra libre de agravios,
(pues son competencias penas)
entre sus flores amenas,
satisfaga mi deseo
en mejor filosofía,
su soledad, mi recreo;
cada día,
mientras amores empleo,
monte me sirva museo,
cielo me dé librería.
¿De qué sirve tanta suma
de tomos, ni de cuadernos,
si en el firmamento, eternos,
celebran de Dios la pluma?
No presuma
saber tanto
el que escriba,
por más que prolijo viva,
que llegue al número santo
de estrellas; pues, para espanto
de quien se atreve a imitallas,

letras son estas estrellas;
el dedo de Dios formallas
supo bellas,
y en los cielos estampallas;
si no hay quien ose contallas,
¿habrá quien ose entendellas?
Esa máquina divina,
esas esferas, ¿no son
libros de hermosa impresión,
cada cual de estampa fina?
¿No ilumina
la destreza
de su autor
imágenes de esplendor,
que alaban su sutileza?
Dígalo tanta belleza
de signos, que en laberinto
hermoso luces blasonan
y, entre esmaltes de jacinto,
perficionan
el año en meses distinto,
botones de oro en el cinto,
que cárcel del sol tachonan.
El rey cantor palestino,

ansí los cielos entiende,
pues dice que los extiende
su autor como pergamino;
peregrino
 encuadernar
su desvelo,
pues una hoja cada cielo
(siendo once) supo encerrar
una en otra, y conservar
sus pliegos iluminados
de suerte que, sin temer
riesgos (si no es en traslados),
el poder
pregonan de sus cuidados,
pues todos, siempre cerrados,
siempre se dejan leer.
De este libro me enamoro,
no de los que el bien destierran;
de este que dos polos cierran,
como manecillas de oro;
si mejoro
estudiante
de desvelos,

diré que sustento cielos,
a imitación del gigante,
que en suspensión semejante,
porque en ellos contemplaba,
fabuló la poesía,
cuando otro monte habitaba,
que podía,
sobre el hombro que alentaba,
servir a la esfera octava
de pedestal noche y día.

Cumplamos mi inclinación,
deletreemos estrellas,
por ver si, estudiosa en ellas,
logro la primer lección.

La canción

misteriosa

del Salmista,

agora en mi lengua asista,

pues nos enseña amorosa,

que la región luminosa

de esos cielos admirables,

que luz eterna blasonan,

Anfiones deleitables,

proporcionan

versos tiernos y agradables

y, alternándose incansables,

la gloria de Dios pregonan.

Lo mismo hace el firmamento,

con encomios soberanos,

porque obras de tales manos,

¿a quién no han de dar contento?

Instrumento,

luz risueña

de alegría,

una sigue y otra guía,

ésta escucha, aquélla enseña,

ciencia un día de otro día,

una noche de otra aprende,

y en continuos eslabones,

un mismo amor las enciende;

no hay lecciones

que, a quien a su ciencia atiende,

cuantas palabras comprende,

no se canten a pregones.

Limitada suficiencia,

¿dónde vais?, parad el vuelo,

para lecciones del cielo,

basta, no os doy más licencia;
de esta ciencia, tanto encierra
una palabra,
que pechos de bronce labra
y se oye en toda la tierra;
las ignorancias destierra,
y aunque sabio y generoso,
si en el sol cátedra asienta,
ni se presume ambicioso,
ni se ausenta;
antes, humilde y piadoso,
cual del tálamo el esposo,
sale y amores frecuenta.
En esta soledad sólo
le goce el amor que nuestro,
yo pupila, él mi maestro,
yo su musa y él mi Apolo.
Mauseolo le apercibo,
(si desierto),
monte en que le llore muerto,
trono en que le abrace vivo.
Vuele desde aquí excesivo,
mi afecto, fénix ardiente,
al tálamo soberano;

que de este risco eminente
al fin gano
el tenerle más cercano;
menos mal para una ausente.

En este casi paraíso vivió Tecla, oráculo celeste, apostólica
mártir, virgen predicadora, profética maestra de Seleucia. Aquí,
medicinas, fertilidades y remedios inauditos, hallaron católica
Minerva, Ceres fructífera y común refugio para Grecia toda, sin que,
a intercesiones tuyas, jamás el cielo con llave, hubiese quien de
sus pies virgíneos no se levantase socorrido. Deliquios amantes,
fogosos deseos últimamente la abrasaron de modo que, enferma de
accidentes amorosos (no los que reconocen a la humana medicina),
cedió el hospicio al huésped, la materia a la forma, la prisión al
preso, el cuerpo al alma, volando a eternos laureles, a inmortales
tálamos, a la posesión, en fin, de tres diademas, virgen, mártir y
doctora, dejándonos, en prendas de lo que nos ama, el relicario, el
camerín, la custodia de cristal de sus reliquias, para veneración en
sus devotos y abogacía en nuestras necesidades.

Templo augusto le erigió el reconocimiento, sobre la consagrada
planicie del fértil monte que, competidor del de Éfeso, a mejor

Diana dedicado, en la forma esférico y en la arquitectura coronado de columnas de brillante plata, imán de piadosos, atrae a su frecuencia cuantos por distancias prolijas peregrinan por gozarle y, visitándole, gozan indubitable patrocinio de su primera habitadora. Tanto concurso de naturales y extraños le ilustraron otros tiempos que, si primero propiciatorio breve, después ciudad mediana, escogieron su domicilio, olvidados de los propios, todos, o los más que, enfermos o vejados del espíritu blasfemo, o por devoción cristiana, viniendo de paso, se quedaban de asiento. Allí las vigiliass, las novenas, los sacrificios, las preesas y votos, que pintando por las paredes y columnas sus prodigios, mudas historias, daban voces a las posteridades para la imitación de sus loores. Innumerables son las maravillas que impetró la virgen tutelar de su poseído dueño; pero de éstas, las más notables, que eternizadas con relieves de piedras peregrinas y encajadas en las paredes sacras del templo referido, admiraban deleitando, pintaré, no todas las que el pontífice coronista su devoto refiere, sino las que el tiempo nos permita y la novedad escoja.

Remedia desesperados

Basiana, matrona noble, católica y honesta, estaba en rehenes, para seguridad de las paces que Seleucia había asentado con Cetide,

patria suya y émula de esotra. Un día, pues, de los caniculares, en que el sol con más aceros suele irritar impacencias a la sed y ahogos al aliento, apretada de una religiosa multitud que a la celebridad de nuestra virgen mártir concurría, con los dolores que vinculó a su sexo la primera golosina (porque estaba preñada), intimándola incendios la calor estiva, congojas la sed, aflicciones el aprieto de la gente, rompió por su concurso y, con frenético desatino, se arrojó en un pozo que, poco distante en el atrio del templo divino, imposibilitaba profundo y falto de instrumentos, el alivio que en sus linfas Basiana apetecía. Pero la apostólica patrona, asiéndola, al caer, de los vestidos, refrenó su temeridad y reprehendiéndola con blandura: «Dame -dijo a una, al parecer, doncella suya que la acompañaba- dame esa bacía». Púsola entonces en las manos cándidas, un vaso capacísimo de plata, lleno de oloroso y frígido licor, y mojando Tecla uno de sus divinos dedos, le tocó a la afligida desesperada, con él la frente y las sienas, restituyéndola a su primera quietud y, franqueándola el paso por entre la infinidad, la aseguró de sus congojas, sobre las gradas de su altar devoto, sacando en él al punto un hermoso infante a luz, que se llamó Modesto y, mientras vivió, asistente y servicial en el ministerio de su divina bienhechora, fue perpetuo pregonero de prodigio tanto.

Esculpía este milagro, en figuras de media talla, un retablo

vistoso al lado diestro del altar príncipe, marfil puro su materia,
y debajo de sus molduras le autorizaban unos versos griegos que,
interpretados en nuestro idioma, decían:

Impaciente en el destrozo,
del parto y la sed tirana,
loca imaginó Basiana
hallar su gozo en el pozo.
Pero socorrió su pena
Tecla, a quien favor pedía,
tanto, que vio una bacía
de misericordias llena.

Alivia celosos

Bitinio, general de la milicia romana en Grecia, y domador
belicoso de los siempre rebelados persas, divertido en hermosuras
vendibles, menospreciaba la lícita de su esposa, y ella, abrasada de
celos (si lo son los averiguados, y no desesperaciones), pedía a la
consagrada virgen ya venganzas, ya remedios; tanto pudo en fin su

instancia con Tecla que, representando a los ojos del lascivo
consorte las beldades apetecidas monstruos a su parecer horribles y
sobre manera hermosa a su compañera, le redujo al tálamo sagrado.
Estaba este socorro en frente del primero, con figuras al natural,
de bronce, testificando en la deformidad de las rivales la que en el
alma medraban sus torpezas, y al pie del marco estos versos:

A ser los celos eternos,
infiernos pudieran ser,
aunque éstos en la mujer,
algo tienen más que infiernos.
Tecla sus sombras espanta,
dando quietud a desvelos,
y pues supo curar celos,
no hizo poco, con ser santa.

Alumbra a ciegos

Criábanse, a instancia de devotos, diversas aves en los patios
del apacible santuario, como pavos, cisnes, ánades, grullas y otras
especies domésticas, que los peregrinos de Egipto y Asia dedicaban a

la virgen diva, guardándoles todos los privilegios que al templo mismo, cuyas alumnas eran. Jugaba un rapaz con ellas, que, con sola la mitad del mejor sentido y una nube en el ojo derecho, se le aclipsaba. Era por extremo hermoso, y con tal defecto sentía su madre lo mismo que los vivientes, si vieran que a los cielos se les defraudaba uno de sus dos monarcas planetas. Lloraba ésta, como quien conocía el daño de su querido fruto. Jugaba aquél, como quien ignoraba el tesoro de tal potencia. Sucedió pues, que, arrebatándole el muchacho a una de las grullas el cebo del pico, irritada, le hiriese con él el anublado ojo; dio voces el rapaz, acudió asustada su madre, y con ella todos los ministros del sagrado templo. Vieron unos y otros derramar al infante fuentes de sangre de la herida, aumentándola con infinitas lágrimas que el recelo de que se moría, derramaba. Pero convirtiéronle presto en regocijos; porque, cirujano el ave y sangrándole la nube, expelió el humor de que se causaba y se le purificó, dejándole, si no más claro, igual en perfección y vista al compañero; pararon compasiones en festines. Llamábase el muchacho Podamio y era nieto de uno de los sacerdotes de la virgen protectora (cásanse éstos en Grecia), su nombre Anatolio. Éste hizo que el pincel más primo imitase al vivo este suceso, ad perpetuam rei memoriam, y acompañábale este epigrama:

De las dos luces, la una

eclipsaba su arrebol,
viudo en un infante el sol,
porque le faltó la luna.
Y un ave a quien enemista,
tan útil hizo su enojo,
que le fue a sacar un ojo,
y se le dejó con vista.

Castiga impúdicos

Celebrábase un día la fiesta principal de nuestra santa, con el aparato y ostentación que otras veces; concurso general de naturales y extranjeros; ornamentos, músicas y sacrificios concernientes a virgen tanta. Halláronse en ella algunos amigos de Irenópolis, ciudad vecina, que, después de celebrada, quisieron profanar su culto con una cena suntuosa (porque ya la gula se ha alistado entre las ceremonias sacras y, sin ella, les parece a sus concurrentes que cualquiera festividad divina queda defectuosa). Trataban éstos, como se acostumbra, mientras comían, de diferentes materias, todas empero a propósito de la majestad festiva de aquel templo; uno ponderaba la asistencia numerosa de ilustres y plebeyos; otro lo elegante y peregrino de sus sermones; aquél la destreza invencionera de las

músicas, fuegos, danzas, arcos y altares. Mas Orencio, uno de los convidados, interrumpiéndolos dijo: «Ponderad vosotros lo que gustáredes, ya los milagros, ya la riqueza, ya la majestad del templo y su patrona, que para mí, lo más admirativo fue una hermosura monarca de esta fiesta, que a la entrada de la puerta principal me arrebató el alma por los ojos. Ojalá la virgen tan milagrosa que a unos sana, a otros redime, me permitiera dueño de belleza tanta».

Reprendieron los compañeros su sacrílego apetito, pero él, obstinado, después de levantarse los manteles y restituirse al sueño, vió encima de un augusto sitial que se elevaba sobre las aras del altar glorioso a nuestra dotora ínclita, que repartía infinidad de joyas y preseas entre los que más afectos a su culto le celebraron; puso a la postre los severos ojos en el blasfemo torpe, diciéndole: «Tú, que no apetece semejantes dádivas, y te contentas con la posesión de la que hechiza tus sentidos, goza en ella tus deseos, como me lo suplicaste». Regocijado sobre manera el bárbaro dormido, y pareciéndole que se entregaba en el desatinado empleo, que entre los demás asistía, despertó, vejado de suerte de un espíritu infernal que, sin hallar remedio en su rabiosa furia, despedazándose a sí mismo con sus manos y dientes, al fin, para escarmiento de torpezas, quedó totalmente desollado, muriendo loco, cubierto de lepra y de gusanos, con horror de los presentes y aviso a los venideros.

Todo esto retrataba la valentía de un cuadro de alabastro que,
en mitad de los muchos con que el templo se adornaba, se daba a
entender con esta letra:

Un deshonesto atropella,
por lo torpe el mayor culto,
y en pena de tanto insulto,
un demonio le desuella.

Así suele suceder,
que en esto de desollar,
poco hay que diferenciar
de un demonio a una mujer.

Conserva vírgenes

Entre la diversidad de ministros que, con ocupaciones
religiosas, tiraban gajes celestes de la veneranda virgen, sus más
íntimos eran coros cándidos de intactas hermosuras que, a imitación
de su patrona, la dedicaban sus purezas. Atreviéronse dos juventudes
desperdiciadoras de la hacienda de su príncipe (cuyos tributos
estaban a su cargo, con escándalo no pequeño de los súbditos, que

vían, sin utilidad de su señor, desperdiciarse sus sudores), al tesoro reservado para el mejor esposo, cuya depositaria era nuestra mártir apostólica, Colegio su templo de vírgenes sacras. Engañaron pues, éstos, una de ellas, no la más prudente, pero, por dicha, sí la más hermosa, que vencida de sus persuaciones, tanto como de la femenil flaqueza, quebrantando su clausura, se permitió convidar de ellos a uno de los jardines más cercanos y en él a una espléndida cena, madre ordinaria de semejantes desenvolturas. Pero Tecla ofendida, antes que propósitos llegasen a ejecuciones, embriagó los sacrílegos y redujo a la descaminada corderilla a su redil seguro, apareciéndoseles con severidad majestuosa y diciéndoles: «¿Cómo os atrevistes, impurísimos piratas, a la presa de más estima que cuantas mi patrocinio favorece? ¿A la paloma blanca, cuyos arrullos castos tanto a mi esposo deleitaban? No quedará sin castigo tanto insulto». Desapareció entonces, hallándose sin saber cómo la virgen pervertida entre sus compañeras, tan llena de lágrimas y arrepentimientos como primero de liviandades y descaminos. Despertaron después sus solicitadores impúdicos; pero tan frenéticos que, ocasionando lástimas en sus deudos y venganza en sus contrarios, tomándolos cuenta los oficiales de su rey de las rentas que administraban, temieron de suerte sus alcances, que el uno se arrojó desde la puente (paso común para el sagrado templo a los de la ciudad), en lo más profundo del navegable río; y el otro, a imitación del apóstol simoníaco, consintió a un cordel que, vengando

al cielo, diese, colgándole de un árbol, escarmientos a violadores
de bellezas consagradas.

De alabastro eran las figuras que representaban este trágico si
merecido suceso, grabadas en su extremidad estas letras:

Recámara es este encierro

de Dios, en cuyo tesoro

hay joyas, que siendo de oro,

las guarnece amor de yerro.

Que le respetes te aviso,

si este caso te acobarda;

porque es Tecla (que le guarda)

querub de este Paraíso.

Defiende huérfanos

Amigos, en la apariencia, verdaderos, fueron en Seleucia,

mientras vivió el uno, Papio y Aurelio. La semejanza de profesión,

que en ellos era militar; la de sus oficios, porque eran decuriones,

y la de sus costumbres belicosas, los intimó de suerte que, muriendo

Aurelio, dejó a su amigo el cargo y tutela de sus hijos,

entregándole su hacienda en esta confianza. Pudo en el vivo más la codicia que la amistad y, como sin escrituras ni testigos, se apoderó de todo, y por la pequeñez de sus menores éstos ignoraban su herencia, padecían huérfanos y lloraban inocentes. Fue su padre devotísimo de la piadosa mártir, y con tiernas instancias la había suplicado cuidase de aquel huérfano ganadillo, en cuya protección, apareciéndosele entre sueños al desleal correspondiente de amistad tanta, le afeó su desenfrenada codicia, su violada confidencia y el descuido de la inocente niñez de sus encomendados; desengañóle que, corriendo por su cuenta su socorro, no podía menos que volver por su derecho, castigando delitos en ofensa de sus pupilos. Hizo que despertase con el premio debido a su desconocimiento, porque no hubo parte de su cuerpo que, con temblores continuos, no se le rebelase; parecía, los breves días que vivió, a los que habiendo beneficiado el azogue, en inquietud perpetua, no dan paso adelante que no le retrocedan. Murió, en fin, y dejó ejemplos a sus vecinos, con que si amaron más desde entonces a Tecla por bienhechora, la temieron por severa contra usurpadores de los bienes de sus alumnos. Todo esto se vía entallado en un cuadro de jaspe y debajo de él este mote:

Con diferentes estilos,

Tecla pregoná escarmientos,

severa para avarientos,

piadosa para pupilos.

Este caso es ejemplar,

donde el cuerdo podrá ver,

que sabe hacerse querer

y sabe hacerse temblar.

Patrocina sabios

La propensión curiosa que tuvo nuestra virgen sacra a las buenas letras, testigo el mucho tiempo que antes del místico conocimiento de la reina de todas (pues se llaman esclavas las artes liberales de la ciencia sacra); digo que lo mucho que ennobleció con su frecuencia ésta y las demás preseas del ingenio, principalmente la poesía (que cuando esta facultad se emplea en honestas sutilezas, no hay negarla la primacía entre todas las puramente humanas), dio el título a este discurso, con nombre de la Patrona de las Musas. Y fueo tanto, que a ninguno eminente en ellas dejó de favorecer difunta, como a ninguno dejó de aficionarse viva. Mostrólo en el milagro presente; porque estando en el último trance vital Alipio, profesor célebre y maestro venerado en todas las letras a que se extiende la lumbre natural, hijo de Olimpo, nuevo Apolo en ellas, y padre de Solimio, heredero en el ingenio y estudios a sus dos

progenitores, conociendo el casi parentesco que la semejanza de ejercicios establece en los que simbolizan en ellos, y, que, como tal, nuestra Minerva sacra debía correspondencia a su pluma, siempre desvelada en sus loores, dispuso (si no alcanzar estorbos a la muerte), facilitar por lo menos sus congojas, presentes en su peligro sus reliquias. Mandóse llevar para esto a su sagrado templo, y después que en él, con encendidas lágrimas y devotos suspiros, imploró socorros de su divina tutelar, durmiéndose, la vio risueña y coronada con las hojas ninfas que laurean ciencias y virtudes, en traje majestuoso, que le dijo: «Devoto mío, ¿qué pides?, ¿de qué te lastimas?, ¿qué quieres?» A que le respondió con aquel verso del poeta griego que dice:

¿Qué preguntas en penas tan atroces,
si todo, virgen mártir, lo conoces?

Harto más a propósito, agora, que cuando con él se querelló Ulises a su madre Tetis. Agradable se deleitó la soberana poetisa, tanto de la respuesta, como de su afecto, y dándole una piedra preciosa que en el cándido cristal de su virgen mano traía, variada de listas, ya rubíes, ya zafiros y poblada toda de lunares de oro,

retrato del cielo y alegría del congojado devoto suyo, le mandó que se la colgase a la garganta cuando despertase, porque sano y agradecido, la rindiese gracias de por vida en poemas sacros. Desapareció luminosa, dicho esto. Y despertando el regocijado favorecido, buscó la prenda, pero no hallándola, duplicó congojas. (Que el bien que se espera aun entre sueños, si se desvanece, atormenta al doble más que el imposible). Angustioso, pues, se querellaba Alipio a su protectora, cuando entró a verle su estudioso sucesor, y preguntándole el estado en que se hallaba, al referirle el enfermo sus sentimientos, reconoció en la mano de Solimio la piedra misma que la virgen laureada en las divinas suyas le había donado. Preguntóle con admiración nueva quién le había hecho dueño de tal prenda y respondióle que a la salida de la ciudad, viniendo a visitarle, la divisó entre la arena del camino, y que atraído de su peregrina luz, alcanzándola del suelo, se pronosticaba feliz restauración en su carísimo padre, y que a esta causa venía tan festivo. Renovó admiraciones el paciente, dióle cuenta del favorable sueño, recibió la celeste joya y, puesta al cuello, salud repentina, y celebrando mientras vivió, con versos sonoros, favores tan inauditos, ocasionó a todos los filósofos, poetas, músicos y demás secuaces de las nueve hermanas, a que, aclamándola tutelar Minerva y patrona diva, experimentasen los prodigios con que entonces a los estudiosos, como agora, con particular asistencia autoriza letras

que, deleitando apacibles, no degeneran torpes. Este milagro, que será el último de nuestro discurso (aunque son muchos más los que el pontífice santo su coronista y devoto escribe que hasta su tiempo hizo) se llevaba los ojos de cuantos en el templo entraban. Grabóse en cristalino alabastro, cuyo remate era este epigrama, que le dará a mi obligación, si mal cumplida, no a lo menos en el afecto con que, mientras viviere, pregonaré devoto alabanzas de doctora tanta:

Oh tú, estudioso, que apoyas
con letras tu ingenio y fama,
en tu auxilio a Tecla llama
que da salud y da joyas.
Minerva en ciencias infusas,
sutilezas favorece,
en fe que sola merece,
ser Patrona de las Musas.

Ciñó don Luis en el breve círculo de hora y media todo lo sustancioso de esta dilatada narración, que después, para dar cuerpo a este libro y hacer más capaces de maravillas tantas a sus lectores, aumentó la pluma, fiada en los agradados con que sazona apetitos la

mártir virgen. Aplaudido, pues, de los oyentes, el orador piadoso, desocuparon el teatro ameno cuantos, asistiéndole, se dieron por convidados a banquete tan lícito para la tarde, facilitándoseles la cercanía con que aquella recreación se avecindaba a la Corte.

Quedáronse a comer en ella los mancomunados en el festivo, cuanto honesto pasatiempo, y acompañaron sus mesas caballeros y damas que, juntando a la amistad la obligación, faltaran a la cortesía a no detenerlos. Y cumpliendo los mantenedores con lo necesario a este desempeño, a medida del tiempo y su liberalidad, se alargaron casi a lo superfluo, por incurrir en lo limitado, disponiendo entre tanto sus domésticos segundo teatro para el coloquio prometido, que fue el que se sigue.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

